

FRANCES HODGSON BURNETT

El jardín secreto

Viento Sur > NOVELA

ZIG-ZAG



Traducido del inglés y abreviado por
Alejandra Schmidt

Ilustración de portada:
Alejandra Acosta.

Viento Joven
I.S.B.N: 978-956-12-2932-7.
36ª edición: abril de 2019.

Obras escogidas
I.S.B.N: 978-956-12-3053-8
37ª edición: abril de 2019.

Editora General: Camila Domínguez Ureta.
Editora Asistente: Camila Bralic Muñoz.
Director de Arte: Juan Manuel Neira Lorca.
Diseñadora: Mirela Tomicic Petric.

© 2003 por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Inscripción N° 135.653. Santiago de Chile.
Derechos exclusivos de la presente versión
reservados para todos los países.
Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.
Teléfono (56-2) 2810 7400.
E-mail: contacto@zigzag.cl / www.zigzag.cl
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo
ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún
medio mecánico, ni electrónico, de grabación,
CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra forma de
reproducción, sin la autorización escrita de su editor.

Impreso en China.

ÍNDICE

PALABRAS PRELIMINARES	7
No ha quedado nadie	9
Señorita Mary, tan testaruda	15
A través del páramo	21
Martha	25
El llanto en el corredor	37
Alguien lloraba, ¿de verdad!	42
La llave del jardín	47
El petirrojo que mostró el camino	52
La casa más extraña en que alguien pueda vivir	58
Dickon	64
El niño del tordo	71
¿Puedo tener un pedazo de tierra?	76
Soy Colin	83
El joven rajá	95
Construyendo el nido	103
¡No lo haré!	110

De las muchas novelas que escribió, tres se consideran clásicos de la literatura infantil y continúan publicándose hasta hoy: *La princesita* (1905) y *El jardín secreto* (1911).

La princesita, con el título de Sara Crewe, había sido publicada inicialmente bajo la forma de «novela por entregas» en la revista *Saint Nicholas Magazine*. Y luego había sido adaptada exitosamente al teatro con el título de *A Little Princess*. La gran acogida que tuvo hizo que Frances la ampliara y la transformara en la obra que actualmente se edita con ese título.

La escritora amaba los jardines y cuidar de ellos. Uno de los jardines que conoció en su infancia en Inglaterra le inspiró la tercera de sus grandes novelas infantiles: *El jardín secreto*.

Las tres obras citadas han sido adaptadas al cine y a la televisión.

Luego de dos divorcios y de la muerte de su hijo mayor, en 1901, Frances se trasladó a vivir a las islas Bermudas. Falleció en Knoxville, Tennessee, el 24 de octubre de 1924.



Ilustración de Carmen Cardemil.

EL JARDÍN SECRETO

No ha quedado nadie

Cuando Mary Lenox se fue a vivir con su tío a Misselthwaite Manor, todos decían que era la niña más desagradable que jamás habían visto. Y era verdad. Tenía un pequeño y delgado cuerpo, y su cara, también delgada, reflejaba una expresión amarga. Su fino y escaso pelo era amarillo, al igual que su piel; esto porque había nacido en la India y continuamente, por alguna razón u otra, estaba enferma.

Su padre había sido empleado del gobierno inglés y se mantenía siempre ocupado; su madre, una mujer de gran belleza, solo se preocupaba de sus alegres fiestas. Ella no deseaba tener una hija; por eso, cuando Mary nació, la entregó al cuidado de una niñera, a quien dio a entender que para agradar a Men Sahib* debía mantener a la niña lo más alejada posible.

Fue así como esta niña enfermiza, quejumbrosa y fea estuvo siempre lejos de su madre. Para ella solo resultaban familiares los morenos rostros de su niñera y de los otros sirvientes nativos; quienes, para evitar que la pequeña

* Nombre que los habitantes de la India daban a las señoras europeas.

molestara con sus llantos a Men Sahib, la obedecían y le daban el gusto en todo. Por eso, a la edad de seis años, se había convertido en una niña tirana y egoísta. La joven institutriz inglesa contratada para enseñarle a leer y escribir, le tomó tal antipatía que renunció a los tres meses; las otras institutrices duraron aún menos que la primera. Y si Mary no hubiera mostrado interés por lo que contaban los libros, jamás habría aprendido a leer.

Una mañana muy calurosa, a la edad de nueve años, la niña despertó muy malhumorada, y se enfadó aún más cuando vio que la sirvienta que estaba junto a ella no era su niñera.

—¿Por qué has venido? —preguntó a la mujer desconocida— No quiero que estés aquí, llama a mi niñera.

La mujer, que se veía muy asustada, le informó que su niñera no podía acudir. Mary se enfureció de tal manera, que la mujer, todavía más aterrorizada, solo atinó a repetir que era imposible que la niñera se presentase ante Missie Sahib*.

Esa mañana había algo misterioso en el aire y nada era como el común de los días. Varios sirvientes habían desaparecido y los que Mary divisó se escabullían asustados. Pero nadie informó a la niña lo que sucedía y su niñera continuaba sin aparecer. La mañana avanzaba y Mary se sentía cada vez más sola; finalmente, se dirigió al jardín y comenzó a jugar bajo la sombra de un árbol cerca de la casa. A medida que fingía hacer pequeños ramos de hibiscos

rojos, su enojo iba en aumento, mientras mascullaba las horribles palabras que diría a su niñera cuando volviera.

De pronto, escuchó la voz de su madre. La mujer había salido al corredor y conversaba en tono extraño con un joven. Mary sabía que este joven era un oficial recién llegado de Inglaterra. La niña los miró fijamente, especialmente a su madre, a quien admiraba apenas tenía oportunidad, pues Mem Sahib —Mary solía llamarla así— era una mujer alta, delgada, hermosa, de sonrientes ojos y pelo fino como la seda. Sus ropas parecían flotar y la niña siempre las imaginaba cubiertas de encajes. Pero esa mañana sus ojos no sonreían, por el contrario, se veían asustados e implorantes ante el oficial.

—¿Es tan grave la situación? —la oyó preguntar Mary.

—Terrible —respondió el joven—. Terrible, señora Lenox. Hace dos semanas que usted debió retirarse a las montañas.

La Mem Sahib se retorció las manos.

—¡Ya sé que debí hacerlo! —lloró—. Solo me quedé para asistir a una estúpida fiesta. ¡Qué tonta fui!

En ese momento un fuerte lamento se sintió venir de las habitaciones de los sirvientes, y Mary empezó a temblar de pies a cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Qué es eso? —preguntó con voz entrecortada la señora Lenox.

—Alguien ha muerto —respondió el oficial—. Usted no me dijo que había brotado entre sus empleados.

—¡No lo sabía! —gritó Mem Sahib—. ¡Venga conmigo! —y corrieron hacia la casa.

* Nombre que los habitantes de la India daban a las niñas europeas.

Después de estos espantosos hechos, Mary comprendió el misterio de aquella mañana. Había brotado una terrible epidemia de cólera y cientos de personas morían por segundo. La niñera se había enfermado por la noche y su muerte fue la causa del lamento de los sirvientes. Antes de que terminara el día, murieron tres empleados más, y el resto huyó preso del terror. El pánico se expandió por la ciudad, pues en todas las casas se encontraba la muerte.

En medio de la confusión y el desconcierto, Mary se escondió en su habitación. Como nadie se acordó de ella, los extraños sucesos ocurrieron sin que ella se enterara. Por varias horas la niña lloró y durmió. Solo sabía que la gente estaba enferma y llegaban hasta ella extraños sonidos. Se dirigió al comedor, que encontró vacío salvo unos restos de comida. El desorden de sillas y platos sugería que alguien se había levantado bruscamente y de improviso. La niña comió algunas frutas y galletas y, como sintió sed, bebió una copa de vino que se encontraba a medio consumir. Muy pronto, sintió sueño y volvió a encerrarse en el dormitorio. Los lamentos y el ruido de los pasos apresurados la atemorizaban, pero, por efecto del vino, se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó se mantuvo tendida mirando fijamente la pared. La casa estaba completamente en silencio. No se oían voces ni pasos. Mary pensó que todos se habían mejorado y los problemas estaban solucionados. ¿Quién la cuidaría ahora que su niñera no estaba? Probablemente buscarían otra y quizás le contaría nuevas historias; las antiguas le aburrían. Mary no lloró por la muerte de su niñera; no era

una niña afectiva y jamás se preocupó por los demás. Pero estaba asustada y malhumorada porque nadie se preguntó si ella continuaba con vida. Cuando la gente tiene cólera solo se preocupan de sí mismos, pero ahora —pensaba—, que todos habían sanado, vendrían a buscarla.

Pero nadie llegó y, mientras pasaba el tiempo, la casa parecía aún más silenciosa. De pronto sintió que algo se arrastraba en el suelo, y cuando miró se encontró con una pequeña serpiente que la miraba con ojos que parecían joyas. Mary no se asustó pues sabía que el animal no le haría daño y que solo buscaba salir de la casa. En efecto, pasado un segundo, se deslizó bajo la puerta y desapareció.

“Qué raro y tranquilo está todo —se dijo—. Pareciera que en la casa no hay nadie más que la serpiente y yo”.

Casi al mismo tiempo sintió unos pasos en el recinto. Eran pisadas de hombres que se acercaban. Nadie salió a recibirlos y, al parecer, ellos mismos abrían y cerraban las puertas. “¡Qué desolación! —oyó decir Mary—. ¡Esa bella mujer! Y supongo que la niña también. Dicen que había una niña, sin embargo nadie la conoce”.

Mary se encontraba de pie en medio de la habitación cuando, unos minutos más tarde, abrieron la puerta. Los dos hombres vieron de pronto a una niña fea y con el ceño fruncido, pues empezaba a tener hambre y a sentirse abandonada. El primero en descubrirla fue un oficial a quien Mary había visto conversando con su padre. Se veía cansado y preocupado, mas, cuando su vista se topó con la niña, dio un salto hacia atrás.

—¡Barney! —gritó—. ¡Hay una niña aquí! ¡Una niña en

un lugar como este! ¡Qué Dios nos ampare! ¡Quién eres?

—Me llamo Mary Lenox —dijo la niña, enderezándose. Ella pensó que el hombre era muy mal educado al llamar la casa de su padre “un lugar como este”. Me quedé dormida cuando todos enfermaron de cólera y recién he despertado. ¿Por qué no vinieron a buscarme?

—¡Esta es la niña que nadie conoce! —exclamó el hombre con compasión—. ¡La han olvidado!

—¿Por qué se olvidaron de mí? —preguntó Mary, dando una patadita en el suelo—. ¿Por qué no viene nadie?

El oficial llamado Barney la miró tristemente y la niña pensó que había pestañeado como para dejar salir una lágrima.

—¡Pobre niña! —dijo—. No ha quedado nadie que pueda venir.

De esta extraña y repentina manera, Mary se enteró que ya no tenía madre ni padre. Ambos habían muerto y se los habían llevado durante la noche. Y los pocos sirvientes que quedaban con vida abandonaron rápidamente el lugar sin recodar a Missie Sahib. Por esta razón el lugar estaba tan tranquilo. Era verdad que en la casa no se encontraba nadie más que Mary y la serpiente.

Señorita Mary, tan testaruda

Mary conocía muy poco a su madre, por eso, cuando esta se fue, no la extrañó demasiado ni le hizo falta. Seguramente una niña mayor se habría asustado al quedar sola, pero Mary era muy pequeña. Además que estaba acostumbrada a preocuparse solamente de sí misma, y ahora se había vuelto aún más ensimismada. Su único interés era saber si el lugar a donde iba a vivir ahora tendría gente amable que la trataran como su niñera y los sirvientes nativos, es decir, que le dieran todo lo que ella quisiera.

En un comienzo la llevaron a la casa de un pastor inglés, pero ella sabía que no permanecería mucho tiempo allí. No le gustó el lugar. El pastor era pobre y tenía cinco niños de edad aproximada que vestían ropa andrajosa y continuamente se molestaban unos a otros. Mary odiaba el desorden y fue tan desagradable con los niños, que al segundo día ninguno quiso jugar con ella. Incluso, le pusieron un sobrenombre que la volvía furiosa.

Basil, un pequeño niño de insolentes ojos azules y nariz respingada, fue el primero en llamarla así, y Mary lo detestó. Ella estaba jugando sola bajo un árbol: amontonaba tierra e imaginaba senderos para un jardín. De pronto, Basil, interesado en su juego, le hizo una sugerencia:

—Podrías hacer montones de piedras como si fueran un roquerío.

—¡Vete! ¡No me gustan los niños! —fue la respuesta de Mary. El niño, sorprendido, comenzó a bailar en torno a ella, cantándole una molesta canción:

Señorita Mary, tan testaruda,
¿Cómo crece su jardín?
Con campanas de plata, conchitas
Y hermosas niñas en fila.*

El resto de los niños al oír la canción, comenzaron también a llamarla “Señorita Mary, tan testaruda”, y así fue como nació el sobrenombre.

Al finalizar la semana, Basil le contó que la llevarían a Inglaterra a la casa de su tío Archivald Craven. Mary se alegró aunque no sabía nada acerca de él.

—Mi padre dice que vive en una gran y desolada casa de campo, que nadie jamás visita. Es un jorobado horrible —concluyó el niño.

—No te creo —dijo Mary, tapándose los oídos para no oír más.

Los días que siguieron la niña pensó mucho en su futura casa; sin embargo, cuando le anunciaron que en poco tiempo se embarcaría rumbo a Inglaterra, se hizo la desinteresada. Su actitud desconcertó a la familia del pastor. Ellos trataron de mostrarse afectuosos, pero, cuando la señora se acercó para darle un beso, Mary dio vuelta la cara.

“Es una niña terrible —pensó la señora del pastor—. Su ma-

* Canción de niños: “Mistress Mary, quite contrary, / How does your garden grow? / With silver bells, and cockle shells, / And pretty maids all in a row.”

dre era una mujer tan bonita y de trato tan amable, y Mary tiene los modales menos atractivos que he visto en un niño”.

Quizás si sus padres hubieran mostrado interés en ella, Mary habría aprendido a comportarse; pero siempre fue tratada con indiferencia, incluso hubo gente que no sabía de su existencia; sin duda, todo esto formó su mal carácter.

Mary emprendió su largo viaje al cuidado de la esposa de un oficial inglés que llevaba a sus hijos al colegio. En Londres la esperaba la señora Medlock, ama de llaves de Archivald Craven, quien la acompañaría en su viaje al campo. La señora Medlock era una mujer robusta, de mejillas rojas y penetrantes ojos negros. A Mary no le simpatizó, lo que no era extraño pues a ella no le gustaban las personas; a su vez, la señora Medlock tampoco mostró demasiado interés en la niña.

Una gran curiosidad sentía Mary acerca de su tío y de la casa a la que era conducida, ¿cómo sería el lugar? ¿Le gustaría? ¿Qué era un jorobado? Ella nunca había visto uno o quizás en la India no existían.

Ahora que Mary vivía en casas ajenas y su niñera no la acompañaba, se sentía muy sola; había tantas cosas nuevas que necesitaba preguntarle. Por ejemplo, no entendía por qué, a diferencia de otros niños, sus padres nunca le demostraron afecto. Y, aunque tenía a sus sirvientes, ropa y comida, nadie se interesaba en ella. No comprendía por qué la gente la encontraba tan desagradable; más bien, estaba convencida que los antipáticos eran los otros.

Una vez que se subieron al tren rumbo a Misselthwaite Manor, Mary se ubicó en la esquina de su compartimiento;

se veía molesta y aburrida. Como no tenía nada que leer o que mirar, se acomodó con las manos cruzadas sobre su falda. Su vestido negro la hacía lucir aún más amarillenta y su pelo sobresalía sin gracia del sombrero también negro.

“Nunca en mi vida he visto a una joven tan malhumorada”, pensó la señora Medlock. Ella no estaba acostumbrada a ver a una niña de la edad de Mary sentada tan quieta y sin hacer nada; finalmente y cansada de mirarla, le habló con voz dura:

—Supongo que te debo contar algo acerca del lugar a donde vamos —dijo—. ¿Sabes algo de tu tío? ¿Tus padres te hablaron alguna vez de él?

—No —respondió Mary frunciendo el ceño, pues recordó que sus padres nunca le habían hablado de sus cosas.

—Mmmm, creo que debo advertirte sobre el lugar al que te diriges, ciertamente es bastante extraño. Aun cuando es un lugar enorme, es bastante deprimente. El señor Craven se siente muy orgulloso de su propiedad, aunque de una manera también deprimente. La casa tiene más de seiscientos años y está compuesta por cien habitaciones, pero la mayoría está cerrada con llave. Hay pinturas y muebles muy finos que han estado allí por años. Hay también un gran parque que rodea la casa con árboles y flores muy bellas; pero nada más —concluyó de repente la señora Medlock.

Sin querer Mary había escuchado. Se sintió atraída, pues nada de lo descrito era semejante a la India. Sin embargo, como su temperamento acostumbraba, mostró la más absoluta indiferencia y permaneció quieta. La señora

Medlock quiso saber su opinión, pero ella solamente dijo: “No sé nada acerca de esos lugares”.

—¡Por favor! —exclamó la señora Medlock— ¡Ese es el comentario de una mujer madura! ¿Es que no le interesa?

—No importa si me interesa o no —dijo Mary.

—Tiene razón —dijo la señora—. No entiendo por qué la llevan a la casa del señor Craven, seguramente fue la solución más sencilla. Le aseguro, en todo caso, que él no se molestará por usted; él nunca se preocupa por nadie.

Repentinamente se detuvo como si recordara algo.

—Él tiene la espalda torcida —dijo, y luego agregó—: Eso lo volvió un joven amargado, a pesar de su gran cantidad de dinero y su enorme casa. Solo cambió cuando se casó.

A pesar de que Mary no quería mostrar interés por el relato, la miró con sorpresa. Ella creía que un jorobado no se podía casar. La señora Medlock, al notar su mirada de atención, continuó hablando. A ella le gustaba a hablar y esta era una buena manera de pasar el rato.

—Era una dulce y hermosa mujer y él era capaz de hacer cualquier cosa por ella. Nadie creyó que se casarían y cuando lo hicieron, la gente pensó que ella solo tenía interés en su dinero; pero estoy segura de que no fue así. Cuando ella murió...

Mary dio un salto involuntario.

—¡Ah, falleció! —exclamó sin quererlo. En ese momento recordó un cuento acerca de un jorobado y una princesa, y sintió compasión por su tío Archivald.

—Sí, murió —continuó la señora Medlock—. Y su muerte

lo volvió más extraño que nunca. Se aisló totalmente y viaja la mayor parte del tiempo. Cuando está en Misselthwaite, se encierra en el ala oeste de la casa y no deja entrar a nadie, excepto al viejo Pitcher, quien lo cuidó de pequeño y conoce su forma de ser.

Parecía una historia salida de un libro y Mary se sintió deprimida. Una casa enorme, con cien habitaciones cerradas; un hombre con la espalda torcida, igualmente cerrado... si la bella esposa viviera, al igual que su madre, la historia sería más alentadora. Pero no había nada de eso.

—No espere conocer a su tío, pues no lo verá —acotó el ama de llaves—. Y no imagine que habrá personas que hablen con usted; tendrá que jugar sola. Podrá pasear por todo el jardín, pero no intente deambular ni husmear por la casa, el señor Craven no lo aceptará.

—No tengo intenciones de husmear —dijo amargamente Mary. Y si en algún momento sintió compasión por su tío, ahora creía que se merecía lo que le había sucedido.

Entonces, la niña giró la cabeza hacia la ventanilla del tren sobre la cual caía un aguacero gris. Miró larga y detenidamente el paisaje que se tornaba cada vez más oscuro, hasta que sus párpados se volvieron pesados y se quedó dormida.

A través del páramo

Mary durmió un largo rato y cuando despertó la señora Medlock le ofrecía pollo, carne, pan, mantequilla y algo de té, que había comprado en una de las estaciones. Luego de comer, ambas mujeres cayeron dormidas otra vez. La fuerte lluvia continuaba golpeando las ventanillas y todo se veía aún muy oscuro. De pronto el tren se detuvo y el ama de llaves despertó con un remezón a la niña.

—Despierte —dijo—. Hemos llegado a la estación Thwaite y todavía queda un largo viaje por hacer.

La estación era pequeña y al parecer ellas fueron las únicas pasajeras que descendieron. El jefe de la estación se acercó y les dijo amablemente:

—El carruaje las está esperando.

Frente a la plataforma se encontraron con un elegante coche y un criado que las ayudó a subir y les cerró la puerta. Mary estaba encantada con todo lo que veía, también le gustó el confortable y acolchado asiento, pero no se acomodó demasiado pues no quería volver a dormir. Curiosa se sentó y comenzó a mirar por la ventana, preguntándose acerca del lugar al que la llevaban. Aunque no era una niña tímida ni asustadiza, se sentía aprensiva por lo que podría pasar en una casa con cien habitaciones ubicada al borde del páramo.

—¿Qué es un páramo? —le preguntó repentinamente a la señora Medlock.

—Mire por la ventana en diez minutos más y lo verá

—respondió el ama de llaves—. Antes de llegar a la casa tenemos que recorrer unos ocho kilómetros a través del páramo. Sin embargo, no verá mucho pues está oscuro, pero algo logrará distinguir.

Mary no hizo más preguntas. En la oscuridad de su rincón esperó con los ojos pegados a la ventana. Las luces del carruaje iluminaban el camino delante de ellos, y así la niña pudo observar vagamente las cosas que aparecían. Pasaron por un pequeño pueblo con las casas iluminadas; luego por una iglesia y tiendecitas que lucían en sus aparadores juguetes, dulces y distintos artículos para la venta. Una vez que cruzaron el pueblo, se adentraron en la carretera, donde se apreciaban setos y árboles. Nada más llamó la atención de la pequeña, y el camino se le hizo muy largo.

De pronto los caballos comenzaron a andar lentamente, como si subieran una cuesta. Ya no había setos ni árboles, solo una densa oscuridad que las rodeaba. Como Mary no lograba ver nada, se inclinó hacia delante y pegó la cara contra la ventana; de pronto, el carruaje dio una gran sacudida.

—¡Ah! Seguramente hemos llegado al páramo —dijo la señora Medlock.

Los faroles del carruaje iluminaron con una luz amarillenta el áspero camino que parecía haber sido despejado entre los matorrales y pequeños arbustos, y que se extendía hacia el infinito. Al mismo tiempo, se levantó un viento que soplaba con un sonido salvaje e impetuoso.

—¿Este no es el mar, verdad? —preguntó Mary volviéndose donde su compañera.

—No, no lo es —respondió el ama de llaves—. Ni es el campo,

ni las montañas; solamente son kilómetros y kilómetros de tierra yerma en donde únicamente crecen el brezo, el tojo y la retama, y nada vive excepto algunos ponis y ovejas salvajes.

—Siento como si estuviera en medio del mar —dijo la niña—. Al menos percibo un sonido de agua.

—Es el viento que sopla a través de los matorrales —comentó la señora Medlock—. Para mí este es un lugar triste y sombrío; pero hay personas que lo encuentran maravilloso, sobre todo cuando florece el brezo.

Los caballos continuaron su carrera a través de la oscuridad, y aunque la lluvia se detuvo, el viento silbaba produciendo extraños sonidos. El camino subía y bajaba, y en varias ocasiones el carruaje cruzó pequeños puentes bajo los cuales corría el agua vertiginosamente. Mary imaginaba que aquel camino no terminaría nunca y que el ancho y oscuro páramo era un océano negro que cruzaban a través de una pequeña franja de tierra.

—No me gusta, de verdad no me gusta —se dijo, apretando sus delgados labios.

Finalmente, luego de subir una loma, se vislumbró una luz, y la señora Medlock suspiró aliviada.

Poco más tarde el carruaje cruzó las puertas del parque, pero todavía faltaba recorrer alrededor de tres kilómetros antes de llegar a la casa. El camino tenía a ambos lados largas hileras de árboles, cuyas ramas se entrecruzaban en la cima, sembrando una enorme bóveda.

Una vez que salieron de la oscura bóveda, llegaron a un espacio iluminado y se detuvieron frente a una casa no muy alta que parecía extenderse alrededor de un patio de piedra. Al principio Mary pensó que toda la casa estaba a

oscuras, pero cuando bajó del coche divisó una pequeña luz en una habitación del segundo piso.

La enorme puerta de entrada estaba formada por unos curiosos y macizos paneles de roble fijados con grandes clavos y rematados con barras de fierro. Dentro del vestíbulo, una débil luz iluminaba los rostros de los retratos que colgaban de las paredes y las armaduras; Mary prefirió no mirarlos. Parada sobre el suelo de piedra, se veía pequeña e insignificante, y por su parte, ella se sentía perdida y desgraciada.

Un aseado y delgado hombre esperaba al lado del sirviente que les abrió la puerta

—Llévenla a su dormitorio —dijo con voz ronca a la señora Medlock—. Él no quiere verla porque mañana temprano parte a Londres.

—Muy bien, señor Pitcher —respondió el ama de llaves—. Siempre actuó bien cuando sé lo que se espera de mí.

—Lo que se espera de usted, señora Medlock —acotó el señor Pitcher—, es que se asegure que el señor no sea molestado y que no tenga que mirar lo que no desea.

Mary Lenox fue conducida al segundo piso a través de una ancha escalera. Tras avanzar por un largo pasillo, subir unos peldaños y pasar por varios corredores, llegó ante una puerta abierta. Adentro la esperaba el fuego encendido y la cena servida.

Una vez en la habitación, la señora Medlock dijo sin mayor ceremonia:

—Bien, aquí la dejo. Esta habitación y la que le sigue es donde vivirá. Debe permanecer en ellas, ¡no lo olvide!

Así fue como la “Señorita Mary” llegó a Misselthwaite Manor. Nunca en su vida se había sentido “tan testaruda”.

Martha

La siguiente mañana Mary se despertó al escuchar a una joven mucama que limpiaba la parrilla de la chimenea. Durante unos minutos la observó y luego comenzó a inspeccionar la habitación. Nunca había visto un dormitorio tan raro y tenebroso. Las paredes estaban cubiertas con un tapiz que lucía bordada una escena campestre, con personas fantásticamente vestidas y, al fondo, las torres de un castillo. Mary sintió que ella también formaba parte de la escena. A través de la ventana vio un paisaje sin árboles que parecía un interminable y lánguido mar violeta.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando la ventana.

—Es el páramo —respondió Martha, la mucama—. ¿Le gusta?

—No, lo odio —contestó la niña.

—Eso le pasa porque aún no se acostumbra a él; después de un tiempo, le gustará.

—¿A usted le gusta? —inquirió Mary.

—¡Claro que me gusta! ¡Lo adoro! A mí no me parece desolado, por el contrario, veo miles de cosas en él. Es encantador en primavera; igual que en verano cuando florece el brezo y huele a miel. En el aire fresco pasean las abejas y las alondras cantan agradablemente. Yo no podría vivir alejada del páramo.

Mary la escuchaba desconcertada; los sirvientes en la India eran muy diferentes a Martha. Ellos solo atendían a sus amos, jamás les hablaban como si fueran sus seme-

jantes. No se acostumbraba a pedir “por favor” ni dar las “gracias”; además, ella solía maltratar a su niñera. Ahora se preguntaba qué haría esta mucama si la tratara así. Martha era una muchacha regordeta y sonrosada, con maneras frescas y naturales; pero también se veía firme y decidida, seguramente no hubiera permitido que una niña pequeña la maltratara.

—Usted es una mucama muy extraña —dijo la niña, altaneramente.

Sin perder su buen humor, Martha se incorporó riendo:

—¡Ya lo sé! —dijo—. Si hubiera una señora en Misselthwaite probablemente no sería una de las mucamas; solo me habrían permitido trabajar en la lavandería. Sé que no soy común, pero esta casa tampoco es corriente. De no ser por el señor Pisher y la señora Medlock, nadie estaría a cargo de ella. Al señor Craven no le interesa lo que sucede aquí, además que siempre está de viaje. En verdad, le debo mi puesto a la bondad de la señora Medlock.

—¿Va a ser mi mucama? —preguntó Mary, en su imperiosa manera de la India.

—Soy la sirvienta de la señora Medlock —respondió, sin dejar su trabajo—, y a su vez ella es la mucama del señor Craven. Pero en algunas ocasiones la ayudaré, claro que no creo que usted necesite demasiada ayuda.

—¿Y quién me vestirá? —demandó Mary.

—¿Acaso no puede vestirse sola?

—¡Claro que no! —exclamó la niña—. Nunca lo he hecho; mi niñera solía vestirme.

—Bien, es tiempo de que aprenda —respondió Martha,

sin darse cuenta de su insolencia—. Le hará muy bien. Mi madre dice que algunos niños de los señores son tontos porque los visten y bañan como si fueran perritos.

—¿Qué dice! —Mary gritó furiosa—. En la India no es así, ¡usted no sabe nada!

—Cálmese, así no debe comportarse una señorita —la regañó amablemente la mucama.

La niña estaba muy enfadada, pero ante la mirada sincera de la mucama se sintió horriblemente sola, tan lejos de todo lo que acostumbrada, que se arrojó sobre las almohadas y comenzó a llorar. Al verla tan desconsolada, Martha sintió compasión por la pequeña.

—No llore —dijo acercándose a la niña—. No quería molestarla, usted tiene razón, yo no sé nada. Le pido perdón, señorita. No llore más.

El tono consolador y amistoso en la voz de la mucama tuvo efecto. Gradualmente Mary cesó de llorar y se quedó quieta. Martha la miró aliviada.

—Es hora de levantarse —le dijo de pronto—. La señora Medlock le ha dejado el desayuno en la habitación contigua, que ha sido arreglada para usted. Le ayudaré con los botones de la espalda del vestido, pues estoy segura que es lo único que no puede hacer sola.

Cuando al fin Mary decidió levantarse, observó que los vestidos que Martha sacó del ropero no eran suyos.

—Esa no es mi ropa —dijo—. La mía es negra. Esta es más linda que la que yo traje.

—Esta es la ropa que usará ahora —respondió Martha—. La señora Medlock la compró en Londres por encargo

del señor Craven. Él no quiere verla de negro por la casa, vagando como un alma perdida. Todo se vería aún más triste. Mi madre opina que él tiene razón; a ella tampoco le gusta el negro.

—Yo también odio las cosas negras —acotó Mary.

Martha, acostumbrada a abotonar a sus hermanitas, jamás había ayudado a una niña que se mantuviera inmóvil para que la vistieran, como si no tuviera pies ni manos.

—¿Por qué no se pone usted misma los zapatos? —preguntó a Mary cuando ésta le extendió el pie.

—Mi niñera lo hacía —dijo la niña, mirándola fijamente—. Era la costumbre.

Mary solía usar esa frase, pues en la India, al decirla, se acababan las discusiones. Pero ahora, sospechaba la pequeña, todo sería diferente. Su acostumbrado señorío terminaba en Misselthwaite, donde aprendería cosas nuevas como ponerse los zapatos y ordenar su propio desorden.

Si Martha hubiera sido una mucama bien entrenada, probablemente su actitud habría sido más sumisa y respetuosa, pero ella era una rústica joven de Yorkshire, educada en un humilde hogar y rodeada de hermanos que sabían hacer sus cosas solos. Por otra parte, si Mary Lennox hubiera sido una niña dispuesta a entretenerse, se habría reído de la soltura con que Martha hablaba; por el contrario, solo la escuchó fríamente sin entender las libertades que la mucama se tomaba. En un comienzo la charla amistosa de la joven no le interesó, sin embargo, poco a poco fue fijando su atención en ella.

—¿Si usted los viera! —contaba Martha—. Somos doce

y mi padre gana solo dieciséis chelines a la semana. Mi madre hace milagros para alimentarlos. Ellos juegan y se revuelcan todo el día en el páramo, mi madre dice que el aire los engorda y que comen pasto como los ponis salvajes. Dickon, mi hermano de doce años, tiene su propio poni.

—¿Dónde lo consiguió? —preguntó Mary.

—Lo encontró en el páramo. Cuando era pequeñito se hicieron amigos, y ahora lo sigue todo el día, incluso permite que lo monte. Dickon es muy amable con los animales y ellos lo aprecian mucho.

Mary nunca había tenido un animal favorito, aunque siempre lo había deseado. Así, comenzó a interesarse por Dickon como jamás se había inquietado por nadie, y éste fue el amanecer de un sano sentimiento en la niña.

Cuando se dirigieron a la habitación contigua, Mary encontró que allí no había nada con que un niño pudiera divertirse; más bien parecía un lugar para adultos, con viejos retratos en las paredes y pesadas sillas de roble. En la mesa de centro la esperaba un succulento desayuno, pero ella no tenía apetito y miró con indiferencia el plato de avena que le ofrecía Martha.

—No quiero —dijo.

—¿Cómo? —dijo sorprendida la mucama—. No puedo permitir que se pierda un buen plato de comida. Si mis hermanos estuvieran en su lugar ya habrían comido. Ellos nunca tienen el estómago lleno, siempre están con hambre.

—Yo no sé lo que es tener hambre —acotó Mary, con la indiferencia que da la ignorancia.

Martha la miró indignada.

—¡Le haría muy bien saberlo! —dijo con claridad—. Yo no tengo paciencia con la gente que solo se sienta y mira la buena comida. ¡Le doy mi palabra!

Finalmente, Mary tomó una taza de té y comió una tostada con mermelada.

—Abríguese y salga a jugar afuera —le dijo Martha—. Le hará bien y volverá con apetito.

Mary se asomó a la ventana y vio jardines, senderos y enormes árboles, pero todo lucía apagado y frío.

—¿Salir? ¿Por qué debo salir con un día como este?

—Bueno, entonces tendrá que quedarse aquí, y no se me ocurre en qué podrá entretenerse.

Mary miró a su alrededor y reconoció que no había nada con qué jugar. Quizás sería mejor salir y ver qué encontraba en los jardines. Entonces le preguntó a Martha quién la acompañaría.

—Tendrá que salir sola —respondió la mucama—. Pronto aprenderá a jugar como los niños que no tienen hermanos. Por ejemplo, Dickon pasa horas jugando solo, fue así como se hizo amigo del poni. También tiene una oveja que lo conoce y los pájaros comen de su mano. Aunque tenga hambre, siempre guarda unas migas para sus amiguitos.

Sin darse cuenta, fue al oír hablar de Dickon que Mary se decidió a salir. En el jardín encontraría pájaros, aunque no ponis ni ovejas, pero seguramente los pájaros serían distintos a los de la India y ella se entretendría observándolos. Martha le entregó su abrigo, el sombrero, un par de botas, y le indicó el camino al jardín.

—En el verano hay muchas flores, pero todavía no han

florecido —comentó la joven, luego pareció vacilar y agregó—: Hay un jardín bajo llave. Hace diez años que nadie ha entrado en él.

—¿Por qué? ¿Otra puerta cerrada en este extraño lugar?

—El señor Craven lo cerró después de que su mujer murió tan sorpresivamente. Era su jardín y no permitiría que nadie más entrara. Una vez que clausuró la entrada, cavó un hoyo y enterró en él la llave. Ahora discúlpeme, la señora Medlock me llama.

Luego que Martha se retiró, Mary tomó el camino hacia los matorrales, sin dejar de pensar en aquel jardín al que nadie podía entrar. Se preguntaba cómo sería y si todavía habría flores en él. Una vez atravesado el portón de matorrales, se encontró con amplios prados y sinuosos senderos. Había innumerables árboles, jardineras vacías y plantas de hojas perennes con formas extrañas. Vio también una pileta, pero de ella ya no manaba agua. Sin duda este no era el jardín prohibido. Pero, ¿cómo se podía prohibir la entrada a un jardín?

Mientras pensaba en ello, vio al final del sendero una pared larga y alta cubierta por una enredadera. Como Mary no estaba familiarizada con los ingleses, no sabía que se acercaba al lugar donde se plantaban las frutas y verduras. Al atravesar la puerta de este nuevo jardín, descubrió que varios jardines amurallados se sucedían uno tras otros, con plantaciones de todo tipo. El lugar era feo y frío, quizás en verano, cuando todo esté verde, sea más agradable” —pensó la niña.

En ese momento, un hombre viejo con una pala al hombro atravesó la puerta. Miró sorpresivamente a la pequeña

y se tocó la gorra como haciendo un saludo. Su expresión fue hosca, como si no le agradara verla. Ella, por su parte, tomó su “tan testaruda” expresión y disgustada le preguntó:

—¿Qué es este lugar?

—El huerto —contestó el viejo.

—¿Y qué es eso de allá? —volvió a preguntarle, apuntando a través de la puerta.

—Otros huertos —respondió el hombre y agregó—: Puede pasar si quiere, pero no hay nada que ver en ellos.

Mary no respondió. Continuó por el sendero atravesando varias puertas amuralladas. De pronto se topó con una cerrada y, como no era tímida y hacía siempre lo que deseaba, la abrió con la esperanza de encontrar el misterioso jardín. Pero allí no había más que otro huerto. Entonces vio que detrás de las murallas se alzaban las copas de unos árboles y pensó que allí había un jardín. Afanosamente recorrió los muros y buscó inútilmente una puerta. Una vez más miró las copas de aquellos árboles y divisó a un pajarillo de pecho rojo, quien, para llamar la atención de la niña, comenzó a cantar una canción de invierno.

Ella lo escuchó con atención y, de algún modo, el amistoso y alegre silbido le produjo felicidad. La enorme casa, el extenso páramo y los inmensos jardines la hacían sentirse aún más sola. Probablemente si fuese una niña cariñosa, esta situación la habría desesperado; pero, aunque solía ser una “Señorita Mary, tan testaruda”, el canto del pajarito le iluminó la cara con una sonrisa. Ella lo escuchó hasta que se fue, y se preguntó si lo volvería a ver. “Quizás viva en el jardín secreto y me cuente acerca de él”.

Probablemente la enorme curiosidad que la niña sentía por el jardín se debía a que no tenía otra cosa que hacer. Una y otra vez se preguntaba por qué su tío había enterrado la llave; y por qué, si había querido tanto a su esposa, odiaba el jardín. A su vez, se preguntaba si vería al señor Craven alguna vez. Ella sabía que no sería de su agrado y seguramente a ella tampoco le agradaría él. Se imaginaba que el día que lo conociera se quedaría muda frente a él, aun cuando quisiera preguntarle por qué había actuado en forma tan extraña.

Repentinamente recordó al petirrojo sobre la rama del árbol. “Estoy segura que el árbol está en el jardín secreto. Lo rodea una muralla y no hay ninguna puerta”. Entonces se fue en busca del jardinero que había visto en el huerto. Se paró a su lado y lo miró fríamente, pero él no se dio por aludido. Finalmente le dijo:

—He estado en los otros jardines.

—Nadie se lo impide —respondió bruscamente el viejo.

—No hay puerta hacia el otro jardín —continuó Mary.

—¿Cuál jardín? —preguntó el hombre con voz áspera y deteniendo su trabajo.

—El que está al otro lado del muro —contestó la niña—. Vi un pajarillo de pecho rojo posado en la rama de un árbol.

Para su sorpresa, la hosca expresión del hombre cambió; una sonrisa se expandió por su rostro. Mary se percató de cuán agradable era la gente que sonreía; nunca antes lo había pensado.

El jardinero volvió su cara hacia el huerto y comenzó a silbar suavemente. Un segundo después, sucedió algo asombroso. Mary sintió el suave aleteo del pajarillo volando

hacia ellos, hasta que se posó muy cerca del hombre.

—Aquí está—dijo el jardinero riendo entre dientes; luego se dirigió al petirrojo—: ¿Dónde has estado, ladronzuelo? No te he visto hace días. ¿Es que estás cortejando, aun cuando no ha comenzado la temporada?

El pájaro ladeó su pequeña cabeza y le miró con tiernos ojos negros y brillantes. El trato del viejo le era familiar y no sentía miedo. Mary tenía un raro sentimiento en su corazón, porque el pajarillo—de cuerpo redondo, delicado pico y esbeltas patitas—era tan bonito y alegre que parecía una persona.

—¿Viene siempre que lo llama?—preguntó casi en un susurro.

—Sí, así es. Lo conozco desde que era un pichón. Voló de su nido, al otro lado de la muralla, pero como aún era muy débil, por algunos días no pudo volver. Al regresar, el resto de la cría había partido; entonces se encontró solo y volvió conmigo. Así fue como nos hicimos amigos. Es un pajarillo muy amistoso y curioso; ahora sabe que estamos hablando de él.

—¿Adónde fueron los demás pichones?—preguntó Mary, con una curiosa sensación.

—¡Quién sabe! Los padres los sacan del nido y se dispersan antes de que uno lo note. Por eso él se sintió solo.

—Yo también estoy sola—acotó Mary, comprendiendo, gracias al petirrojo, que ese sentimiento la enojaba y amargaba.

El jardinero la observó un minuto y luego volvió a trabajar.

—¿Cuál es su nombre?—le preguntó la niña.

—Ben Weatherstaff—respondió el hombre, y luego agregó con una sonrisa amarga—: Yo también me siento solo, excepto cuando el petirrojo está conmigo. Él es mi único amigo.

—Yo tampoco tengo amigos—dijo Mary—. Jamás los he tenido y nunca he jugado con nadie.

Las personas de Yorkshire tienen el hábito de decir las cosas que piensan, y Ben, nacido y criado en la zona, le dijo con franqueza:

—Usted y yo tenemos varias cosas en común. No somos agraciados, miramos con amargura y, podría garantizar, que ambos tenemos mal carácter.

Esto sí que era hablar claramente. Mary Lennox jamás había oído tantas verdades en su vida. Nunca había pensado en su apariencia, y ahora se preguntaba si era tan poco atractiva como Ben Weatherstaff, y si, antes de conocer al petirrojo, sería tan amargada. ¿Realmente tendría un pésimo carácter? Sin querer, se sintió muy incómoda.

Repentinamente se escuchó un batir de alas, la niña giró su cabeza y sorprendió al petirrojo posado sobre la rama de un árbol muy cerca de ella. El jardinero comenzó a reír y le informó a Mary que el pajarillo había decidido ser su amigo.

—¿Mi amigo?—preguntó muy sorprendida. Después se dirigió al pájaro como si fuese una persona—: ¿Quieres ser mi amigo, por favor?

Ben Weatherstaff quedó sorprendido ante la voz suave y cariñosa que la niña usó para hablar con el petirrojo. “Es tan encantadora como cualquier niño; incluso diría que habla igual que Dickon con sus amigos del páramo”.

—¿Conoce usted a Dickon? —preguntó Mary, volviéndose hacia él.

—Todos lo conocen. Dickon vaga por estos lugares. Las zarzamoras y las campanillas de brezo lo conocen, también los zorros y las alondras.

Mary hubiera querido hacer más preguntas, pues sentía tanta curiosidad por Dickon como por el jardín secreto. Pero en ese momento el petirrojo terminaba su canción y emprendía vuelo.

—¡Se dirige al jardín sin puerta! —gritó la niña sorprendida.

—Él vive ahí —dijo el viejo Ben—. Seguramente fue a cortejar a una joven petirroja que vive entre las rosas.

—¿Rosas? ¿Hay rosas allí? —preguntó Mary.

Ben tomó la pala y comenzó nuevamente a cavar.

—Las había hace diez años —dijo en un murmullo.

—Me gustaría verlas —dijo ella—. ¿Dónde está la puerta? Tiene que haber una entrada.

—Había una hace diez años —respondió agriamente el jardinero.

—¿Cómo? —gritó Mary—. ¿Tiene que haber una puerta!

—No la hay, además esto no le concierne a usted. Ahora haga el favor de irse a jugar y no ande metiendo la nariz donde no debe.

El jardinero dejó de cavar, se echó la pala al hombro y se alejó, sin siquiera darle una mirada para decirle adiós.

El llanto en el corredor

Los primeros días que Mary vivió en casa de su tío fueron exactamente iguales. Cada mañana se despertaba con la presencia de Martha que le traía su desayuno. Luego miraba por la ventana el inmenso y desolado páramo y, aunque no le atraía el frío exterior, prefería salir a quedarse en su habitación sin hacer nada. Sin darse cuenta y a medida que corría por el sendero luchando contra el viento helado, su cuerpo comenzaba a entibiarse y a fortalecerse. Sus mejillas se volvieron rosadas y sus ojos adquirieron un nuevo brillo.

Pocos días después, la niña despertó una mañana muy hambrienta. Al encontrarse con su desayuno, en vez de despreciar el plato de avena, tomó su cuchara y comenzó a comer hasta que el plato estuvo vacío.

—Parece que esta vez le gustó el desayuno —dijo Martha.

—Tiene un muy buen sabor hoy —contestó Mary, sorprendida también por su apetito.

—Es el aire del páramo que la está robusteciendo —acotó la mucama—. Siga jugando en el jardín y verá que dentro de poco tiempo perderá ese color amarillento.

—Yo no juego —dijo Mary—. No tengo con quien jugar.

—¡Nadie con quien jugar! —exclamó Martha—. Mis hermanos juegan con palos y piedras; corren y gritan cada vez que descubren algo nuevo.

Mary no gritaba, pero sí miraba todo lo que había a su

alrededor. Ella vagaba por los senderos y los jardines, y algunas veces buscaba a Ben Weatherstaff, pero él, cuando la veía acercarse, se ponía a trabajar y la miraba hoscamente. Incluso una vez tomó su pala y se alejó del lugar, como si lo hiciera a propósito para no encontrarse con ella.

El lugar favorito de Mary era el sendero que rodeaba el alto muro de aquel jardín sin entrada. La enredadera que cubría las murallas estaba perfectamente cuidada y podada; sin embargo, había una parte con hojas tupidas y oscuras que parecía haber sido olvidada por el jardinero. Un día la niña se encontraba en este lugar observando detenidamente la muralla, cuando una suave brisa movió una rama y apareció algo brillante y rojo. Parado sobre el muro y con la cabeza inclinada hacia ella, se encontraba el petirrojo de Ben.

—¡Oh! ¿Eres tú? —dijo la niña con total naturalidad, pues estaba segura de que se entendían.

El pajarillo contestó con un gorjeo y brincos a lo largo del muro. Mary comenzó a reír y a saltar junto con su nuevo amigo. La pequeña, delgada y pálida niña se transformó por un momento en una persona preciosa.

“¡Me gustas! ¡Me gustas mucho!” —gritaba Mary, tratando de silbar igual a él. El petirrojo cantaba y silbaba a su vez. De pronto extendió sus alas y fue a posarse en lo alto de un árbol, cantando con todas sus fuerzas. La niña recordó que así lo había visto la primera vez, en la cima del árbol que se ubicaba en el jardín sin entrada. “¡Cómo me gustaría conocerlo!” —suspiró Mary, y luego pensó:— “Es extraño, Ben Weatherstaff dijo que no había ninguna

puerta; pero si el señor Craven enterró la llave es porque debe haber una entrada”.

Se interesó tanto en el misterio que ya no lamentaba tener que vivir en Misselthwaite Manor. Además, en la India hacía tanto calor que, por lo general, nunca tenía ganas de moverse; en cambio, el aire fresco del páramo había comenzado a limpiar las telarañas de su joven cerebro y a despertarla poco a poco.

Mary permaneció casi todo el día al aire libre y cuando esa noche se sentó ante su cena estaba hambrienta, somnolienta y se sentía muy a gusto. Ni siquiera se molestó por el parloteo de Martha, por el contrario, le agradaba; incluso, al terminar su comida decidió hacerle una pregunta.

—¿Por qué el señor Craven odia el jardín? —dijo.

Con su acostumbrada sencillez, la mucama se sentó con la niña junto al fuego.

—¿Todavía piensa en el jardín? Sabía que sería así. Me pasó lo mismo la primera vez que oí nombrarlo.

—¿Por qué lo odia? —insistió Mary.

Martha intentó evitar el tema, pues la señora Medlock había prohibido a los sirvientes hablar de las cosas del señor Craven. Sin embargo, ante la insistencia de la niña, le contó todo lo que sabía.

—Si no fuera por el jardín, el señor Craven no sería tan extraño. Era el jardín que la señora hizo apenas se casaron. Ambos cuidaban sus flores, pues ningún jardinero podía entrar en él. Cerraban la puerta y permanecían allí por horas, leyendo o conversando. Ella era una mujer muy delgada

y solía sentarse en la rama de un árbol viejo sobre el cual trepaban las rosas. Un día, la rama se rompió y la señora al caer se hirió tan gravemente que murió. El señor quedó desesperado de tal manera que los doctores temieron que se volviera loco o que también muriera. Por esta razón él odia el jardín y no permite que nadie entre en él.

Mary no hizo más preguntas. Mientras miraba el fuego, sentía el viento silbar más fuerte que nunca. La niña se sentía muy a gusto en Misselthwaite; cuatro cosas buenas le habían sucedido desde su llegada: conversaba con el petirrojo, corría contra el viento, su salud se robustecía y aprendió lo que era sentir compasión por alguien.

De pronto, el sonido del viento se confundió con un nuevo ruido. Mary no supo lo que era, pero parecía como si alguien llorara. Era extraño pues en ocasiones el viento también llora, sin embargo, la niña estaba convencida de que aquel lamento venía del interior de la casa. Se volvió hacia Martha y le preguntó si ella también oía llorar. La mucama, confundida, insistió en que era el viento.

—Pero escuche —dijo Mary— es en la casa, en alguno de los corredores.

En ese momento una puerta del piso de abajo debió abrirse, pues una ráfaga de viento abrió de golpe la puerta de la habitación en que se encontraban. Ambas dieron un salto; al instante las luces se apagaron y el llanto se oyó aún más nítido.

—¡Escuche! —gritó la niña—. ¡Se lo dije! Alguien está llorando y es el llanto de un niño.

Martha corrió a cerrar la puerta con llave. Al mismo tiempo se cerró de golpe otra puerta y todo volvió a quedar en calma; incluso cesó el rugir del viento.

—Es el viento —afirmó la mucama testarudamente—. Y si no lo es, fue la ayudante de cocina que ha tenido dolor de muelas todo el día.

Pero algo preocupaba y molestaba a Martha, pues al mirarla, Mary supo que no decía la verdad.

Alguien lloraba, ¿de verdad!

La mañana siguiente amaneció lloviendo torrencialmente. Apenas se divisaba el páramo, oculto por la neblina y las nubes. Mary no podría salir, así que preguntó a Martha qué se hacía en un día como este.

—Mis hermanos mayores juegan en el establo —comenzó a relatar la mucama—. En cuanto a Dickon, con buen o mal tiempo, él sale a recorrer el páramo. Los días de lluvia descubre cosas que en otras ocasiones no ve. Una vez encontró un zorrillo medio ahogado en un hoyo. La madre había muerto, así que lo llevó a casa escondido entre sus ropas para darle calor. Ahora vive con nosotros junto a Hollín, un cuervo negro que también salvó de la lluvia, y varios animales más.

Lejos habían quedado los días en que Mary se molestaba con el parloteo de Martha. Ahora le interesaba y divertía, incluso se apenaba cuando llegaba a su fin. Se sentía especialmente atraída ante aquellos cuentos que hablaban de Dickon.

—Si yo tuviera un zorrillo o un cuervo podría jugar con ellos —dijo Mary—, pero no tengo.

—¿Es que no sabe tejer o bordar? —preguntó Martha, tras mirarla perplejamente.

—No.

—¿Puede leer?

—No tengo libros; todos se quedaron en la India.

—Es una pena que la señora Medlock no la deje entrar en la biblioteca, allí hay muchos libros.

Mary no preguntó acerca de la biblioteca, pues decidió encontrarla por sí misma. No le preocupó la señora Medlock, pues ella siempre permanecía en un confortable salón de la planta baja. En este extraño lugar, las personas rara vez se veían. Martha la ayudaba regularmente, pero nadie más se preocupaba por ella. El ama de llaves la visitaba cada dos o tres días, sin embargo jamás le preguntaba lo que hacía. Mary supuso que esta sería la manera de educar a los niños ingleses. En India, por el contrario, su niñera la seguía a todas partes. Ahora, en cambio, no solo estaba aprendiendo a vestirse sola, sino que pasaba la mayor parte del día sin compañía.

Mary permaneció cerca de diez minutos de pie junto a la ventana esperando que Martha terminara de limpiar y se retirara. Pensaba en su idea de buscar la biblioteca, aunque ésta no le interesaba mayormente pues había leído muy pocos libros en su corta vida. Le atraían más las cien habitaciones cerradas de la casa. “Serán realmente cien”, se preguntaba la pequeña. Quizás podría contarlas y así entretenerse el resto del día.

Finalmente salió de su dormitorio y comenzó a caminar por el largo corredor que, a su vez, comunicaba con otros corredores. Cruzó puertas y más puertas. Las paredes estaban adornadas con pinturas de oscuros paisajes, pero principalmente por retratos, innumerables retratos. Ella nunca había visto tantos en una casa. Había hombres y

mujeres vestidos de extraña manera, también niños. Mary los miraba fijamente y éstos parecían observarla también a ella. Se preguntaba cuáles serían sus nombres y dónde estarían ahora. Pero lo que más llamó su atención fue el retrato de una niña de su edad. Su rostro era poco agraciado y posaba rígida con un loro verde sobre su mano; sus ojos tenían una mirada aguda y curiosa.

—¿Dónde estás? —dijo Mary al retrato—. ¡Desearía que estuvieras aquí!

De seguro ninguna otra niña había vivido una mañana tan extraña. Parecía que el único ser viviente de esa inmensa casa era ella, como si nadie antes hubiese recorrido aquellos corredores o habitado esas decenas de cuartos que hoy permanecían vacíos.

No fue hasta llegar al segundo piso que Mary decidió abrir las puertas. Todas estaban cerradas, tal como la señora Medlock lo había indicado; sin embargo, al final, una de ellas cedió y se abrió pesadamente ante el espanto de la niña. La puerta dio paso a un enorme dormitorio con paredes cubiertas de tapices y muebles labrados como los había en la India. Una gran ventana miraba al páramo y sobre la chimenea Mary distinguió otro retrato de la niña de mirada curiosa.

“Quizás este fue su dormitorio —pensó Mary—. Me incomoda la manera en que me mira”.

Luego continuó abriendo puertas; una vez cansada reconoció que definitivamente sí había tal cantidad de habitaciones. En todo su recorrido no encontró a ningún ser viviente; sin embargo, al entrar a un cuarto sintió un

ruido extraño. Mary miró con cuidado hacia el lugar de donde provenía el sonido y descubrió sobre un sofá unos ojos pequeñitos que la miraban.

Se acercó lentamente y encontró a un ratoncito gris. Se había comido parte del cojín para hacer su nido allí e instalar a sus seis hijos. Al verlos Mary pensó que al menos había ahí siete criaturas que no se sentían solas.

“Me los llevaría conmigo si no fuera porque se asustarían” —pensó Mary.

Cansada de tanto vagar por la casa, decidió volver a su dormitorio. Dos o tres veces perdió el camino de vuelta al retroceder por el corredor equivocado. Cuando por fin llegó al piso de su habitación, aún se encontraba lejos y perdida.

“Creo que no he tomado el camino correcto —se dijo—. No sé hacia donde dirigirme, todo está tan silencioso”.

De pronto algo rompió la calma. Era un llanto, pero no como el que había sentido la noche anterior. A través de las paredes, llegaba un lamento de niño.

“Se oye muy cerca —dijo Mary, con el corazón latiendo deprisa—. Alguien llora”.

Accidentalmente la niña se apoyó sobre la tapicería y ésta se movió. Mary, asustada, descubrió que el tapiz escondía una puerta que daba a otro corredor. De pronto, apareció la señora Medlock que, malhumorada y furiosa, la tomó de un brazo y la sacó de allí.

—¿Qué hace aquí? —le dijo, tironeándola del brazo—. ¿No le dije que no se moviera de sus habitaciones?

—Me equivoqué de camino —explicó Mary—. No sabía hacia donde ir cuando escuché a alguien llorar.

En ese momento odiaba a la señora Medlock, pero luego la odió aún más.

—Usted no ha oído nada —dijo el ama de llaves—. Ahora retírese a su habitación o le daré una cachetada.

Luego la empujó hacia su dormitorio y le advirtió que permaneciera en él o la encerraría bajo llave; pues ella no era su institutriz y tenía muchas otras cosas que hacer. Finalmente cerró con un fuerte portazo. Mary quedó sola y se esforzó por no llorar.

—¡Había alguien llorando, de verdad! ¡Era verdad! —dijo.

En dos ocasiones había escuchado el llanto, y estaba convencida de que averiguaría quién lloraba.

Esa mañana descubrió muchas cosas nuevas. Mary sentía como si hubiese hecho un largo y entretenido viaje: había encontrado siete ratoncitos, varios retratos, y se divirtió con los adornos de las habitaciones.

La llave del jardín

Dos días más tarde, cuando Mary abrió los ojos esa mañana, llamó a Martha diciendo: “¡Mire el páramo! ¡Mírelo!”

La tormenta había finalizado y las nubes grises habían sido barridas por el viento de la noche. El viento también había cesado y un hermoso cielo azul se extendía sobre el páramo. La niña no imaginó jamás que en ese lugar el cielo pudiese ser tan azul.

—¡Claro! —respondió la mucama—. La tormenta desaparece como si nunca hubiera estado; esto sucede una vez al año, es la primavera que se aproxima.

—Yo creí que en Inglaterra siempre llovía y estaba oscuro —dijo Mary.

—No, por ningún motivo —acotó Martha—. Cuando sale el sol en Yorkshire, es la región más soleada del mundo. Le dije que le gustaría el páramo, espere que comience a florecer y sentirá deseos de levantarse temprano y pasar todo el día afuera, igual que Dickon.

—¿Podré ir algún día a su casa? —preguntó nostálgicamente la niña, mientras observaba maravillada el azul del cielo.

—No lo sé —respondió Martha—. Mi casa queda lejos y usted no está acostumbrada a usar sus piernas.

—Sin embargo, me encantaría conocer donde vive su familia.

Martha la observó fijamente por algunos segundos, mientras pensaba que en la carita de la niña ya no se apreciaba la amargura del primer día. Por el contrario, ahora miraba igual que cuando sus pequeñas hermanitas querían conseguir algo. “Como hoy es mi día de salida, le preguntaré a mi madre, ella siempre encuentra solución a las cosas”, dijo finalmente. Y Mary confesó que tanto su madre como Dickon le agradaban inmensamente, aun cuando no los conocía.

—No me extraña —dijo la mucama—. Mi madre es una mujer muy trabajadora y muy amable. En cuanto a Dickon, todos lo aprecian: los pájaros lo quieren, también los conejos, las ovejas, los ponis y los zorritos. Me pregunto qué pensará él de usted.

—No le gustará —dijo fríamente la niña—. No le gusto a nadie.

Martha la miró asombrada y, tras reflexionar, le preguntó si ella se gustaba a sí misma. Mary no supo qué responder, pues jamás se había hecho esa pregunta. Entonces la mucama, recordando una historia personal, dijo:

—Una vez mi madre me hizo esa pregunta. Yo estaba malhumorada y había hablado mal de algunas personas. “Miren la arpía —dijo ella—. Refiriéndose mal de otros. ¿Y qué me dices de ti? ¿Acaso te gustas?”. Esto me dio risa e inmediatamente entré en razón.

El saber que Martha no estaría ese día en casa hizo sentir a Mary más sola que nunca. Entonces salió rápidamente al jardín y dio varias vueltas alrededor de la fuente hasta que se

sintió mejor. La luz del sol hacía que el lugar se viera muy diferente. La niña miraba el cielo imaginándose recostada sobre una de aquellas blancas nubes. Luego se dirigió al primer huerto en donde encontró a Ben trabajando junto a dos hombres. El día había influido en el ánimo del jardinero, pues al verla, le comentó amablemente:

—Ya viene la primavera. ¿Puede olerla?

—Siento algo fresco y húmedo —contestó Mary mientras olfateaba el ambiente.

—Es la riqueza de la tierra —acotó Ben—, que se prepara para hacer crecer azafranes, narcisos y otras flores de bulbo. ¿Las ha visto alguna vez?

—No, en India después de la lluvia todo está muy mojado y caluroso. Creo que las plantas crecen de noche.

—Aquí no es así —dijo el jardinero—. Tendrá que esperarlas. Primero saldrá una puntita por aquí y otra por allá, luego aparecerá una hoja y luego otra. Hay que esperar para verlas crecer.

—¡Claro que esperaré! —respondió Mary muy interesada.

Después de un momento se sintió un batir de alas y la pequeña supo que el petirrojo estaba de vuelta. Era un pajarito muy vivaracho, pues brincando se posó cerca de ella, ladeó la cabeza y la miró fijamente. Tal fue la sorpresa de Mary que le preguntó a Ben si el petirrojo la recordaría.

—¡Recordarla! —exclamó indignado el jardinero—. Sin contar a las personas, él conoce cada planta de este jardín. Como nunca ha visto una niña, trata de averiguar algo acerca de usted. Así que no trate de engañarlo.

—¿También están creciendo las plantas en el jardín donde él vive? —preguntó Mary.

—¿Qué jardín? —gruñó Ben Weatherstaff.

—El viejo jardín de las rosas —dijo sin poder evitarlo, pues ella sentía mucha curiosidad—. ¿Están todas las rosas muertas o algunas renacerán en verano?

—Pregúntele a él —dijo el jardinero señalando al petirrojo—. Él es el único que sabe. Nadie más ha entrado al jardín en los últimos diez años.

Mary se alejó pensando que diez años era mucho tiempo. También se dio cuenta de que junto con agradecerle el petirrojo, comenzaba a apreciar a la gente; Marta, Dickon y la madre de ambos le agradaban.

Al poco rato de su recorrido, la niña llegó al sendero que rodeaba el jardín secreto, y de pronto le sucedió algo extraordinario. Un suave gorjeo se sintió cerca; era el petirrojo que picoteando la tierra fingía no estar allí por ella, sin embargo Mary sabía que la había seguido. Ésto la llenó de alegría.

—¡Me recuerdas! —gritó temblando de felicidad—. ¿Verdad que sí? Eres tan lindo.

Ella le habló como si fuera un ser humano, mientras él movía su cola y brincaba alrededor. Lentamente Mary se acercó al pajarillo intentando imitar su canto, y éste la dejaba acercarse sin sentir ningún temor. La niña estaba tan feliz que no se atrevía siquiera a respirar.

El petirrojo hurgaba el suelo en busca de gusanos cuando se posó sobre un montón de tierra que un perro acababa de

soltar seguramente atraído por un topo. Mary miró hacia él y descubrió algo como un anillo de hierro o bronce oxidado que sobresalía de la tierra. Al agacharse para recogerlo se dio cuenta que era una vieja llave que parecía haber estado enterrada por mucho tiempo. La niña, un poco asustada, pensó que quizás estuviese allí desde hacía diez años. “¿Será la llave del jardín?” —se preguntó.

El petirrojo que mostró el camino

Durante mucho rato permaneció mirando y dando vueltas a la llave. Se preguntaba si sería la del jardín clausurado, y si aún existía el viejo rosal. Tendría que encontrar la puerta para ver lo que había tras del muro. Un jardín que ha permanecido cerrado por tanto tiempo debía ser diferente a los otros; por eso Mary quería conocerlo. Además imaginaba que si lograba entrar en él tendría un lugar secreto en donde podría jugar sin que nadie la perturbara. El vivir en un lugar tan especial como Misselthwaite Manor había activado su imaginación.

Mary guardó la llave en su bolsillo y caminó lentamente a través del sendero con la vista fija en el muro. La hiedra que crecía en él la desconcertaba, pues no encontraba más que tupidas hojas verdes, oscuras y brillantes. Se desilusionó al pensar que estaba tan cerca la posibilidad de entrar pero no encontraba la puerta. Entonces, al regresar a la casa, decidió que siempre llevaría la llave consigo por si algún día encontraba la entrada.

La señora Medlock había permitido a Martha pasar la noche en casa de su madre, y cuando regresó de ella a la mañana siguiente traía las mejillas sonrosadas y un estupendo ánimo.

—Me levanté a las cuatro de la mañana —dijo—. El páramo estaba precioso al amanecer, con los pájaros y los conejos

despertando. ¡Estoy feliz de haber visto a mamá! Cocinamos juntas y lavamos la ropa de toda la familia.

Al atardecer, cuando la familia se encontraba reunida junto al fuego, Martha le había hablado a su madre acerca de la niñita de la India.

—Le gustó mucho saber de usted —dijo la mucama—. Quería saber todo acerca de los elefantes y los camellos, pero yo no sabía mucho.

—Antes de que vuelva a su casa, le contaré historias acerca de la India, estoy segura que a su mamá le gustará conocerlas —respondió Mary, y luego preguntó—: ¿A su madre y a Dickon les interesó realmente saber de mí?

—¡Claro! Los ojos de Dickon casi se salían de su órbita por la curiosidad. Mi mamá, en cambio, quedó preocupada de que usted estuviese tan sola. Dijo que alguien debía ocuparse de usted. Me hizo pensar que se sentiría triste al vagar sola por una casa tan grande, y yo prometí tratar de animarla más.

Mary la miró larga y atentamente, luego dijo:

—¡Pero si usted ya me da ánimos! ¡Me encanta oír sus historias!

Entonces Martha salió del dormitorio y volvió más tarde con algo escondido bajo su delantal.

—¡Qué cree! —dijo con la cara llena de alegría—. ¡Le traje un regalo!

—¡Un regalo! —exclamó Mary—. ¿Cómo es posible que una familia pobre haga un regalo?

—Esta mañana llegó a nuestra casa un hombre vendiendo ollas y sartenes. Como mamá no tiene plata no pudo

comprarle nada. Sin embargo, cuando el vendedor ya se iba, una de mis hermanitas gritó que éste tenía cuerdas para saltar. Entonces, como yo había traído mi sueldo, mamá buscó en sus bolsillos hasta encontrar algunos centavos y compró una para usted.

—¿Y para qué sirve? —preguntó con curiosidad Mary.

—¿Cómo? ¿No hay cuerdas para saltar en la India? Míreme con atención.

Martha caminó hacia el centro de la habitación y tomando un mango de la cuerda en cada mano comenzó a saltar mientras la niña la observaba atentamente. Los rostros de los retratos también lo hacían y parecían preguntar qué hacía esta extraña joven saltando frente a sus narices. Pero Martha no los veía ni le importaba. Solo sentía atracción por la carita con que Mary la miraba.

—Cuando tenía doce años podía saltar hasta quinientos —relató la mucama—. Ahora estoy más gordita y fuera de práctica.

Mary se levantó muy excitada y dijo:

—Su madre fue muy amable conmigo. ¿Cree que yo podré saltar como usted?

—Debe tratar —la motivó Martha—. En un comienzo no llegará a cien, pero si practica podrá hacerlo. Mi mamá dice que la cuerda es muy buena para los niños, ella quiere que usted salte al aire libre para que robustezca sus piernas y brazos.

Efectivamente cuando Mary comenzó a saltar, sus brazos y piernas no tenían mucha fuerza. Al inicio no lo hizo muy

bien pero a ella no le importó, solo quería seguir saltando. Luego se puso su abrigo y se disponía a salir al jardín cuando repentinamente recordó algo y se volvió hacia Martha.

—La cuerda la compraron con parte de su salario, Martha. ¡Muchas gracias! —dijo muy rígida porque no sabía qué hacer en estas situaciones. Luego volvió a agradecer y estrechó la mano de la mucama.

—¡Esa es costumbre de señoras viejas! —dijo Martha riendo—. Si hubiese sido mi hermana me hubiera dado un beso.

—¿Quiere que la bese?

—No, claro que no —rió otra vez la mucama—. Ahora salga a jugar afuera.

Mary se sintió muy contrariada, pues no entendía las costumbres de la gente de Yorkshire. Sin embargo, ahora apreciaba enormemente a Martha.

La cuerda para saltar fue una idea genial. Mary saltó y saltó hasta que sus mejillas se colorearon. El sol brillaba y una agradable brisa soplaba trayendo oleadas de tierra recién removida. Saltando llegó a la huerta donde estaba Ben Weatherstaff hablando con el petirrojo. Mary se acercó esperando que éste la notara.

—¡Qué sorpresa! —exclamó el jardinero—. Después de todo corre sangre joven por sus venas. ¡Quién lo hubiera creído!

—Nunca en mi vida había saltado la cuerda —dijo Mary—. Estoy aprendiendo, hasta ahora solo llego a veinte.

—Entonces continúe —agregó Ben—. La cuerda es muy buena para la gente joven. ¡Mire cómo la observa el petirrojo! Ayer la acechó todo el día y hoy también; siente mucha

curiosidad por usted. Además nunca antes vio una cuerda.

Mary siguió saltando alrededor de los jardines, descansando cada cierto tiempo por algunos minutos. Al llegar al corredor de su jardín especial, quiso probar si llegaba al final de éste sin dejar de saltar. Era una buena distancia por lo que a medio camino hubo de parar. Pero no le importó, pues esta vez había contado sobre treinta. Se detuvo con placer y descubrió que el petirrojo la miraba posado en una rama. La había seguido y la saludaba con un gorjeo.

—Ayer me mostraste la llave —le dijo Mary—. Hoy debes enseñarme la puerta, aunque creo que no sabes dónde está.

Ella había escuchado de su niñera india muchas historias sobre magia, por eso pensó que lo que sucedió luego no podía ser otra cosa.

Una ráfaga de viento agitó las enredaderas del muro justo en la parte que a la niña le había llamado la atención porque no estaban podadas como las demás. Mary, que se había acercado al petirrojo, vio que el viento levantaba una rama. Repentinamente la agarró ya que le pareció ver bajo las ramas una perilla redonda. Era la perilla de la puerta.

Mary introdujo sus manos bajo las hojas e intentó empujarlas para un lado. La hiedra caía suelta como una cortina, aunque algunas hojas se habían arrastrado sobre la madera y el hierro. El corazón de Mary latía con fuerza y sus manos comenzaron a temblar de gusto y excitación. El petirrojo cantaba a su lado, tan emocionado como ella. ¿Qué era aquello que tenía entre sus manos hecho de hierro y con un agujero?

Era la cerradura de la puerta que llevaba cerrada diez años. La niña sacó de su bolsillo la llave de bronce y la introdujo en el agujero, luego la giró. Aun cuando tuvo que hacerlo con las dos manos, la puerta se abrió.

Entonces tomó aire, se aseguró que no viniera nadie, atravesó la cortina de hiedra y empujó la puerta lenta, lentamente. Después la cruzó y cerró con cuidado, luego apoyó su espalda en ella y miró a su alrededor con la respiración agitada por la emoción y el asombro.

¡Estaba en el jardín secreto!

La casa más extraña en que alguien pueda vivir

Era el lugar más encantador y misterioso que alguien pudiese imaginar. Los altos muros estaban cubiertos por tallos de rosas trepadoras enredados entre sí. Del suelo cubierto de pasto sobresalían algunos arbustos que seguramente habían sido rosales. Había innumerables de ellos que alzaban sus ramas para parecer pequeños árboles. Lo más curioso y maravilloso del lugar era que las plantas habían trepado por todas partes formando columpios, cortinas oscilantes y encantadores puentes entre los árboles más grandes. Sin embargo como éstas se veían secas y de un color grisáceo, Mary se preguntó si estarían vivas o muertas. También pensó que sin duda este era uno de los jardines más misteriosos y atractivos que había visto en su vida.

—¡Qué tranquilo está todo! —susurró—. ¡Qué quieto!

Esperó un momento y escuchó el silencio. Incluso el petirrojo permanecía inmóvil en la copa de su árbol; no gorjeaba ni batía sus alas, solo miraba a la niña.

—No me extraña que esté tan quieto —susurró otra vez—. En diez años soy la primera persona que ha hablado aquí.

Comenzó a caminar lentamente, como si tuviese miedo de despertar a alguien. “¿Habrán muerto todas las plantas? ¿Será este un jardín sin vida?” —se preguntaba. Con seguridad Ben Weatherstaff habría sabido responder sus

inquietudes; ella en cambio solo veía ramas grises y opacas sin señales de vida.

El sol era más brillante dentro de estas cuatro murallas que en cualquier otro lugar de Misselthwaite y más suave que en todo el páramo. A medida que Mary avanzaba, el petirrojo la seguía brincando y gorjeando como si quisiera mostrarle todos los detalles. El jardín era extraño y parecía estar a miles de kilómetros del resto del mundo; pero ella no se sentía sola. Su única preocupación era saber si los rosales florecerían esta primavera. Ella no quería un jardín sin vida; lo imaginaba cubierto de hermosas rosas.

Como tenía consigo la cuerda para saltar, decidió recorrer a saltos los senderos de pasto que aún existían y detenerse cuando quisiera observar algo con atención. En los rincones distinguió montones de hojas bajo las cuales unas piedras cubiertas de musgos servían de asientos. De pronto se detuvo pues observó que en una de las esquinas sobresalía de la tierra negra una pequeña puntita. Mary recordó lo que el jardinero le había dicho: “Si hay pequeños brotes es posible que sean azafranes o narcisos”. Luego se agachó para oler la tierra fresca. “Quizás haya más bulbos” —pensó y comenzó a buscarlos. Qué alegría sintió al constatar que había muchos brotes más.

—Después de todo no es un jardín muerto —dijo emocionada—. Si no hay rosas, otras plantas crecerán.

Ella no sabía nada sobre jardines, no obstante pensó que aquellos bulbos que querían salir no tenían lugar para crecer. Con un palo puntiagudo en la mano se arrodilló

en el pasto y comenzó a sacar las malezas y el pasto seco para hacerles un espacio.

—Ahora podrán respirar —dijo—. Haré lo mismo con los otros bulbos y si no alcanzo hoy, volveré mañana.

De brote en brote, la niña fue cavando y desmalezando todo cuanto veía. Sin darse cuenta el trabajo la fue entibiando; primero se sacó el abrigo, luego el sombrero, y una gran sonrisa apareció en su rostro. El petirrojo la acompañaba encantado, pues a medida que ella movía la tierra aparecían deleitosos alimentos para él.

Mary trabajó tanto que no se dio cuenta que la hora del almuerzo había pasado, y cuando partió rumbo a la casa no podía creer que había laborado más de dos horas. “Volveré esta tarde”, le dijo a los árboles y plantas como si estos fueran personas.

Martha se alegró al verla llegar con las mejillas sonrosadas y con gran apetito; esta vez se sirvió dos porciones de carne y dos de budín de arroz.

En el jardín Mary había desenterrado una raíz blanca, como de cebolla. La guardó en su bolsillo para preguntarle a la mucama si sabía lo que era.

—Son bulbos —contestó Martha—. De ellos crecen lindas y agradables flores en primavera. Dickon ha plantado varios en casa.

—¿Dickon sabe de bulbos? —preguntó la niña, mientras se le ocurría una nueva idea.

—¡Dickon puede hacer crecer flores en una muralla! Mamá dice que los hace crecer con solo murmurarles.

—¿Los bulbos viven mucho tiempo? ¿Pueden vivir años de

años sin la ayuda de nadie? —preguntó Mary ansiosamente.

—Ellos se ayudan a sí mismos —dijo Martha—. Por eso la gente pobre puede tenerlos. Si no se los destruye, se reproducen y viven mucho tiempo bajo tierra. En Yorkshire existe una gran cantidad de preciosos bulbos y nadie los ha plantado ni cuidado.

—¡Quisiera que ya fuera primavera! —exclamó la niña—. Quiero ver todo lo que crece en Inglaterra.

Finalizado el almuerzo, Mary manifestó a la mucama sus ganas de tener una palita. Y Martha riendo preguntó para qué quería ella una pala. Luego la pequeña comprendió que debía ser muy cuidadosa en guardar su secreto. Aun cuando no hacía ningún daño, si el señor Craven se enteraba, se enojaría y le quitaría la llave. Ella no soportaría la idea de no ver nunca más el jardín.

—Este es un lugar muy grande y solitario —dijo lentamente, cuidando las palabras que salían de su boca—. La casa, el parque y los jardines son solitarios, además hay tantos lugares cerrados. En India yo no hacía muchas cosas pero al menos había gente que mirar y mi niñera me contaba cuentos. Aquí, con excepción de usted y Ben Weatherstaff, nadie me habla. Pero ambos trabajan y no pueden conversarme con frecuencia. Creo que si tuviera una pala podría cavar, y si consigo algunas semillas, tendría un jardín.

La cara de Martha se iluminó.

—¡Pero si eso fue lo que dijo mi madre! —exclamó—. Que hay tanto espacio que bien le podrían dar un pedacito, aunque sea para que plante rabanitos o perejil.

—¿Eso dijo? ¡Cuántas cosas sabe su mamá!

—¡Claro! Una mujer que ha tenido doce hijos sabe algo más que leer y escribir —acotó la mucama.

—¿Cuánto cuesta una pala pequeña? —preguntó Mary.

—Bueno —dijo Martha reflexionando—. En una de las tiendas de Thwaite venden un juego de jardín por dos chelines. Y son lo suficientemente firmes para que usted trabaje con ellos.

—Tengo más que eso en mi billetera. Traía algo conmigo antes de llegar y el señor Craven me manda un chelín a la semana. No sabía en qué gastarlos.

—¡Eso sí que es riqueza! —exclamó Martha—. Con ese dinero puede comprar todo lo que necesite. Pero se me ocurre algo. ¿Sabe usted escribir?

—Sí, ¿por qué? —preguntó ansiosa la niña.

—En la tienda venden paquetes de semillas por un centavo. Como Dickon sabe cuáles son las más bonitas podría encargarle a él que las comprase. Él pasa todos los días por allí. Aquí tengo lápiz y papel; escriba con letra imprenta pues es la única que mi hermano lee.

“Si consigo una pala —pensó Mary— podré arreglar la tierra y plantar semillas; el jardín se llenará de hermosas flores y cobrará vida”.

Mary no volvió a salir ese día, sino que se quedó esperando que Martha terminara sus obligaciones. No era fácil escribir en imprenta y tenía algunos problemas con la ortografía, por lo que le tomó bastante tiempo escribir la carta que la mucama le dictó, en donde pedían herramientas y semillas.

—Pondremos el dinero en el sobre y el carnicero se lo entregará a Dickon. Son buenos amigos. Él comprará todo y se lo traerá personalmente.

—¡Nunca pensé que conocería a Dickon! —exclamó la niña.

—¿De verdad quiere verlo? —le preguntó Martha al verla tan contenta.

—¡Claro! Nunca he visto a un niño que los zorritos y los cuervos quieran.

De pronto Martha se sobresaltó como si recordara algo.

—Mamá me dijo que preguntara a la señora Medlock si podía llevarla a mi casa a comer queque con mis hermanitas.

Mary no lo podía creer, le habían pasado tantas cosas buenas ese día.

El trabajo en el jardín la dejaron cansada y pensativa. Martha permaneció junto a ella hasta terminar el té y conversaron un poco más. Cuando la mucama iba a retirar la bandeja, Mary le hizo una pregunta:

—¿Continúa el dolor de muelas de la ayudante de cocina? Martha la miró fijamente y un poco asustada.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque he vuelto a sentir el llanto de la otra noche, y como hoy no hay viento...

—¡Debo irme! —exclamó la mucama—. La señora Medlock ha tocado su campana.

Y salió corriendo de la habitación.

“Esta es la casa más extraña en que alguien pueda vivir”, pensó Mary. Y apoyando su cabeza en un cojín del sillón se quedó dormida. El aire fresco, la cuerda de saltar y el trabajo en el jardín, la habían dejado agradablemente cansada.

Dickon

El sol brilló durante una semana en el jardín secreto, como lo llamaba Mary. Le gustaba ese nombre, pero lo que la hacía más feliz era cerrar la puerta tras de sí, entrar a este lugar encantado y que nadie supiese dónde se encontraba. Se parecía a los jardines secretos que se describían en algunos de los cuentos que había leído. Los personajes se quedaban dormidos en ellos por más de cien años; sin embargo, a ella esto le pareció una tontería, pues se encontraba más despierta que nunca. Ahora apreciaba el aire, disfrutaba del viento, corría fuerte y rápido y saltaba hasta cien. A los bulbos del jardín les sucedía algo parecido, pues tenían todo el aire y el sol que necesitan para comenzar a crecer y cobrar nueva vida.

Mary era una persona muy decidida, y ahora que había encontrado algo en que interesarse, se tornó mucho más resuelta. Trabajaba todos los días cavando y desmalezando, y a medida que pasaba el tiempo esta ocupación le producía más placer. Para ella este era un juego fascinante. Descubrió muchos brotes verdes, más de los que pensó encontrar. Al verlos intentaba imaginárselos cuando florecieran y cubrieran el jardín con miles de pequeñas flores.

Durante esa soleada semana creció su amistad con Ben Weatherstaff. En varias ocasiones lo sorprendió al aparecer a su lado como si brotara de la tierra. La verdad es que

ella temía que se alejara al verla venir, por eso siempre se acercaba silenciosamente. Pero él ya no se molestaba con su presencia, por el contrario, se sentía agradecido de que ella lo buscara.

No era costumbre que el jardinero estuviese tan amistoso, pero aquella mañana fue diferente. Paró de trabajar, se acomodó sobre su pala mirándola fijamente y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Cerca de un mes —respondió la niña.

—Está comenzado a darle crédito a Misselthwaite —dijo—. Está más rellenita y menos amarilla que cuando llegó.

—Es cierto, mis medias ya no se arrugan —dijo Mary con toda naturalidad; luego gritó sorprendida—: ¡Mire Ben, el petirrojo!

La niña lo encontró muy bonito, su pecho lucía un hermoso rojo brillante. Coqueto, el pajarillo movía sus alas y su cola intentando llamar la atención del jardinero; pero éste había amanecido sarcástico.

—¡Con que aquí estás! —le dijo—. Cuando no tienes a quién ver vienes por mí. ¿Te has pasado dos semanas lustrando tu bello chaleco rojo para cortejar a alguna petirroja, ah?

Ante la sorpresa de la niña, el pajarillo voló hasta posarse sobre el mango de la pala,ladeó su cabeza y cantó una dulce melodía en honor a Ben. El jardinero arrugó su cara y dijo muy despacito, casi sin respirar: “Él si que sabe como conquistar a un hombre, es sorprendente”. Luego permaneció quieto hasta que el petirrojo se fue, y mirando la pala como si fuese mágica volvió a trabajar.

—¿Tiene usted su propio jardín? —le preguntó Mary.
 —No, soy soltero y alojo en la casa del guarda.
 —Y si tuviera uno, ¿qué flores plantaría en él?
 —Bulbos y flores aromáticas, pero principalmente rosas.
 —¿Le gustan las rosas?
 —Sí, mucho. Aprendí sobre ellas cuando trabajaba para una joven. Ella tenía un lugar cubierto de rosas, y las amaba como si fueran niños, incluso las besaba. Pero eso fue hace diez años —dijo Ben frunciendo el ceño.
 —¿Dónde se encuentra ella ahora? —preguntó con interés la niña.
 —En el cielo, según dicen algunos.
 —¿Qué pasó con sus rosas? —preguntó aún más interesada.
 —Están abandonadas.
 —¿Las rosas mueren cuando se las abandona? —dijo excitada.
 —Bueno, como ambos las amábamos, una o dos veces al año voy a podarlas y a removerles la tierra. Las que sobrevivieron crecen en forma silvestre.
 —Cuando no tienen hojas, se ven secas y están de color café o gris, ¿cómo se sabe si están vivas?
 —Espere que llegue la primavera y verá lo que sucede. Busque en las ramitas unas pequeñas protuberancias y luego de una lluvia observe lo que pasa —dijo Ben y luego agregó: ¿A qué se debe este repentino interés por las rosas?
 La cara de la niña se tornó colorada y con un poco de temor le contó que quería tener su propio jardín, pues no tenía con qué ni con quién jugar. “Es cierto” —dijo Ben de una manera tan extraña que Mary se preguntó si sentiría pena por ella. Ella nunca había sentido compasión por sí

misma; solo se cansaba y enojaba cuando no le gustaba la gente que la rodeaba. Sin embargo ahora el mundo estaba cambiando para mejor, y si nadie se enteraba de su secreto, podría disfrutarlo para siempre.

Permaneció otros quince minutos junto al jardinero tratando de averiguar lo más posible, mientras éste le respondía con sus acostumbrados gruñidos.

—¿Ha visto las rosas este año?

—No, mi reumatismo me lo impide —y enojado agregó: Ahora deje de hacerme tantas preguntas y váyase a jugar.

Entonces Mary se fue y mientras saltaba con su cuerda alrededor del muro que escondía el jardín, sintió un extraño sonido y quiso averiguar de dónde provenía. Sorpresivamente se encontró con un niño que apoyado contra un árbol tocaba una flauta de madera. Era un chico divertido, de aproximadamente doce años, con nariz respingada y unos hermosos ojos azules. Poco a poco se iban acercando a él una ardilla, un faisán y dos conejos, atraídos por el curioso y dulce sonido de la flauta.

Cuando vio a Mary acercarse le dijo con voz suave como la flauta que no se moviera. La niña permaneció inmóvil mientras él se paraba lentamente. Los animalillos se retiraron un poco pero ninguno pareció tener miedo.

—Soy Dickon. Y usted es la señorita Mary —dijo el niño como si ya la conociera—. Le pedí que no se moviera porque los animales se espantan con los movimientos fuertes y bruscos.

Mary, que no sabía cómo tratar a los niños, le preguntó fríamente si había recibido la carta de Martha. “Por eso he

venido” –respondió el chico. Entonces ella preguntó por las semillas, y cuando Dickon se acercó para enseñárselas, sintió un suave olor a brezo y pasto como si estuviera hecho de ellos. Mary lo apreció tanto que al mirar su graciosa cara otra vez, se olvidó de su timidez.

Luego se sentaron juntos sobre un tronco y esparcieron los sobres de semillas en el suelo. Dickon iba explicando sus nombres y la mejor forma de cultivarlas. “Estas son resedas y estas amapolas, ambas tienen un agradable aroma y crecen con mucha facilidad”. De pronto el niño volvió su cara y preguntó sonriente:

–¿Dónde está el petirrojo que nos llama?

–¿De verdad nos llama? –preguntó Mary.

–¡Claro! –dijo Dickon como si fuese lo más natural del mundo–. Está llamando a su amigo y le dice: “Aquí estoy, mírame”. ¿Quién es su amigo?

–Ben Weatherstaff, pero creo que a mí también me conoce.

–Sí, y le gustas mucho. En un minuto me contará todo acerca de ti.

Entonces con movimientos suaves comenzó a hacer unos sonidos iguales al gorjeo del petirrojo. El pajarillo lo escuchaba con atención y luego respondía.

–Dice que es amigo tuyo.

–¿Eso dice? –exclamó emocionada Mary–. ¿Crees que realmente le agrado?

–No se acercaría si no fuese tu amigo y menos si no le agradaras.

–¿Entiendes todo lo que dicen los pájaros? –interrogó la niña.

–Creo que sí –dijo Dickon con una amplia sonrisa–. Ellos también me entienden; he vivido tanto tiempo en el páramo que me siento parte de ellos.

Mientras continuaba explicándole a la niña los distintos tipos de semilla, le ofreció plantarlas él mismo. El rostro de Mary cambió repentinamente de color y ningún sonido salió de su boca pues no supo qué decir.

–¿Te dieron un pedazo de jardín, verdad? –dijo el chico al advertir su turbación–. ¿O es que no te lo quieren dar?

Apretando fuerte sus manos, la niña confesó que no conocía otros niños y que no sabía si él podía guardar un secreto. “Es un jardín secreto y moriría si alguien lo descubre” –dijo con fiereza.

–Yo siempre guardo secretos –dijo un poco extrañado Dickon–. Si no lo hiciera, otros se enterarían dónde están los nidos de los pájaros, las cuevas de los zorritos y nada estaría a salvo en el páramo.

–¡Me he robado un jardín! –exclamó muy rápido la niña–. Nadie lo quiere ni lo ha cuidado, incluso nadie ha entrado en él, quizás está muerto, no sé; ¡pero es mío! –terminó diciendo de la manera más contrariada de su vida y se largó a llorar.

Dickon con los ojos bien abiertos por la sorpresa, le preguntó con simpatía dónde se encontraba el jardín. Mary se levantó sin importar lo que pudiera suceder y en su imperiosa manera india, lo incitó a seguirla.

Rodeó el sendero amurallado hacia el lugar donde la enredadera estaba más tupida. Dickon la siguió con un extraño sentimiento, casi con compasión, pues pensaba

que lo llevaría hacia un nido de algún pájaro. Sin embargo, cuando ella se detuvo y atravesó la gruesa cortina de hiedra, el niño no podía creer lo que veía. Mary empujó lentamente la puerta y agitando su mano con desafío, dijo:

—Este es el jardín secreto, y yo soy la única en el mundo que quiere que viva.

Dickon miró una y otra vez a su alrededor.

—¡Eh! —dijo—. Este es un extraño y precioso lugar; me parece estar soñando.

El niño del tordo

Durante dos o tres minutos, Dickon se quedó quieto mirando a su alrededor, mientras Mary lo observaba. Luego comenzó a caminar cuidadosamente hacia el interior del jardín. Sus ojos parecían estar en todos los lugares a la vez: en los árboles, en las enredaderas que suben por sus troncos, en las ramas que cuelgan de ellos, en los arbustos de hojas perennes y en una flor que crecía entre estos.

—Jamás pensé que conocería este lugar —murmuró el muchacho.

—¿Entonces sabías que existía? —preguntó Mary con voz alta y fuerte.

—¡Shhh! Debemos hablar bajo o sabrán que estamos aquí —le indicó Dickon.

—¡Oh, lo olvidé! —dijo la niña poniéndose una mano sobre su boca—. Entonces dime, ¿cómo sabes acerca del jardín?

—Martha me contó que existía un jardín al que nadie había entrado. Yo solía preguntarme cómo sería.

Luego volvió a mirar a su alrededor y comentó que seguramente en primavera todos los pájaros harían sus nidos allí, pues no existía un lugar más seguro en toda Inglaterra.

Sin darse cuenta, Mary puso su mano sobre el brazo de Dickon y le preguntó si florecerían otra vez las rosas. Entonces él tomó su cuchillo e hizo unos pequeños cortes en las ramas del árbol más cercano.

—Hay mucha madera que está seca y que debe ser cortada —dijo—. Pero hay algunas ramas que crecieron el año pasado y aquí viene un nuevo brote.

—¿Hay un brote! —exclamó la niña—. ¿Y está vivo o muerto?

—Tan vivo como tú o como yo —contestó Dickon con una amable sonrisa.

—¿Qué alegría! ¿Por qué no recorremos el jardín y contamos cuántos brotes más florecerán? —sugirió la niña llena de felicidad.

Dickon estaba tan ansioso y entusiasmado como ella. Fueron de árbol en árbol y de arbusto en arbusto identificando las ramas que aún permanecían verdes. El muchacho hacía pequeños cortes con su cuchillo y le explicaba a Mary que si la rama estaba seca en su interior estaba muerta y había que cortarla. Por el contrario, si estaba verde florecía en primavera. De pronto se detuvo y mirando a la niña dijo.

—Habrá miles de rosas este verano.

En el transcurso de media hora, Mary había aprendido a distinguir las ramas vivas de las secas, y cuando encontró por sí sola el primer brote verdoso, estalló de felicidad.

Estaban trabajando esforzadamente junto a uno de los rosales más grandes, cuando Dickon se sorprendió al descubrir el lugar que Mary había limpiado para dar aire a los brotes, y preguntó quién lo había hecho.

—Yo fui —contestó la niña.

—¿Pero habías dicho que no sabías nada sobre jardines!

—Es cierto, no sé nada —contestó—. Pero esos brotes eran tan pequeños y el pasto tan grueso y firme que parecían no tener espacio para respirar; por eso limpié las malezas.

—¿Ni un jardinero pudo hacerlo mejor! —exclamó el muchacho—. Estos brotes crecerán muy bien, son azafranes y campanillas. ¡Eh! Aquí hay unos narcisos y unos lirios. Haz hecho un muy buen trabajo para ser tan pequeña —le dijo.

—Ahora estoy más fuerte y no me canso con facilidad. Además disfruto con el aroma de la tierra limpia y removida.

—¿Es extraordinario para ti! —dijo Dickon asintiendo con la cabeza—. No hay nada mejor que el olor de la tierra, salvo el aroma de las plantas cuando recién ha caído la lluvia. Siempre que termina de llover salgo al páramo y me tiendo en el pasto a respirar el aire fresco y a escuchar el suave murmullo de las gotas que caen sobre los matorrales.

—¿Y nunca te resfrías? —preguntó Mary. Ella jamás había conocido a alguien tan simpático y divertido.

—¡Claro que no! —dijo—. Mi madre dice que he respirado tanto aire fresco, que jamás me resfriaré. Soy fuerte como una roca.

Mientras conversaban seguían trabajando, Mary ayudaba con el rastrillo o el desmalezador. “Hay mucho trabajo por hacer” —comentó de pronto el muchacho. Entonces la niña le rogó que volviera a ayudarla. “Si tú quieres vendré todos los días, tanto si hay sol como si llueve. Tratar de salvar este jardín es lo más divertido que he hecho en toda mi vida” —contestó Dickon con seguridad.

—¿Cómo podré agradecer tu ayuda? —preguntó Mary.

—Te diré lo que harás: engordarás y tendrás hambre como un zorrito y aprenderás a hablar como el petirrojo. De esa forma nos divertiremos enormemente.

Recorrieron juntos el jardín observando cada uno de sus rincones con una alegre expresión en sus rostros.

—No quiero que se parezca a todos los jardines —acotó la niña—. Me gusta que crezca en forma silvestre, con la tierra virgen y las ramas enredadas unas con otras como si fueran columpios. De otra manera no parecería un jardín secreto.

—Es cierto que es un jardín secreto —añadió el muchacho—. Pero además del petirrojo alguien ha estado aquí en los últimos años.

—Eso es imposible. La puerta ha permanecido bajo llave por diez años.

—Aun así, alguien ha estado aquí y allá —afirmó Dickon señalando distintos lugares.

Aunque transcurrieran muchos años, Mary jamás olvidaría la mañana en que el jardín comenzó a crecer. De pronto ella recordó la canción con que Basil —el niño de la India— la molestaba. Entonces insistió a Dickon que debían plantar muchos tipos de campanillas. Como el muchacho se sorprendió ante su requerimiento, ella le contó la historia de aquellos niños que la llamaban “Señorita Mary, tan testaruda”.

—¡Eh! —dijo el muchacho—. Nadie necesita ser contrario cuando está rodeado de hermosas flores y de amistosos animalillos que quieren ser sus amigos, ¿verdad?

—Dickon —agregó la niña—, eres tan amable como Martha. Contigo ahora son cinco las personas que me agradan: tu madre, Martha, el petirrojo, Ben Weatherstaff y tú.

Dickon se largó a reír de tal manera que tuvo que cubrirse la cara con sus brazos.

—Sé que soy un muchacho extraño, pero tú lo eres aún más —agregó.

Entonces Mary le hizo una pregunta que jamás soñó ni se atrevería a hacer:

—¿Te gusto?

—¡Claro! Me gustas mucho —respondió con naturalidad el muchacho—. Y creo que también le gustas al petirrojo.

—Eso hacen dos para mí —dijo Mary.

Cuando la niña sintió que sonaba el reloj de la casa llamando para el almuerzo se sobresaltó, pues no se había dado cuenta de la hora.

—Me tengo que ir y supongo que tú también debes almorzar.

Dickon sacó de su chaqueta un pedazo de pan y de tocino envueltos en un pañuelo. “Mi madre siempre pone comida en mis bolsillos” —comentó y luego agregó—: “Llamaré al petirrojo para compartir mi comida con él, le encanta el tocino”.

Mary partió de muy mala gana. Repentinamente se imaginó que Dickon podía ser un tipo de hada y no encontrarlo cuando volviera. Era demasiado bueno para ser de verdad. Entonces retrocedió y le dijo:

—Pase lo que pase, no dirás nada a nadie, ¿verdad?.

Con las mejillas coloradas y la boca llena de pan pero con una gran sonrisa, el muchacho dijo:

—Si un tordo me mostrara el lugar en donde está su nido, ¿crees que se lo revelaría a alguien? Tu jardín está tan a salvo como el nido del tordo.

Y ella estaba segura de que así sería.

¿Puedo tener un pedazo de tierra?

Mary corrió tan rápido que casi llegó sin aliento a su habitación. Traía el pelo desordenado y las mejillas brillantes y rosadas. Martha la esperaba con el almuerzo dispuesto sobre la mesa.

—Ha llegado tarde —le dijo—. ¿Dónde estaba?

—¡He visto a Dickon! —exclamó la niña—. ¡He visto a Dickon!

—Sabía que él vendría —dijo Martha jubilosamente—. ¿Qué le ha parecido?

—Creo que es muy apuesto —dijo Mary con voz resuelta.

—Bueno —dijo la mucama sorprendida—, es el mejor de los muchachos, pero jamás pensé que fuera buen mozo. Su nariz es demasiado respingada y sus ojos muy redondos, aunque tienen un lindo color.

—Me gusta su nariz —acotó la niña—, y también sus ojos, que tienen el color del cielo sobre el páramo.

—Mamá dice que tienen ese color de tanto mirar a los pájaros y las nubes. Pero su boca es muy grande.

—Me encanta su boca —dijo Mary obstinadamente—. Me gustaría que la mía fuese así.

Martha rió encantada.

—¿Le gustaron las semillas y las herramientas para el jardín?

—¿Cómo supo que las traje? —preguntó intrigada la niña.

—Jamás pensé que no lo haría, Dickon es un muchacho en el que se puede confiar.

Cuando la mucama comenzó a preguntar por el lugar en donde serían plantadas las semillas y si ya había pedido autorización para disponer de un pedazo de tierra, Mary se sintió muy asustada.

—No lo he pedido todavía —dijo vacilando.

—Le sugiero que hable con Ben Weatherstaff —dijo Martha—. Él no es tan malo como parece. El señor Craven le ha dado completa libertad, pues Ben estaba aquí desde antes que él llegara. Seguramente él encontrará un lugar para usted.

Mary almorzó lo más rápido que pudo y cuando se disponía a salir corriendo, Martha le informó que el señor Craven se encontraba en la casa y que deseaba verla.

—¿Por qué quiere verme ahora si no quiso hacerlo cuando llegué? —preguntó la niña pálida de susto.

—Bueno —explicó Martha—, creo que se debe a mi madre. Ella se encontró con él esta mañana y le sugirió que sería bueno que la viera antes de partir otra vez.

—¡Oh! ¿Se va otra vez? —exclamó Mary—. ¡Me alegro!

—Sí, y esta vez es por un largo tiempo. Seguramente vuelva para el otoño o el invierno.

“Si él se va por varios meses, pensaba Mary, podré apreciar como crece mi jardín secreto. Y si me descubren, al menos ya lo habré visto florecer”.

En ese momento se abrió la puerta, la señora Medlock —vestida con su más elegante traje negro— entró nerviosa y agitada a la habitación. Ordenó que Mary se peinara y que Martha la ayudara a vestirse con un nuevo vestido, pues el señor Craven la había mandado a llamar.

Los colores abandonaron las mejillas de Mary y pronto

volvió a ser la niña rígida, poco atractiva y silenciosa de antes. No pronunció palabra alguna mientras Martha la cambiaba y permaneció en silencio cuando seguía al ama de llaves a través de los corredores. ¿Qué podía decir? Fue obligada a visitar al señor Craven y sabía que ninguno de los dos sentiría agrado por el otro.

Se encaminaron hacia una parte de la casa en la que ella jamás había estado. Finalmente la señora Medlock golpeó la puerta y una voz desde el interior dijo: “Adelante”. Las dos mujeres entraron juntas y se encontraron frente a un hombre sentado junto al fuego. Mary fue presentada ante el señor por el ama de llaves y éste le pidió que los dejase solos un momento.

La niña permaneció de pie retorciéndose las manos. Pudo ver que el hombre no tenía una joroba sino que, más bien, tenía los hombros un poco torcidos. Su cabello era negro con algunas líneas blancas. De pronto volvió su cabeza hacia Mary y la llamó. No era una persona fea. Su cara podría resultar atractiva si no tuviera aquella expresión amarga.

—¿Estás bien? ¿Te cuidan aquí? —le preguntó.

—Sí —respondió Mary.

Él se restregó la frente y la miró de arriba a abajo. Luego comentó lo delgada que estaba, a lo que Mary contestó que ya se estaba poniendo más fuerte y que tenía más apetito. El señor Craven tenía una de las caras más infelices que se han visto. Sus ojos negros parecían no mirar hacia ningún lado.

—Quise enviarte una institutriz, pero me olvidé —dijo.

—¡Por favor! —alcanzó a decir la niña—. ¡Por favor! —pero un nudo se ató en su garganta.

—¿Qué es lo que quieres decir? —la interrogó.

—Por favor, no me envíe una institutriz.

Él volvió a restregar su frente y murmuró una frase para sí mismo: “¿Qué es lo que dijo la señora Sowerby?”. Entonces Mary, tomando coraje, preguntó si acaso ella no era la madre de Martha.

—Sí, creo que sí —replicó el hombre.

—Ella sabe de niños. Como tiene doce no hay quién sepa más de niños —agregó Mary.

Él pareció animarse un poco y le preguntó qué es lo que ella quería hacer. La niña le comentó lo bien que le hacía jugar en los jardines. Entonces el señor Craven recordó que precisamente aquello era lo que la señora Sowerby había dicho.

—¿En donde juegas? —le preguntó después.

—Por todos lados —dijo con la voz temblorosa—. La mamá de Martha me mandó una cuerda para saltar; entonces salto, corro y veo las cosas que crecen de la tierra. No le hago daño a nadie.

—No tengas tanto miedo —le dijo preocupado—. Una niña como tú no podría hacer ningún daño. Puedes hacer lo que tú quieras.

Mary puso su mano en la garganta asustada de que se le notara el nudo de excitación que se le había formado. Y acercándose a él quiso confirmar lo que había escuchado:

—¿De verdad que puedo?

—No me mires tan asustada —dijo el señor Craven—, por supuesto que puedes. Yo soy tu tutor y aunque no puedo brindarte mucha atención porque estoy enfermo, amargado y distraído, quiero que seas feliz aquí. No sé nada acerca de

niños, pero la señora Medlock te dará todo lo que necesites. Hoy te llamé porque la señora Sowerby así me lo sugirió, como también dijo que necesitabas de libertad y aire fresco. En un principio pensé que era muy atrevida al hablarme de estas cosas, pero luego me dijo que la señora Craven había sido muy amable con ella –pareció costarle nombrar a su señora–. Es una mujer respetable y ahora que te he visto, pienso que tiene razón. Puedes jugar afuera todo lo que quieras, pero dime: ¿quieres tener algo, muñecas, libros?

–¿Podría –dijo Mary con voz trémula– tener un pedazo de tierra?

En su anhelo no se dio cuenta de lo extraño que sonaron sus palabras. El señor Craven la miró fija y detenidamente. Luego le preguntó a qué se refería con tierra. En un titubeo, Mary le contó que quería plantar semillas y verlas crecer.

–¿Tanto te gustan los jardines? –le preguntó lentamente.

–Yo no sabía nada sobre ellos en India –dijo Mary–. Siempre estaba enferma o muy cansada; pero aquí es diferente.

El hombre se levantó y comenzó a caminar por la habitación. “Un pedazo de tierra” –murmuró en voz baja–. Mary pensó que sus palabras le habían recordado algo. Cuando se detuvo y le habló, sus negros ojos se veían suaves y tiernos. “Puedes tener toda la tierra que quieras –agregó–. Me recuerdas a alguien que también amaba los jardines... Cuando encuentres el lugar que te guste, tómallo y hazlo florecer”.

–¿Puedo usar cualquier lugar que nadie necesite? –preguntó la niña.

–Cualquiera –contestó–. Ahora debes retirarte porque

estoy cansado –y alargando su mano tocó la campanilla para llamar a la señora Medlock–. Adiós, estaré ausente durante el verano.

Cuando entró el ama de llaves, el señor Craven le dijo que ahora que había visto a la niña, pensaba que necesitaba robustecerse un poco antes de comenzar sus lecciones. Ordenó que se le diera comida sana y que la dejaran ir al jardín siempre que así lo quisiera. “No la vigile demasiado, necesita libertad y aire fresco. La señora Sowerby vendrá de vez en cuando y Mary podrá visitarla en su casa” –terminó el hombre.

La señora Medlock se sintió aliviada al saber que no debía preocuparse demasiado por la niña. Le parecía una carga molesta y había evitado verla; además la mamá de Martha le agradaba.

Al volver a su dormitorio, Mary se encontró con que Martha la esperaba.

–¡Puedo tener mi jardín! –exclamó la niña–. No me enviarán una niñera, veré a su mamá y podré visitar su casa.

–¡Eh! –dijo la mucama encantada–. Él fue muy amable con usted.

–Martha –dijo Mary seriamente–, él es un hombre muy agradable, solamente su cara es la de una persona triste y muy desgraciada.

La niña corrió rápidamente hacia el jardín, pues sabía que Dickon debía volver a su casa. Cuando atravesó la cortina de hiedra no lo vio por ninguna parte, entonces pensó que quizás de verdad era un hada. Finalmente encontró las herramientas ordenadas bajo un árbol y sobre

su tronco un pedazo de papel clavado. Era un dibujo de Dickon que representaba un pájaro sobre su nido y una sola palabra escrita toscamente: “Volveré”.

Soy Colin

A la hora de la comida, Mary mostró el dibujo de Dickon a Martha. “Jamás creí que mi hermano pudiese dibujar tan bien y a tamaño natural un tordo en su nido” —dijo la mucama orgullosa. De esta manera, Mary comprendió que el dibujo era un mensaje y que su secreto estaba a salvo. El nido representaba al jardín y ella era como el tordo. ¡Cómo le gustaba ese niño, a la vez extraño y simple!

Con la esperanza de verlo a la mañana siguiente, se quedó dormida.

Pero en Yorkshire nunca se sabe qué puede pasar con el tiempo, especialmente en primavera. Esa noche la niña despertó con los ruidos de las gotas de lluvia sobre la ventana. Llovía torrencialmente y el viento soplaba alrededor de toda la casa. Mary se incorporó sobre la cama sintiéndose desdichada y muy enojada.

—La lluvia es más antipática de lo que yo era —dijo—. Vino porque sabía que yo no la quería.

Se arrojó de cara sobre las almohadas; sin embargo no lloró, pero permaneció tendida odiando el sonido de la lluvia y del viento. No logró quedarse dormida otra vez, pues el ruido de las goteras sobre la pared la inquietaban. “Suena como si alguien llorara perdido en medio del páramo” —pensó.

Durante una hora permaneció dándose vueltas en la

cama, hasta que un nuevo ruido la hizo sentarse repentinamente. “Este no es el sonido del viento, es el mismo llanto que he sentido antes”.

La puerta de su habitación estaba abierta, así que supo que aquel llanto provenía de la parte más alejada del corredor. Escuchó por unos minutos y cada vez se sentía más intrigada y crecían sus ganas de saber quién lloraba. “Esto es más extraño que el mismo jardín secreto y su llave enterrada”. Quizás su propia rebeldía la hizo sentirse audaz, por lo que decidió averiguar de qué se trataba aquel llanto; además, toda la casa estaba dormida y ya no le importaba lo que dijera la señora Medlock.

Tomó la palmatoria de su velador y sin hacer demasiado ruido salió del dormitorio. El corredor se veía muy largo y oscuro, sin embargo, ella creía recordar dónde se encontraba la puerta cubierta por el tapiz, aquella en la cual el ama de llaves la descubrió el día en que se encontraba perdida. Alumbrando el paso con vela trataba de recordar el camino, mientras sentía los latidos de su corazón muy fuertes y acelerados. Como el llanto continuaba, le fue fácil guiarse por él. Finalmente se encontró frente a la puerta con el tapiz.

La empujó y luego la cerró tras de sí. El llanto se sentía con total claridad. Provenía del otro lado de la muralla. A su izquierda, Mary descubrió una puerta cerrada. Alguien lloraba en esa habitación, y era alguien pequeño. La niña abrió la puerta y se encontró con un gran dormitorio equipado con muebles antiguos. El fuego de la chimenea resplandecía e iluminaba una enorme cama con cuatro

pilares de los que pendían cortinajes de brocado. Sobre ella se encontraba tendido un niño que lloraba quejumbrosamente. Mary se preguntó si aquel lugar era verdadero o si estaba soñando.

El niño tenía una cara afilada de delicado color marfil, y sus ojos se veían demasiado grandes. Tenía también una gran cantidad de pelo y algunos mechones caían sobre su frente, haciéndolo parecer aún más pequeño. Tenía aspecto de estar enfermo, pero se notaba que lloraba más de cansancio y enfado que de dolor.

Mary permaneció de pie cerca de la puerta mientras contenía la respiración. Luego caminó hacia el centro de la habitación y, a medida que avanzaba, la luz atrajo la atención del niño, quien sacó la cabeza de la almohada y sus enormes ojos grises se quedaron mirándola fijamente.

—¿Quién eres? —preguntó asustado y en un murmullo—. ¿Eres un fantasma?

—No, no lo soy —respondió la pequeña, también en un murmullo pero menos asustada—. ¿Es que tú lo eres?

—No, soy Colin.

—¿Qué Colin? —vaciló Mary.

—Soy Colin Craven. ¿Y quién eres tú?

—Soy Mary Lennox y el señor Craven es mi tío.

—Él es mi padre —dijo el muchacho.

—¡Tu padre! —gritó la niña—. ¿Por qué nadie me dijo que tenía un hijo?

Colin aún con los ojos fijos en Mary y con una ansiosa expresión le pidió que se acercara. Ella se paró junto a la cama y él le tocó la mano. “¿Eres real? —le preguntó—. Mis

sueños a veces son muy reales". Mary, que estaba abrigada con su chal de lana, tomó una de las puntas y la ubicó entre sus dedos para que sintiera cuán suave y abrigado era. Por un momento ella también pensó que el niño era un fantasma, por eso le ofreció peñiscarlo para comprobar cuán reales eran.

—¿De dónde vienes? —preguntó Colin.

—De mi dormitorio. El viento sonaba tan fuerte que no pude dormir; luego sentí un llanto y quise saber de adónde venía. ¿Por qué llorabas?

—Porque tampoco podía dormir y me duele la cabeza. Dime tu nombre otra vez.

—Mary Lennox. ¿Nadie te dijo que vendría a vivir aquí?

Él continuaba restregando el chal, sin embargo comenzaba a convencerse de que ella era de verdad.

—No, nadie me lo dijo.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Mary.

—Porque me asusta la gente. No quiero que nadie me vea —respondió el muchacho, y ante la mirada intrigada de la niña continuó—: Toda la vida he estado enfermo y acostado en esta cama. Mi padre no quiere verme, tampoco los sirvientes. Y si llego a grande seré un jorobado, pero no viviré. Mi padre odia la idea de que me parezca a él.

—¿Qué casa más extraña! —exclamó Mary—. Aquí todo es secreto, las piezas y los jardines están bajo llave... y tú, ¿también estás encerrado?

—No, yo me quedo aquí porque no quiero salir. Me canso demasiado.

—¿Tu padre viene a visitarte? —aventuró la niña.

—Algunas veces, generalmente cuando estoy dormido. Él no quiere verme.

—¿Por qué? —no pudo dejar de preguntar Mary.

—Mi madre murió cuando yo nací y eso lo volvió desgraciado —relató el pequeño con una sombra de amargura en su rostro—. Él cree que yo no sé, pero he escuchado a los sirvientes. Mi padre casi me odia.

—Él odia el jardín desde que ella murió —pensó en voz alta la pequeña.

—¿Cuál jardín? —preguntó interesado Colin.

—¡Oh, solo un jardín que ella apreciaba! —tartamudeó Mary—. ¿Siempre has estado aquí?

—Casi siempre. En ocasiones me han llevado al mar, pero no me gusta porque la gente se queda mirándome. Solía usar un aparato de fierro para mantener mi espalda derecha, sin embargo un doctor vino de Londres y dijo que era una estupidez. Sugirió que me llevaran a tomar aire fresco. Pero yo odio el aire y no me gusta salir.

—Cuando llegué a mí tampoco me gustaba —dijo Mary—. ¿Por qué me sigues mirando de esa manera?

—Porque mis sueños son muy reales —se quejó—. Algunas veces cuando abro los ojos, no creo que estoy despierto. ¡No quiero que tú seas un sueño!

—Ambos estamos despiertos —aseguró la niña mirando la habitación que los rodeaba—. Parece un sueño porque estamos en medio de la noche y toda la casa está durmiendo.

De pronto Mary se percató de algo:

—Si no te gustan que te vean —dijo—. ¿Quieres que me vaya?

—No, si te vas pensaré que eres un sueño. En cambio, si

eres real, siéntate a mis pies y cuéntame algo.

Mary puso el candelabro en el suelo y se sentó cerca de Colin. Ella no se quería de ir, por el contrario, deseaba quedarse en aquella misteriosa habitación y con aquel misterioso niño. “¿Qué quieres que te cuente?” –le preguntó. El muchacho deseaba enterarse de todo: desde cuándo estaba en Misselthwaite; en qué corredor se ubicaba su habitación; si le gustaba o no el páramo; dónde vivía antes de llegar a Yorkshire. Mary respondió esas y otras preguntas.

La niña comprendió que por ser inválido, Colin apreciaba las cosas de manera diferente. A muy corta edad aprendió a leer y disfrutaba de las historias y pinturas de los libros. Aun cuando su padre rara vez lo visitaba, le enviaba regalos maravillosos. Sin embargo, él parecía estar siempre aburrido.

–Puedo tener lo que quiera, pues todos están obligados a obedecerme. Si me enojo, me enfermo –dijo sin darle mayor importancia–. Además nadie cree que viviré mucho tiempo más –agregó como si estuviese acostumbrado a la idea.

El muchacho parecía disfrutar con la voz de Mary, puesto que medio adormecido seguía escuchándola con interés. En más de alguna ocasión ella pensó que se había quedado dormido, pero, de pronto, él le hizo una pregunta que abrió un nuevo tema de conversación.

–¿Cuántos años tienes? –preguntó.

–Tengo diez años –y olvidándose por un segundo de la presencia del niño agregó–: Igual que tú.

–¿Cómo sabes mi edad? –la inquirió.

–Porque cuando tú naciste el jardín fue cerrado, y de eso han pasado diez años.

El niño se sentó y volviéndose hacia ella preguntó muy interesado:

–¿Qué jardín está bajo llave? ¿Quién lo cerró? ¿Dónde está la llave?

–Es... es el jardín que el señor Craven odia –contestó nerviosa Mary–. Él cerró la puerta y enterró la llave, pero nadie sabe dónde –luego agregó con cautela–: Nadie ha entrado en él durante diez años.

Pero ya era demasiado tiempo para ser cauteloso. Colin se parecía mucha a ella, y el no tener nada que hacer, lo motivaba a fantasear acerca del jardín escondido. Hizo una pregunta tras otra. ¿Dónde estaba? ¿Si ella había encontrado la puerta? ¿Si había preguntado a los jardineros?

–Nadie habla acerca del jardín –acotó la niña–. Creo que se lo tienen prohibido.

–Yo haré que me lo digan –dijo imperiosamente el muchacho.

–¿De verdad puedes? –tartamudeó Mary, empezando a asustarse.

–Todos tienen la obligación de hacer lo que yo diga –dijo–. Algún día este lugar me pertenecerá.

Mary no se había dado cuenta de que ella era una niña caprichosa, pero sí le quedó muy claro que Colin lo era. Él pensaba que el mundo le pertenecía. Además, de qué peculiar manera hablaba acerca de su muerte.

–¿De verdad crees que no vivirás? –preguntó curiosa

Mary, pero principalmente buscaba desviar su atención del jardín.

—Eso creo —respondió con indiferencia—. Mi doctor, que es un primo de mi papá, también lo cree. Él es muy pobre y heredará Misselthwaite cuando yo muera, por eso no quiere que yo viva.

—¿Pero tú quieres vivir, no? —inquirió Mary.

—No —contestó cansadamente—. Pero tampoco quiero morir. Cuando estoy enfermo pienso en ello y lloro mucho por eso.

—Te he oído llorar tres veces —dijo la niña—. Pero no sabía quién era. ¿Por qué llorabas? —preguntó para que él olvidara el jardín.

—Mejor hablemos de otra cosa, por ejemplo del jardín —insistió el niño—. ¿No sientes curiosidad por verlo?

—Sí —contestó Mary en voz baja.

—Yo quiero verlo —agregó Colin persistentemente—. Nunca había querido ver algo antes. Ordenaré que desentierren la llave, abran la puerta y me lleven a verlo en mi silla, así podré tomar aire fresco.

A medida que crecía su entusiasmo, sus misteriosos ojos crecían y brillaban como estrellas. Mary, en cambio, apretaba sus manos con preocupación. ¡Todo se echaría a perder! Dickon no volvería y ella nunca más se sentiría como el tordo seguro y a salvo en su nido. “¡No lo hagas!” —suplicó por fin—. Y ante la extrañada mirada del niño, le explicó que si abrían la puerta no sería ya un jardín secreto. Pero Colin no sabía lo que significaba un secreto.

—Mira —comenzó a explicar Mary—, si nadie sabe fuera de nosotros que existe una puerta escondida, quizás po-

dríamos encontrarla y una vez que entremos en el jardín, cerrarla para que nadie se entere de que este es nuestro jardín secreto; y seríamos como un tordo en su nido... y podríamos plantar semillas y cuidar las plantas para que no se mueran...

—¿Están muertas? —interrumpió de pronto el muchacho.

—Si nadie las cuida morirán pronto —continuó Mary—. Los bulbos podrían vivir, pero las rosas...

—¿Qué son bulbos? —la volvió a interrumpir.

—Son aquellas plantas pequeñas que tratan de crecer cuando llega la primavera.

—¿Llegó ya la primavera? —preguntó otra vez—. ¿Cómo es? No la puedo ver desde mi dormitorio.

—Es cuando el sol brilla en la lluvia y la lluvia cae cuando hay sol, y las cosas empujan la tierra para crecer —dijo Mary—. Y si el jardín es un secreto y nosotros logramos entrar en él, podríamos ver cómo brotan las plantas y saber cuántas rosas permanecieron vivas. ¿No entiendes que sería mucho mejor que continuara siendo un secreto, nuestro secreto?

Colin se recostó otra vez sobre sus almohadas con una rara expresión en el rostro. “Nunca he tenido un secreto —pensó en voz alta—. Salvo el saber que no viviré, pero éste es mucho más agradable”.

—Si no ordenas que abran el jardín —rogó Mary—, estoy segura de que encontraré la manera de entrar en él. Y como tú necesitas tomar aire fresco, quizás encontremos a algún niño que te lleve en tu silla y así iríamos solos y continuaría siendo nuestro secreto.

Mary comenzó a recobrar el aliento al darse cuenta de que

Colin se sentía agradado con la idea del secreto. Estaba segura que si le seguía hablando del jardín para que él se lo imaginase tal como ella lo había hecho, le gustaría aún más y no permitiría que nadie lo estropease. “Te contaré cómo me imagino que es” –dijo Mary, mientras Colin permaneció recostado escuchando con agrado e interés como ella le hablaba de las rosas y de los posibles pájaros que allí harían sus nidos. También le contó del petirrojo y de Ben Weatherstaff y de cómo hablaban entre sí. Al muchacho le gustó tanto la historia del pajarillo que Mary se sintió mucho más segura. “Cuando sonrío se ve hasta buen mozo” –pensó Mary.

–Yo no sé nada acerca de pájaros, no los conozco porque vivo encerrado en mi habitación. Pero tú sabes tantas cosas de ellos, que estoy pensando que ya has estado dentro del jardín –concluyó el muchacho; pero antes de que Mary se volviera a asustar, continuó como si no esperase una respuesta suya: Te voy a mostrar algo, ¿ves aquella cortina rosada que oculta algo en la pared? Hay un cordón que cuelga, tíralo, por favor.

Mary hizo lo que se le pedía. Tras la cortina apareció la pintura de una joven sonriente. Tenía el pelo brillante y amarrado con una cinta azul. Sus alegres y preciosos ojos eran exactamente iguales a los tristes ojos de Colin.

–Ella es mi mamá –dijo Colin quejándose–. No sé por qué tuvo que morir. A veces la odio por eso. Si ella estuviera viva yo no estaría enfermo, además estoy seguro que mi padre no detestaría mirarme. Incluso, mi espalda sería más fuerte. Corre la cortina otra vez.

–Ella es más bonita que tú –dijo Mary–. Pero sus ojos son exactos a los tuyos. ¿Por qué está cubierta con la cortina?

–Yo pedí que lo hicieran –respondió incómodo el muchacho–. Cuando estoy enfermo me molesta verla siempre con esa sonrisa. Además, ella es mía y no quiero que nadie más la vea.

Luego permanecieron un momento en silencio hasta que Mary preguntó qué diría la señora Medlock si se enteraba de que habían estado juntos. Como era la costumbre, Colin respondió: –Ella hará lo que yo le diga. Además le diré que quiero que vengas todos los días a conversar conmigo. ¡Estoy muy contento de haberte conocido!

–Yo también lo estoy –dijo Mary–. Vendré tan seguido como pueda, pero –vaciló– tengo que buscar la entrada al jardín.

–¡Claro que sí! –dijo Colin–. Y después me cuentas –luego de unos minutos agregó–: Creo que tú también serás un secreto, no les diré nada hasta que lo descubran. Incluso puedo pedirle a la enfermera que me deje solo, ¿conoces a Martha?

–Sí, la conozco muy bien –respondió–. Ella siempre me ayuda.

–Martha ahora duerme en la habitación contigua –dijo Colin indicando con la cabeza el lugar–. La enfermera tuvo que salir esta noche y Martha la ha reemplazado; ella te dirá cuando puedas venir.

Entonces Mary comprendió por qué la mucama se ponía tan nerviosa cuando ella le señalaba el llanto en el corredor.

—He estado mucho rato aquí —dijo la niña—. ¿Puedo irme ahora? Me ha dado sueño.

Colin le pidió con un poco de vergüenza si podía permanecer junto a él hasta que se quedara dormido. La niña le dijo que cerrara los ojos y que ella le cantaría una canción mientras acariciaba su mano, como solía hacerlo su niñera en la India. Una vez que el muchacho cayó en un profundo sueño, Mary tomó su palmatoria y se retiró muy despacito a su habitación.

El joven rajá

A la mañana siguiente, el páramo se encontraba escondido tras la neblina y la lluvia no había cesado. Mary no podría salir. En la tarde, la niña le pidió a Martha que se sentara a conversar con ella. La mucama trajo consigo su tejido. “¿Qué es lo que pasa? —dijo—. Parece que quiere decirme algo”. Entonces la niña le contó sobre su descubrimiento; la pobre Martha se puso pálida de terror y exclamó que aquello era imposible.

—Oí el llanto por la noche —continuó Mary—, me levanté y encontré a Colin.

—Señorita Mary, usted no debió hacer eso —lloraba Martha—. Yo no le he contado nada acerca de él y ahora perderé mi trabajo. ¡Qué hará mi mamá!

—No perderá nada —dijo—. Él se alegró de verme, conversamos toda la noche.

—¿Está segura de que se alegró? —siguió llorando la mucama—. Usted no sabe cómo se pone cuando algo le molesta. Si se enoja llora muy fuerte para asustarnos; él sabe que no podemos contradecirlo.

—No estaba molesto, por el contrario, no quería que me retirara. Me pidió que le hablara sobre la India y sobre los jardines, incluso me mostró el retrato de su madre. Antes de irme le canté una canción para que se durmiera.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Martha muy asombrada—.

Si él hubiese actuado como acostumbra, toda la casa se hubiera despertado con su rabieta. No deja que los extraños lo vean. Sin embargo, si la señora Medlock se entera pensará que rompí sus reglas, y tendré que irme a mi casa.

—Él no dirá nada a la señora Medlock, quiere que permanezca en secreto —afirmó la niña—. Además quiere que usted me avise cuándo puedo venir a verlo.

—¡Yo! —lloró Martha—. Esto quiere decir que usted lo embrujó —concluyó con un largo suspiro.

—¿Qué es lo que tiene? —preguntó entonces la niña.

—Nadie lo sabe con certeza —contestó la mucama—. Cuando la señora Craven murió, los médicos creyeron que el señor se había vuelto loco. Él no quiso mirar a su hijo, y pensaba que si era un jorobado como él, mejor sería su muerte.

—Pero yo no le vi ninguna joroba —acotó Mary.

—Todavía no la tiene. Pero todo empezó mal. Mi mamá dice que todo partió cuando pensaron que había que mantener al niño acostado. No lo dejaron caminar por miedo a que su espalda no resistiera, y le pusieron un aparato de fierro para protegerlo. Luego vino un médico y ordenó que se lo quitaran. También dijo que le habían dado muchas medicinas y que estaba demasiado consentido.

Mary estuvo de acuerdo, ella también encontraba que era un niño muy malcriado. Martha le contó que ahora estaba peor que nunca, claro que muchas veces se había enfermado en serio. En una de esas ocasiones, él escuchó a la señora Medlock decir que lo mejor sería que muriera.

—¿Cree que morirá? —preguntó Mary.

—Mamá dice que no existe ninguna razón para que un niño no viva, si toma aire fresco y no se pasa todo el día en una cama tomando medicinas. Colin es débil y no le gusta salir, además dice que el aire frío lo enferma con facilidad.

Mary, que miraba pensativa el fuego, agregó de pronto:

—Me pregunto si salir al jardín y ver las cosas crecer le hará tan bien como a mí.

—Una de sus peores rabietas —contó Martha— fue cuando lo llevaron a mirar las rosas cerca de la fuente. Había leído acerca de algo llamado “el resfrío de las rosas”; acto seguido comenzó a estornudar diciendo que estaba enfermo. Un jardinero que pasaba por allí lo miró con curiosidad y Colin estalló de rabia pensando que lo observaba porque sería un jorobado. Lloró tanto, que en la noche le dio fiebre.

—Si alguna vez se enoja conmigo —dijo Mary—, no lo visitaré más.

—Si él quiere que vaya, tendrá que hacerlo —informó la mucama—. Es bueno que lo sepa.

Poco después sonó la campanilla. Era la enfermera que llamaba a Martha. Ésta se retiró y volvió a los diez minutos con la cara perpleja.

—Definitivamente lo ha embrujado —dijo a Mary—. Está sentado en su sillón y ha pedido a la enfermera que no vuelva hasta las seis. Luego ha dicho: “Quiero que Mary Lennox venga a verme y recuerde no mencionarlo a nadie”.

Aun cuando hubiese preferido ver a Dickon, la niña partió de inmediato, pues también le interesaba conversar con Colin.

Cuando entró en la habitación iluminada con la luz del día, Mary descubrió que el dormitorio era mucho más bonito. Los colores de los tapices y las cortinas brillaban y junto con los libros y las pinturas, hacían de la pieza un lugar confortable, a pesar del cielo gris y la lluvia que caía. Colin, por su parte, también parecía una pintura. Envuelto en una bata de terciopelo, la esperaba sentado sobre un gran cojín de brocado. Sus mejillas estaban muy rojas.

—¡Entra! —le dijo—. He pensado en ti toda la mañana.

—Yo también —contestó Mary—. No te imaginas cuán asustada está Martha, cree que la señora Medlock pensará que todo esto fue su culpa y la echará.

—Llámalas —ordenó, luego de fruncir el ceño.

Una vez que la pobre mucama entró a la habitación, Colin le recordó que ella debía hacer exactamente lo que él ordenaba; por lo tanto, si él mandaba llamar a Mary, la señora Medlock no podía despedirla pues ella estaba actuando de acuerdo a su señor. Luego de terminar su grandilocuente discurso, le rogó que se retirara. Mary observó toda la escena con desaprobación.

—¿Por qué me miras así? —la interrogó Colin—. ¿En qué estás pensando?

—Pienso en dos cosas —le dijo—. La primera es que una vez en India vi a un joven Rajá. Estaba cubierto de piedras preciosas y le hablaba a su gente tal como tú lo has hecho con Martha. Todos debían obedecerle al minuto, si no, él podía hacerlos matar.

—Luego me cuentas del rajá —dijo Colin—, pero antes quiero saber en qué otra cosa pensabas.

—Estaba pensando en Dickon, y en lo diferente que son ustedes dos.

—¿Quién es Dickon? —preguntó—. ¡Qué nombre más extraño!

—Es el hermano de Martha y tiene doce años —explicó la niña—. Él no es como nadie de este mundo. Dickon encanta a los animales igual que los nativos de India encantan serpientes. Cuando él toca su flauta, todos los animales se acercan para verlo.

Colin tomó un libro en el que aparecía un encantador de serpientes y preguntó a Mary si el tal Dickon podía hacer eso. La niña le explicó que por haber vivido toda su vida en el páramo, sabía como hablarle a los pájaros y a los animales. El niño, interesado, le pidió que le contara más acerca del misterioso muchacho. Entonces ella le contó acerca del zorrillo y del petirrojo, y de cómo él guardaba sus secretos.

—¿Le gusta el páramo? —preguntó Colin—. ¿Cómo alguien puede gustar de un lugar tan vacío y monótono?

—¡Es un lugar maravilloso! —protestó Mary—. Crecen miles de cosas preciosas y cientos de criaturas hacen sus nidos en él.

—¿Cómo los sabes? —dijo Colin, volviendo su mirada hacia ella.

—En realidad, nunca he estado allí —recordó repentinamente Mary—. Solo lo crucé una oscura noche y no

vi nada. Pero Martha, y luego Dickon me hablaron de él. Y cuando ese muchacho habla del páramo uno se imagina en medio de él, apreciando todas las maravillas que describe.

—Cuando se está enfermo no se ve nada —dijo agitadamente el niño.

—Si te quedas en tu dormitorio no puedes ver nada —inquirió Mary.

—No puedo ir al páramo —dijo con resentimiento—. ¿Cómo puedo ir allá si voy a morir?

—¿Cómo lo sabes? —dijo la niña sin ninguna simpatía. No le gustaba la forma en que Colin se refería a su muerte; era como si se jactara de ello.

—Desde que tengo memoria lo he escuchado —dijo enojado—. Ellos quieren que muera.

La señorita Mary se sintió muy contrariada esta vez, se mordió sus labios y agregó que los otros podían desear su muerte, pero no ella. Luego comentó que le agradaba el médico que había ordenado sacarle el aparato de fierro, pues había dicho que si Colin se lo proponía podría vivir, solo había que convencerlo de aquello.

—Creo que Dickon podría convencerte —le dijo—. Él siempre habla de cosas vivas, nunca se refiere a la muerte o a las enfermedades —luego agregó—: No hablemos más de cosas muertas, mejor hablemos sobre Dickon y luego miramos tus libros.

Fue lo mejor que pudo haber dicho, pues el hablar de Dickon significaba hablar sobre el páramo, la madre de

Martha y sus doce hijos que comen pasto como los ponis, de la cuerda de saltar y de los verdes brotes que crecen de la tierra. Y todo aquello estaba tan vivo que Mary habló como nunca antes lo había hecho. Colin la escuchaba encantado y ambos rieron y conversaron como dos niños normales lo hubiesen hecho. Aquel día, la niña sin cariño y el niño enfermo disfrutaron de estar juntos.

De pronto, Colin recordó algo y dijo: “¿Sabes que somos primos?”. Aquello les pareció tan fantástico que se rieron aún más. Sin embargo, en medio de la diversión, la señora Medlock junto al doctor Craven entraron a la habitación.

El tío de Colin se sorprendió al verlos y la señora Medlock casi se va de espaldas. “¡Dios mío! ¿Qué significa esto?” —exclamaron al unísono. A lo que el pequeño rajá, sin darles mayor importancia, respondió: “Ella es mi prima Mary Lennox. Yo le pedí que viniera a conversar conmigo y deberá hacerlo cada vez que yo lo desee”.

El doctor Craven dio una mirada de reprobación a la señora Medlock. Pero ella se defendió alegando no estar informada de lo que allí sucedía. “Alguno de los empleados debe haberle contado a la niña” —dijo.

—Nadie lo ha hecho —dijo Colin—. Ella me ha oído llorar y me ha buscado. Y yo estoy feliz de que lo haya hecho.

Mary notó que el médico estaba disgustado. Sin atreverse a oponerse al niño, se sentó a su lado y le tomó el pulso.

—Me temo que está muy excitado —concluyó—. Eso no es nada bueno para su salud.

—Me excitaré si ella se va —respondió Colin, con los ojos

peligrosamente brillantes—. Mary me hace bien, me siento mucho mejor en su compañía.

Tanto el médico como la señora Medlock se sintieron perturbados, mas no tenían nada que hacer. “Pensándolo bien, se ve mejor que esta mañana” —aventuró el ama de llaves. Sin embargo, no hubo respuesta del médico, quien no se quedó por mucho tiempo más. Antes de irse, dio algunas indicaciones a la enfermera, entre las cuales estaba no hablar demasiado y no olvidar que el niño estaba enfermo y que se cansaba con facilidad. Al oírlo, Mary pensó que no lo dejaban olvidarse de las cosas desagradables.

Furioso, Colin dijo al médico:

—Mary me hace olvidar las cosas malas, por eso la quiero aquí.

Al retirarse, el doctor Craven no se veía muy contento. Dio una punzante mirada a Mary, quien, sentada en el piso, no mostraba ningún atractivo. Con un suspiro cruzó el corredor pensando que en realidad el muchacho se veía mejor.

Construyendo el nido

Después de una semana más de lluvia, apareció en el arco del cielo el sol que calentaba como nunca. A pesar de que Mary no había tenido ocasión de ir al jardín y encontrarse con Dickon, las conversaciones con Colin la habían divertido muchísimo. Juntos miraron los libros y en más de alguna oportunidad ella le leyó las historias. Cuando el muchacho estaba divertido y gracioso, la niña olvidaba que era inválido, salvo por la palidez de su rostro.

—Usted actuó astutamente la noche que salió de su cama siguiendo el llanto de Colin —le dijo un día la señora Medlock—. Pero ha sido una bendición para todos. Desde que son amigos no ha tenido más rabietas. Incluso la enfermera que, cansada de sus niñerías, había decidido renunciar, prefirió quedarse con su puesto.

En sus conversaciones con Colin, Mary fue muy cautelosa con el tema del jardín. Quería averiguar, pero sin preguntas directas, si era el tipo de niño que podía guardar un secreto. Evidentemente estaba entusiasmado con la idea del jardín, claro que no tanto como Dickon, pero de todas formas demostraba que se podía confiar en él. Lo otro que la niña quería saber era si podría llevarlo al jardín sin que los descubrieran. Mary estaba convencida que el aire fresco, Dickon, el petirrojo y ver las cosas crecer, le harían olvidar la idea de la muerte. Días antes, al mirarse al espejo, notó

lo mucho que había cambiado desde que llegó de la India; incluso Martha se lo había insinuado. Quizás a Colin le sucedería lo mismo. No obstante, podría ser que no le agradara la idea de ser visto por Dickon.

—¿Por qué te enojas cuando la gente te mira? —lo inquirió un día.

—Siempre lo he odiado —contestó—, incluso de pequeño. Cuando me sacaban en mi silla, la gente se detenía a observarme y hablaban con la enfermera acerca de mí. Algunas señoras me palmoteaban las mejillas diciendo: “¡Pobre niño!”. Una vez le mordí la mano a una señora, la cual se asustó tanto que salió corriendo.

—Me pregunto por qué no gritaste el día que entré en tu habitación —dijo Mary sonriendo.

—Pensé que eras un fantasma, y aunque grites ellos no se van.

—¿Te enojarías si un niño te viera? —preguntó Mary con incertidumbre.

—Hay un niño... —dijo pensando con cautela cada palabra—, que no importaría. Ese niño sabe donde viven los zorritos.

—Estoy segura de que puedes confiar en él —dijo Mary.

—Los pájaros y los animales lo hacen; él es una especie de encantador de animales, y yo soy una especie de niño-animal —concluyó Colin y luego ambos primos rieron de buena gana.

Fue así como Mary comprendió que no tenía que temer por Dickon.

Aquella mañana la niña se despertó muy temprano. Los

rayos del sol eran tan alegres que traspasaban las persianas. Mary saltó de la cama y abrió las ventanas; el aire fresco invadió la habitación y ella vio un paisaje encantado. El páramo se mostraba hermoso ante sus ojos y miles de pajarillos entonaban su concierto.

“No puedo esperar, debo ir al jardín” —pensó. Y, como ya sabía vestirse sola, estuvo lista en cinco minutos. Corrió hacia afuera asombrándose del pasto que parecía más verde que nunca. El sol la calentaba al tiempo que escuchaba los gorjeos salir de los arbustos. Juntó sus manos de pura felicidad y miró hacia el cielo pintado con los colores de la primavera. Mientras avanzaba hacia el jardín secreto, sentía que era capaz de cantar igual que los tordos y los petirrojos. Además estaba feliz pues sabía que aquella tarde vería a Dickon.

La tibia y larga lluvia había producido extraños efectos en las enredaderas que rodeaban el muro del jardín. Por todos lados se veían pequeños tallos púrpuras y amarillos. Seis meses atrás la señorita Mary no habría notado que el mundo estaba despierto; hoy no se perdía detalle.

Cuando llegó a la puerta cubierta de hiedra oyó el graznido de un cuervo que la miraba desde lo alto del muro. Ella, que no había visto un cuervo antes, se sintió un poco asustada; sin embargo, el pájaro extendió sus alas y voló a través del jardín. Finalmente Mary entró en él y descubrió que el cuervo, posado sobre un pequeño manzano, estaba junto a un animalillo de cola roja que miraba como un niño de cobriza cabellera trabajaba arduamente en el pasto.

—¡Oh, Dickon! —exclamó—. ¿Cómo pudiste llegar tan temprano? El sol apenas se ha levantado.

El muchacho se enderezó riendo, rebosante y despeinado.

—¡Eh! —dijo—. Me levanté antes que él. ¿Cómo podía quedarme en cama si esta mañana el mundo comienza a renovarse? Los pájaros construyen sus nidos y aparecen nuevas fragancias. Cuando salió el sol, sentí la alegría del páramo y lo atravesé cantando pues sabía que me esperaba el jardín.

—¡Oh, Dickon! —dijo Mary—. Estoy tan feliz que apenas puedo respirar.

Al ver que el niño conversaba con una criatura extraña, el cuervo y el animalillo de cola roja se acercaron. “Este es el zorrito del que te hablé, su nombre es Captain. Y este es Soot”—dijo Dickon, apuntando al cuervo. Ninguno de los dos animales parecía asustado con la presencia de Mary. Incluso, cuando los niños comenzaron a caminar a través del jardín, éstos los siguieron felices.

De pronto se toparon con algunos brotes de rosas y Dickon se los enseñó a Mary, quien se arrodilló y comenzó a besarlos. “Nunca besé a una persona de esta manera —dijo—, las flores son diferentes”. Sin embargo, la experiencia de Dickon era distinta, pues él siempre besaba de esa forma a su madre. Así se lo hizo saber a la pequeña niña.

Corrieron tanto por todo el jardín descubriendo mil y una maravillas, que en ocasiones debieron recordar bajar la voz para no ser descubiertos. Dickon le mostraba como de aquellas rosas que antes parecían muertas, aparecían los brotecillos verdes. De rodillas sobre el pasto, se agacharon

hasta topar con sus narices el suelo, de esta manera buscaban captar toda la energía primaveral. Esa mañana el jardín les reveló todas las alegrías de la tierra.

Un pajarillo de pecho rojo pasó volando sobre ellos y Dickon notó su presencia. Entonces le informó a Mary que debían permanecer callados y casi sin moverse, pues aquella ave era la pareja del petirrojo de Ben y juntos estaban construyendo su nido. El niño sabía que los pájaros solo se quedarían en el jardín si ellos no los molestaban. Fue así como se sentaron en el pasto casi sin respirar, esperando que los petirrojos terminasen su labor.

—Desde que comenzó el mundo —aclaró el muchacho—, la primavera es la época en que se construyen los nidos. Es fácil perder un amigo si uno se vuelve curioso o irrespetuoso.

—Hablemos de otra cosa —dijo Mary lo más despacito que pudo—. Tengo algo que contarte. ¿Qué sabes acerca de Colin? —murmuró.

Él volvió su cabeza hacia ella y la miró.

—¿Qué sabes tú de él? —preguntó.

—Lo he visto y toda la semana hemos estado juntos. Hemos conversado tanto que hasta se olvidó de su enfermedad —le contó Mary.

—¡Me alegro mucho! —exclamó el muchacho—. Eso lo hace todo más fácil. Yo no podía comentarte acerca de él y no me gusta ocultar las cosas.

—¿Es que no te gusta ocultar el secreto del jardín? —inquirió la niña.

—Nunca hablaré de él —respondió—. A mi mamá le conté

que tenía un secreto pero no le dije de qué se trataba. Ella no se molestó y comentó riendo: “Conozco los secretos que se tienen a los doce años”.

Mary le contó cómo había descubierto a su primo y que se había impresionado por su pálido rostro y sus extraños y enormes ojos. Luego le preguntó si él creía que Colin deseaba morir. Al igual que Martha, Dickon comentó lo que su madre pensaba al respecto: “Lo peor que le puede suceder a un niño es no sentirse querido. Aunque el señor Craven le compra todo lo que el dinero puede dar, tiene miedo de que sea jorobado como él”.

—Por eso Colin tiene susto de sentarse —dijo Mary—. Dijo que si algún día sentía algo extraño en su espalda, se volvería loco y gritaría hasta morir.

—Él no debiera estar todo el día acostado y menos pensar cosas como esas —aseguró Dickon—. Ningún muchacho puede mejorar en esas condiciones.

Repentinamente Dickon le pidió a Mary que mirara a su alrededor.

—Recuerdas cuando todo se veía gris —dijo, rodeado de los nuevos colores de la primavera. Luego agregó—: ¿Sabes lo que estoy pensando?

Mary supuso que era un buen pensamiento y que tenía relación con Colin.

—Creo que si él viera como los brotes crecen de la tierra y respirara el aroma de las rosas, se sentiría mejor —afirmó Dickon—. Me preguntó si alguna vez lo podremos traer en su silla al jardín.

—Es lo mismo que yo pienso cada momento —acotó Mary—. Él conoce muchas cosas a través de los libros, pero nunca ha visto algo como esto. Sin embargo, le agrada mucho la idea del jardín secreto.

—Tendremos que traerlo aquí —afirmó Dickon—. Yo puedo empujar su silla.

Mientras conversaban, los petirrojos trabajaban sin sentirse molestados. “Mira la ramita que tiene en su pico, él trata de descubrir cuál es el mejor lugar para ponerla” —comentó el muchacho. Luego con un silbido llamó al pajarillo y comenzó a hablarle igual como lo hacía Ben Weathertaff.

—Tú sabes que no te molestaremos —le dijo—. Nosotros también estamos construyendo un nido, pero no se lo digas a nadie.

Aunque el petirrojo no respondió, pues sujetaba una ramita con su pico, Mary supo por el brillo de sus ojos que guardaría el secreto.

¡No lo haré!

Se divirtieron muchísimo esa mañana e hicieron tantas cosas en el jardín, que Mary solo en el último momento recordó a Colin. Le pidió a Martha que le informara que no podría ir a verlo pues estaba muy ocupada. La mucama sugirió que el muchacho se pondría de muy mal humor si ella le daba aquella noticia, mas como la niña no acostumbraba hacer sacrificios por nadie, no se preocupó por ello. “No puedo quedarme, Dickon me espera” –fueron sus últimas palabras.

La tarde fue aún más entretenida que la mañana. Ya casi no quedaban malezas y la mayoría de los rosales habían sido podados. Dickon trajo su pala y le enseñó a Mary a usar las herramientas. El zorrillo y el cuervo estaban tan ocupados como ellos, y los petirrojos volaban como si fueran pequeños rayos de luz. En más de una ocasión, el cuervo abrió sus alas para acercarse y hablarle a Dickon tal como lo hacía el petirrojo. Después decidieron descansar y ambos niños se sentaron bajo la sombra de un árbol. Dickon entonó con su flauta unas extrañas melodías que atrajeron a las ardillas.

Una vez que el sol comenzó a esconderse y los últimos rayos brillaron a través de los árboles, decidieron volver a sus hogares.

–Mañana el día estará espléndido –dijo Dickon–. Empezaré a trabajar al amanecer.

–Yo también –dijo Mary.

La niña corrió tan rápido como pudo a su casa. Quería contarle a Colin sobre el cuervo, el zorrillo y de cómo había estado la primavera aquel día. Estaba segura que a él le agradaría saber de esas cosas. Sin embargo, al abrir la puerta de su dormitorio, ocurrió algo totalmente distinto. Martha la esperaba con la cara afligida para informarle que al niño le había dado una tremenda rabieta, y que no hacía más que mirar el reloj esperando su regreso.

Mary se mordió los labios. Ella, al igual que Colin, no solía considerar a las demás personas; por lo que no entendía por qué un niño rabioso pretendía interferir en las cosas que a ella le agradaban. Tampoco sabía acerca de la compasión y comprensión que las personas enfermas necesitan, sobre todo cuando no pueden controlar sus nervios y su rabia. Cuando en la India sentía dolor de cabeza, hacía lo imposible por que los otros también lo sintieran. En aquel tiempo pensaba que aquello era lo correcto; pero ahora, en cambio, no aceptaba el comportamiento de su primo.

Cuando entró a la habitación, Colin se encontraba tendido en su cama y no volvió su cabeza para mirarla. Fue un mal comienzo. Mary se acercó a él de manera muy severa y lo inquirió: “¿Por qué no te has levantado?”. El muchacho respondió sin mirarla que sí lo había hecho, pero que, al saber que ella no vendría, ordenó que lo volvieran a acostar. Luego agregó que le dolía la cabeza y la espalda.

–¿Por qué no viniste? –preguntó al fin.

—Estaba con Dickon trabajando en el jardín —contestó Mary.

—No dejaré que ese niño venga si en vez de estar conmigo te vas con él —dijo frunciendo el ceño.

A Mary le dio una rabia enorme y, sin importarle las consecuencias, dijo:

—Si echas a Dickon, no volveré nunca más a verte.

—Si yo lo ordeno, tendrás que hacerlo —mandó Colin.

—¡No lo haré! —gritó la niña.

—Yo haré que te traigan —dijo el muchacho—, así tengan que arrastrarte.

—Podrán traerme, señor rajá —dijo Mary furiosa—. Pero nadie me hará conversarte. Me sentaré con los dientes apretados y ni siquiera te miraré.

No era agradable ver como ambos se echaban miradas feroces. Si hubiesen sido unos niños de la calle, seguramente se habrían pegado. No obstante, con palabras estuvieron muy cerca de hacerlo.

—¡Eres una egoísta! —gritó Colin.

—¿Y tú qué eres? —dijo Mary—. Los egoístas siempre dicen eso y nunca hacen lo que no quieren. Tú eres más egoísta que yo. ¡Eres el niño más egoísta que he conocido en toda mi vida!

—No lo soy —se quejó el niño—. El egoísta es Dickon que, sabiendo que yo estoy solo, te mantiene todo el día jugando con tierra.

Los ojos de Mary despedían fuego.

—Dickon es el niño más agradable que conozco —dijo—.

¡Es un ángel!

—¡Un ángel! —dijo Colin con desprecio—. Es solo un niño común y corriente que vive en el páramo.

—¡Es mil veces mejor que cualquier rajá! —le devolvió Mary.

Como ella era la más fuerte de los dos, Colin comenzó a flaquear. La verdad es que él nunca había peleado con alguien tan parecido. Además, aunque no lo advertían, la pelea estaba surtiendo un buen efecto en el niño. Colin apoyó su cabeza en la almohada y una gran lágrima rodó por sus mejillas. Sentía mucha pena por sí mismo... y por nadie más.

—Yo no soy egoísta —concluyó el muchacho—. Recuerda que estoy enfermo y que voy a morir.

—¡No morirás! —lo contradijo Mary sin ninguna simpatía.

Colin abrió sus ojos con total indignación. En aquel momento sintió una mezcla de furia y de placer, si es que una persona puede sentir ambas cosas.

—¿Que no moriré? —gritó—. ¡Tú sabes que sí! ¡Todos lo saben!

—No lo creo —dijo Mary agriamente—. Tú solo lo dices para que sientan pena por ti. Si fueras un niño encantador lo creería, pero eres muy desagradable.

A pesar de su espalda inválida, Colin se sentó en su cama y le gritó enérgicamente: “¡Sal de mi pieza!”, al mismo tiempo que le arrojaba su almohada. La cara de Mary se transformó y antes de salir, dijo: “Me voy y no volveré. Venía a contarte puras cosas agradables. Dickon trajo su zorrito y... ¡no diré una palabra más!”.

Al salir de la habitación la niña se encontró con la enfermera riendo. “¿De qué se ríe?” –le preguntó. La mujer respondió que se reía de ellos dos, y que encontraba que lo mejor que le podía pasar a un niño mimado y enfermo era tener que enfrentarse a alguien tan regalón como él. “Si hubiera tenido una hermana con quien pelear, ya se habría mejorado” –agregó.

–¿Cree que morirá? –aprovechó de preguntar Mary.

–No lo sé y no me importa –contestó fríamente la enfermera–. La mitad de lo que tiene es histeria y mal genio.

–¿Qué es la histeria? –preguntó la niña.

–Lo sabrá cuando sus palabras le provoquen una rabietta.

Mary volvió a su dormitorio sin una gota de la alegría que traía del jardín. Había querido contarle tantas cosas a Colin, pero ahora, ni siquiera estaba segura de poder confiarle un secreto. Si él así lo quería, que se quedara en su habitación para siempre. Estaba tan desilusionada y amargada, que por algún momento pareció olvidar a Dickon, a las bellas enredaderas que trepaban por el muro y al suave viento bajando por el páramo.

Martha la esperaba con una mirada ansiosa y curiosa. Sobre la mesa había un paquete dirigido a ella. “El señor Craven se lo envió” –informó la mucama–. Mary lo abrió y encontró libros con hermosas ilustraciones; dos de ellos, trataban sobre jardines. También había juegos y una caja con útiles para escribir. El regalo era tan maravilloso que pronto olvidó su rabia. Ella no esperaba que el señor Craven la recordara y pronto se sintió reconfortada.

–Lo primero que haré será escribirle para agradecerle su regalo.

Si Colin hubiese sido su amigo, habría corrido a mostrarle sus cosas nuevas. Estaba segura de que mirando los libros juntos y compartiendo los juegos, habrían olvidado su estúpida pelea.

El miedo de su primo provenía del temor a gíbarse. En una ocasión escuchó que la joroba de su padre comenzó a aparecer en su niñez; por eso el niño sufría. Con excepción de Mary, él nunca le contó a alguien que sus rabietas eran provocadas por aquel susto. Siempre que estaba cansado o molesto, pensaba en estas cosas, y probablemente ese día no había pensado en otra cosa.

–Dije que no volvería nunca más –vacilaba Mary–. Pero quizás, solo quizás, iré en la mañana..., y si él quiere... y no me tira su almohada otra vez... quizás... yo iré.

Una rabieta

Como Mary se había levantado muy temprano y trabajado duro en el jardín, estaba cansada y con sueño, por lo que tan pronto hubo comido, se acostó.

Durante la noche sintió un ruido tan espantoso que la niña saltó de la cama. ¿Qué podría ser? Al poco tiempo creyó saber de qué se trataba. Las puertas se abrían y cerraban y miles de pies corrían por el corredor junto con horribles gritos y llantos.

“Es Colin –se dijo–. Le ha dado una de esas rabietas que la enfermera llama histeria”.

Al escuchar los gritos comprendió por qué la gente de la casa se asustaba y prefería darle el gusto en todo. La niña se tapó los oídos con ambas manos. “No sé que hacer –pensaba–. ¡No puedo soportarlo!”.

Se preguntó si podría ir a callarlo, pero luego recordó su pelea y pensó que empeoraría la situación. Sin embargo, por más que apretaba sus oídos, no podía dejar de oír aquellos horribles gritos. Estaba tan atemorizada que de pronto se enojó y creyó que ella también tendría una rabieta. Lo asustaría a él, como él aterraba a todos.

–¡Tiene que parar! –gritó–. ¡Alguien lo debe obligar!

Justo en ese momento la enfermera entró muy agitada a su dormitorio, e insistió en que fuera a verlo, pues nadie sabía qué hacer para callarlo. Más tarde, Mary pensó que la situación había sido divertida y trágica a la vez, ya que

gente adulta había recurrido a una niña, pues estaban tan asustados que no sabían como actuar.

Ella corrió a través del corredor y a medida que se acercaba a la habitación de Colin, su enojo iba en aumento. Abrió la puerta de un portazo y se acercó a la cama de su primo para gritarle:

–¡Debes callarte! ¡Te odio, y todos te odian! Desearía que todos te dejaran solo para que gritaras hasta morir.

Una simpática y encantadora niña jamás hubiese dicho aquellas espantosas palabras. Sin embargo, el impacto de escucharlas fue el mejor remedio para terminar con la histeria del muchacho.

Colin, tendido sobre la cama, golpeaba con ambas manos las almohadas. Repentinamente saltó para oír la furiosa voz que le gritaba. Su cara se veía espantosa, blanca e hinchada, a la vez que tosía atragantado. Pero a la pequeña salvaje no le importó y continuó con sus advertencias: “Si gritas otra vez, yo gritaré más fuerte para asustarte”.

–¡No puedo parar! ¡No puedo! –sollozó el niño.

–¡Sí puedes! –gritó Mary–. La mitad de lo que tienes es histeria y mal genio.

–Sentí la joroba en mi espalda –dijo Colin desesperado–. Sabía que me aparecería y ahora moriré.

–No tienes nada –lo contradijo Mary–. Y si te sale una joroba será culpa de tu histeria. No le pasa nada a tu horrible espalda. Date vuelta y déjame mirarla. ¡Enfermera! –ordenó–. ¡Muéstreme la espalda de mi primo!

La señora Medlock, Martha y la enfermera la miraban con la boca abierta. Esta última se acercó temerosa, pues no

sabía si el muchacho la dejaría hacer lo que le ordenaban. No obstante, y para su sorpresa, Colin dijo:

—Muéstrasela, ella puede verla.

Era una espalda delgada y penosa de mirar porque se podían contar las costillas. Fue un largo minuto de silencio, incluso Colin contuvo su respiración mientras Mary la examinaba atentamente.

—No hay ninguna joroba —concluyó—. Ni siquiera una del tamaño de un alfiler. Solo hay huesos salidos y eso es porque estás muy flaco. Si vuelves a decir que tienes algo, me reiré.

Nadie mejor que Colin supo el buen efecto que tuvieron estas palabras en él. Si tan solo antes hubiera tenido con quien hablar de sus temores o hacer preguntas, si hubiese tenido la compañía de otros niños, en vez de permanecer encerrado respirando una atmósfera de miedo, rodeado de gente ignorante y aburrida como él, se habría dado cuenta de que su enfermedad la había creado él mismo. Ahora, al escuchar la insistencia con que aquella niña le decía que no estaba enfermo, comenzó a pensar que quizás era cierto.

—Yo no sabía que él creía tener un bulto en la espalda —aventuró la enfermera—. Solo la tiene débil por no querer sentarse, eso es todo.

—¿Es verdad? —preguntó Colin tragando saliva.

—Sí, señor.

—¿Usted cree... que podría... vivir hasta ser grande?

—Probablemente. Lo único que necesita es salir, tomar aire fresco y no dar rienda suelta a su mal humor —concluyó la mujer.

La rabieta ya había pasado. Colin se encontraba tan cansado y debilitado que se tornó gentil. Estiró su mano hacia Mary, quien la tomó entre la suya, haciendo las pases.

—Saldré contigo, Mary —dijo el niño—. No odiaré más el aire fresco y Dickon podrá empujar mi silla.

Luego de que la enfermera rehiciera la cama y les diera una taza de caldo, los niños se quedaron solos.

—¿Quieres que te cante la canción de mi niñera? —surró Mary.

—¡Oh, sí, por favor! —respondió—. Aunque dijiste que tenía muchas cosas agradables que contarte. ¿Has descubierto algo del jardín secreto?

—Creo que sí —dijo Mary, mirando su pequeña y cansada cara—. Ahora trata de dormir y te contaré todo mañana.

—¡Oh, Mary! —agregó Colin—. Si pudiera entrar en él, ¿crees que podré vivir y crecer? En vez de cantarme una canción, por qué no me cuentas otra vez cómo imaginas el jardín.

El niño cerró sus ojos, mientras ella, que aún sostenía su mano, comenzó a contar en voz muy baja y suave:

—Creo que es un lugar maravilloso. Las rosas florecen por todos lados, y sus ramas hacen columpios entre sí. Imagino que con la llegada de la primavera, los bulbos crecerán a través de la tierra y los pájaros harán sus nidos...

No debemos perder tiempo

Por cierto que Mary no despertó temprano la mañana siguiente. Cuando Martha le llevó el desayuno, le dijo que Colin estaba tranquilo pero con fiebre, como solía suceder después de una rabieta. Quería ver a su prima lo antes posible, así se lo comunicó a la mucama, quien se encontraba sorprendida pues se lo había dicho de una manera muy amable.

La niña desayunó rápidamente y corrió a ver al muchacho. Llevaba su sombrero puesto, por lo que Colin se desilusionó al comprender que no permanecería en su compañía. El niño estaba tendido en la cama con la cara penosamente pálida y oscuros círculos rodeaban sus ojos.

—Me alegra que hayas venido —dijo—. Me duele la cabeza y todo el cuerpo, estoy tan cansado. ¿Adónde vas?

Mary se inclinó sobre su cama y le dijo:

—No tardaré. Iré a ver a Dickon pero volveré. Se trata de algo relacionado con el jardín.

La cara del muchacho se iluminó y sus mejillas tomaron color.

—¿De verdad? —dijo—. Soñé todo la noche con él. Te oí decir algo acerca del cambio del gris al verde, y soñé que el lugar se llenaba de pequeñas hojas verdes; y por todos lados se veían pájaros en sus nidos. Me tenderé y pensaré en ello hasta que tú regreses.

Cinco minutos más tarde la niña se encontró con Dickon.

El cuervo y el zorrillo también venían esta vez, además de dos ardillas.

—Esta mañana vine en el poni —contó el muchacho—. Las ardillas viajaron en mi bolsillo. Esta se llama Nut y aquella, Shell.

Al oír sus nombres, los animalillos saltaron sobre los hombros del niño.

Se sentaron en el pasto con Captain acurrucado a los pies, Soot desde un árbol escuchaba solemnemente y las dos ardillas husmeaban cerca. El panorama era tan delicioso que a Mary le pareció difícil tener que dejarlo; pero al contar a Dickon el episodio de la noche, la cara del niño se transformó y ella cambió de parecer. Se dio cuenta que él sentía gran compasión por Colin.

Mirando fijamente el cielo y todo lo que los rodeaba, Dickon comentó lo penosa que era la vida de aquel niño encerrado en una pieza. “Nunca dejaré de pensar en sus males si no tiene la posibilidad de ver las maravillas de la primavera. ¡No perdamos más tiempo! ¡Debemos traerlo aquí para que se empape de sol!” —concluyó.

El jardín se había tornado tan espléndido que parecía como si unos magos lo hubieran dibujado. Era difícil abandonarlo, sobre todo ahora que Nut había trepado por su vestido y Shell, sentado a su lado, la miraba con ojos curiosos. No obstante, Mary volvió a la casa y se sentó junto a la cama de Colin. El muchacho se percató de que ella traía un aroma de flores y aire fresco.

Mary tenía mucho que contarle. Parecía que Colin jamás se cansaría de oír acerca de los animales de Dickon.

En especial le llamaba la atención el pequeño poni. Se llamaba Jump y Mary había ido al bosque para conocerlo. Era delgado y tenía una nariz aterciopelada. Cuando vio que Dickon se acercaba, el animal corrió a encontrarlo y apoyó su cabeza en su hombro. El muchacho le habló con delicada y dulce voz.

—¿De verdad entiende todo lo que Dickon dice? —preguntó interesado Colin.

—Así parece —contestó la niña—. Dickon dice que se comprenden porque son amigos. Pero deben estar seguros de su amistad.

—¿Cómo me gustaría ser amigo de los animales! —suspiró el niño—. Pero no lo soy. Nunca he tenido con quien compartir mi amistad, además, no soporto a la gente.

—¿Me soportas a mí? —preguntó Mary.

—Claro, y aunque suene divertido, me gustas.

—Ben Weatherstaff dice que soy como él. Ambos tenemos mal genio y creo que tú también eres como nosotros. Claro que yo me siento menos amargada que cuando llegué, y todo gracias al petirrojo y a Dickon.

—¿Sentías como si odiaras a las personas? —preguntó Colin.

—Sí —contestó Mary sin mayor problema—. Seguramente te habría detestado si te hubiera conocido antes de cambiar.

—Mary —dijo el muchacho alargando su mano hasta tocar la de ella—. ¡Cómo quisiera no haber dicho que echaría a Dickon de aquí! Me reí cuando dijiste que parecía un ángel, pero quizás sí lo es.

—Bueno, aunque suene divertido —admitió Mary con franqueza—, pero si un ángel viniera a vivir al páramo, estoy

segura que sabría todo acerca de las plantas y hablaría con los animales, tal como Dickon lo hace.

—No me importa que Dickon me vea —dijo Colin—. Quiero conocerlo.

—Me alegra que digas eso porque... porque...

Repentinamente Mary comprendió que había llegado el momento de hablar. Se levantó y tomando a su primo de las manos, dijo en forma ceremoniosa:

—¿Puedo confiar en ti? Confié en Dickon porque los animales lo hacen —luego imploró—: ¿Estás seguro que puedo confiar en ti?

—Sí —respondió el muchacho con la misma voz ceremoniosa de su prima.

—Dickon vendrá a verte mañana y traerá a sus animalitos.

—¡Oh! ¡Es maravilloso! —gritó emocionado Colin.

—Pero eso no es todo —agregó Mary muy excitada—. Lo que viene es mejor. Encontré la entrada al jardín.

Probablemente si Colin fuese un niño sano y fuerte habría gritado “¡Hurra, hurra!”. Pero como era débil y algo histérico, solo abrió los ojos enormemente y respiró para tomar aire.

—¡Oh, Mary! —dijo casi llorando—. ¿Puedo verlo? ¿Puedo entrar en él? ¿Puedo vivir dentro del jardín?

—¡Por su puesto que puedes! —replicó la niña—. No seas tonto.

Ella respondió en forma tan natural que lo hizo volver a la realidad y luego comenzó a reírse de sí mismo. Poco después Mary le contó como era realmente el jardín. Al escucharla, Colin olvidó su cansancio y los dolores.

—Es tal como lo imaginabas —acotó el muchacho—. Pareciera como si ya hubieses estado en él.

Mary dudó por algunos minutos y luego le contó la verdad:

—Lo he visto... y he estado en él. Encontré la llave hace unas semanas. No me atreví a contártelo porque no estaba segura de poder confiar plenamente en ti.

¡Ha llegado!

Por supuesto que se llamó al médico después de la rabieta de Colin. Siempre se hacía y cada vez que aquél llegaba se encontraba con el niño acostado, temblando, malhumorado y con restos de histeria. Al doctor Craven no le gustaban estas visitas. Pero esta ocasión fue diferente.

—Usted no lo va a creer —le advirtió la señora Medlock apenas llegó a Misselthwaite—. Aquella niña lo ha embrujado. Anoche le ordenó que dejara de gritar y lo consiguió; y esta tarde... bueno, véalo usted mismo.

La escena que vio el médico al entrar a la habitación de su paciente lo dejó asombrado. Los niños conversaban y reían encantados. Colin se encontraba sentado en un sofá y lucía un muy buen semblante. Cuando el médico entró, Mary se quedó quieta y Colin se inquietó.

—Siento saber que estuviste enfermo —dijo el doctor nerviosamente.

—Estoy mejor ahora, mucho mejor —contestó Colin en el estilo de un rajá—. En unos días saldré al jardín en mi silla, quiero respirar algo de aire fresco.

El médico se sentó a su lado y le tomó el pulso mirándolo con curiosidad.

—Tiene que ser un día soleado —advirtió—, y debes evitar cansarte.

—El aire fresco no me cansará —respondió el joven rajá—. Ahora me gustaré porque mi prima irá conmigo y no llevaré

a la enfermera. Además un niño con fuerza empujará mi silla.

El doctor Craven se sintió alarmado. Si este niño histérico mejoraba, él perdería la posibilidad de heredar Misselthwaite. Pero aun cuando era un hombre débil, tenía escrúpulos y no permitiría que el niño corriera algún peligro.

—Necesito saber quién te acompañará —dijo—. ¿Cómo se llama el niño con fuerza?

—Dickon —contestó de pronto Mary. Ella pensaba que todos lo conocían y tenía razón. Luego vio cómo la cara del médico se relajaba y aparecía una pequeña sonrisa.

—Con Dickon estarás seguro, él es más fuerte que un poni —dijo el médico y luego agregó—. Es cierto que te ves mejor, pero no debes olvidar...

—No quiero recordar nada —lo interrumpió Colin—. Cuando me miento a mí mismo y comienzo a recordar mis dolores, descubro que los odio y no paro de gritar y llorar. Gracias a Mary he olvidado todos mi males y es precisamente por eso que me siento mejor.

El doctor Craven nunca había hecho una visita tan corta. Esta vez no recomendó medicina ni ningún cuidado especial. Cuando bajó las escaleras para encontrarse con la señora Medlock iba verdaderamente perplejo.

—No puedo negar que se ve mejor que antes —comentó con el ama de llaves.

—Creo que Susan Sowerby tiene razón. Ella dice que los niños necesitan de los niños —dijo la señora Medlock.

Esa noche Colin durmió sin despertar ninguna vez, y cuando abrió los ojos en la mañana sonrió sin saber por qué; quizás porque se sentía curiosamente confortable.

Era maravilloso estar despierto. Su mente estaba llena de planes con Mary, de imágenes del jardín y de Dickon con sus animalillos. Era fantástico tener en qué pensar.

Tan solo llevaba unos minutos despierto cuando sintió unos pies que corrían por el pasillo. Era Mary que traía consigo una ráfaga de aire fresco.

—¡Está precioso! —dijo emocionada—. Jamás vi algo así. ¡Ha llegado! Creí que había venido días antes, pero era solo el comienzo. ¡Hoy la primavera está aquí!

—¿De verdad llegó? —gritó Colin quien, sin saber realmente en qué consistía, sintió latir más fuerte su corazón. Luego lleno de alegría e imaginación agregó—. ¡Abre la ventana! ¡Quizás escuchemos trompetas doradas!

Mary abrió las ventanas y al momento penetró la fresca fragancia, además de un suave y hermoso coro de pájaros.

—Ahora respira profundamente —recomendó la niña—. Eso es lo que Dickon hace en el páramo. El aire corre por sus venas y lo hace sentirse más fuerte; por eso, él cree que vivirá para siempre.

Luego Mary le contó cómo las plantas habían salido de la tierra.

—Las flores comienzan a abrir sus capullos y un velo verde ha cubierto todo el jardín. Los pájaros revolotean buscando el mejor lugar para hacer sus nidos. Los rosales crecen traviesos, también las semillas que planté. Dickon viene todos los días con el cuervo, el zorrillo y las dos ardillas. ¡También trae a un corderito recién nacido!

El corderito había sido encontrado hace tres días al lado de su mamá muerta. Dickon lo envolvió en su chaqueta, lo

calentó cerca de la chimenea y lo alimentó con leche. Era un animalillo muy tierno, con cara de bebé y unas largas patas. Aquella mañana Mary lo tuvo sobre su falda, igual que a un niño recién nacido.

Mientras la niña hablaba, Colin la escuchaba respirando grandes bocanadas de aire fresco. Cuando la enfermera entró, se preocupó de que el niño se fuera a resfriar con las ventanas abiertas de par en par. Pero el muchacho le informó que respiraba para robustecerse, y que esa mañana tomaría el desayuno sentado en el sillón con su prima. Luego agregó:

—Un niño, un zorro, un cuervo, dos ardillas y un cordero recién nacido, vendrán a visitarme esta mañana. Quiero que los hagan subir lo más rápido que puedan, los quiero aquí conmigo. Dígale a Martha que los acompañe, el niño es su hermano —concluyó el rajá.

Tomaron su desayuno, Colin comió con tanto apetito que Mary pensó que luego engordaría y se pondría fuerte, igual como ella lo hizo. No pasó mucho tiempo cuando se sintió un graznido.

—¡Escucha! —dijo Mary—. Ese es Soot. ¿Sientes también un suave balido?

—¡Sí! —dijo Colin, con las mejillas encendidas.

Las botas de Dickon eran gruesas y pesadas, y aunque trató de caminar sin hacer ruido, Mary y Colin lo sintieron venir. Al llegar, Martha lo anunció:

—Si me permite señor Colin, aquí está Dickon y sus criaturas.

El muchacho apareció con su mejor sonrisa. El corderito

se encontraba en sus brazos mientras el zorrito trotaba a su lado. Sobre su hombro derecho estaba Nut y en el izquierdo, Soot. La cabeza de Shell se asomaba por el bolsillo de su chaqueta.

Colin se sentó suavemente mientras observaba con los ojos muy abiertos, lleno de encanto y admiración. La verdad es que aun cuando le habían descrito a Dickon, no se lo había podido imaginar. Colin nunca antes había hablado con un niño de su edad, y estaba tan abrumado de placer y curiosidad, que no dijo una sola palabra.

Dickon, en cambio, no sentía vergüenza. Se acercó hacia donde estaba el muchacho y puso al pequeño corderillo sobre sus rodillas. Inmediatamente la criatura se acurrucó en los pliegues de la bata de terciopelo y comenzó a mover la cabeza. Colin preguntó qué es lo que quería y Dickon le contó que buscaba a su madre pues tenía hambre. Entonces le entregó una botella con leche para que él mismo lo alimentara. Luego de comer, el corderito se quedó dormido.

Mientras los tres niños miraban los libros de jardinería y Dickon, que conocía el nombre de todas las flores, les contaba cuales crecían en ese momento en el jardín secreto, Soot volaba solemnemente entrando y saliendo por la ventana. Nut y Shell excursionaban en las ramas de un árbol cercano y Captain, por el contrario, permaneció junto a Dickon.

Colin, maravillado con lo que veía y escuchaba, exclamó de pronto:

—¡Tengo que ver las flores del jardín! ¡Y lo haré!

—Sí —dijo Mary—. Y no hay tiempo que perder.

¡Viviré para siempre!

Pero tuvieron que esperar más de una semana antes de que Colin pudiese ir al jardín. Vinieron días ventosos y el niño estuvo a punto de coger un resfriado. Sin duda, días atrás, este hecho lo hubiese enfurecido; ahora en cambio, tenía cosas mucho más interesantes en qué pensar. Además que todos los días, aunque fuese por algunos minutos, venía Dickon a contarle lo que sucedía en el páramo, por lo que Colin permanecía encantado con todos los detalles e historias de los animalillos.

Sin embargo, el tema que más los preocupaba eran los preparativos para transportar a Colin lo más secretamente posible al jardín. Nadie debía enterarse de sus planes, mucho menos estropearlos. Tuvieron largas conversaciones acerca de la ruta que tomarían. Finalmente decidieron que, luego de cruzar los matorrales, caminarían a través del sendero que rodeaba el muro cubierto de enredaderas.

Cada día que pasaba Colin estaba más convencido de guardar el misterio del jardín secreto, pues creía que aquello era su mayor encanto.

Un día, Roach, el jefe de los jardineros, fue llamado a la habitación del joven amo. El niño quería asegurarse de no encontrarse con ningún jardinero el día de su salida. Así se lo informó a Roach, quien, sorprendido de ver al niño que jamás había visto y de encontrar una granja de

animales en aquel dormitorio, afirmó que se encargaría de que sus órdenes fueran cumplidas.

—Ahora, tiene mi permiso para retirarse —dijo Colin, jugando a ser un importante rajá—. Y no olvide que mis órdenes son muy importantes.

Cuando el jardinero jefe salió de la habitación comentó con la señora Medlock que aquel joven actuaba como si fuese un pequeño lord.

—Así ha sido desde pequeño —comentó el ama de llaves—. Pero si la niña de la India permanece aquí, le enseñará que el mundo no le pertenece.

Dentro del dormitorio, Colin se acomodaba sobre sus cojines. “Ahora todo está seguro —pensaba—. Esta tarde lo veré... esta tarde entraré en él”. Su prima se preocupó al verlo tan pensativo y le preguntó qué pasaba.

—No puedo dejar de pensar cómo será la primavera —respondió.

A pesar de vivir enfermo y encerrado, Colin tenía más imaginación que Mary. Además había gastado un buen tiempo mirando libros con ilustraciones.

—Esa mañana que me dijiste: “¡Ha llegado!”, me sentí bastante extraño. Pensé que las flores vendrían en una procesión junto con hermosas melodías y que miles de niños alegres bailarían con guirnalda en sus cabezas; tengo un dibujo así en uno de mis libros —confesó el muchacho—. Por eso dije que quizás escucharíamos las trompetas doradas.

—¡Qué gracioso! —dijo Mary—. Eso es exactamente lo que uno siente. Y si todas las flores, las hojas, los pájaros y las

criaturas silvestres pasearan juntas, habría una multitud bailando y cantando al compás de una preciosa música.

Ambos rieron con la idea.

Minutos más tarde, mientras la enfermera preparaba a Colin para salir, éste intentó ayudarla. Aquello hizo que la mujer notara que el niño estaba más fuerte y así se lo comentó al médico.

—Volveré más tarde —dijo el doctor Craven—. Quiero saber qué tal ha sido la experiencia de salir.

Un robusto lacayo acarreó al niño escaleras abajo y lo puso en su silla de ruedas. Luego de que el criado arreglara los cojines, Colin levantó su mano y volvió a decir: “Tiene mi permiso para retirarse”. Tanto el lacayo como la enfermera, entraron a la casa riendo.

Dickon empujó la silla tranquilamente. Mary caminaba a su lado y Colin, recostado, observaba el cielo jaspeado de pequeñas nubes blancas que flotaban como si fueran pájaros con sus alas extendidas. Una suave brisa traía el puro y silvestre aroma del páramo.

Ninguna criatura humana se vislumbró por los caminos que ellos tomaron. Sin embargo, prefirieron seguir la ruta que traían planeada, por el mero placer del misterio. Cuando por fin llegaron al largo sendero que rodeaba las murallas cubiertas de hiedra, se sintieron tan emocionados que por alguna extraña razón comenzaron a hablar solo en murmullos.

Mientras avanzaban Mary le indicaba a Colin los lugares y las etapas que ella siguió antes de descubrir la llave y la entrada al jardín. “Este es el jardín donde Ben Weatherstaff

trabajaba... Aquí vi por primera vez al petirrojo... Por allá brilló la llave bajo la tierra removida... Allí está la puerta...”.

Colin se incorporó y abriendo sus enormes ojos, gritó: —¿Dónde? ¿Dónde? ¡Quiero verla!

Mary movió la enredadera que cubría la entrada y Dickon dio un fuerte empujón a la silla, que atravesó rápidamente la puerta.

Colin estaba tan asombrado que se dejó caer sobre los cojines y se cubrió los ojos con sus manos. Solo cuando estuvieron dentro y la silla se detuvo, volvió a abrirlos para mirar a su alrededor tal como Mary y Dickon lo hicieron la primera vez. Suavemente descubrió el velo verde que cubría muros, árboles y tierra. El pasto bajo los troncos y el gris de las sillas de piedra. Aquí y allá vio como se salpicaban el amarillo, el púrpura, el blanco y el rosa de los árboles y flores. Sintió un revoloteo de alas y un suave zumbido que lo envolvían junto a un fresco aroma. Los tibios rayos de sol caían sobre su cara y sus manos, mientras Mary y Dickon miraban encantados cómo había cambiado el color de su rostro.

—¡Mejoraré! ¡Mejoraré! —gritó Colin—. ¡Mary, Dickon, me pondré bien y viviré para siempre!

Ben Weatherstaff

Una de las cosas más extrañas de la vida es que solo muy de vez en cuando se tiene la impresión de vivir para siempre. A veces esto se percibe cuando al amanecer el pálido cielo empieza a cambiar de color lentamente, pues por el oriente viene saliendo el sol con la misma majestuosidad que lo ha hecho mañana tras mañana, por miles de años. Entonces se siente solo por un momento aquella maravillosa sensación.

Eso fue lo que le pasó a Colin la primera vez que vio la primavera dentro del jardín secreto. Parecía como si aquella tarde el universo entero se hubiera reunido armónicamente solo para dar placer al niño. Quizás fue de pura bondad celestial que la primavera cubrió todo el lugar con su verde manto.

—¡Es maravilloso!—exclamó Colin—. En mis doce años he visto muchas tardes, pero jamás vi una como esta —y agregó soñadoramente—: Creo que sucede especialmente para mí.

Empujaron la silla hasta la sombra de un ciruelo cubierto de flores blancas, del cual emanaba un zumbido musical. Era como estar sentado en el trono de un rey, del rey de las hadas. Desde allí Colin observaba como Mary y Dickon trabajaban. Ambos le traían todo tipo de cosas para que mirara: brotes abiertos, ramitas con las puntas verdes, la pluma de algún pajarito, el cascarón vacío de un huevo.

Luego lo llevaron a recorrer el jardín y se fueron deteniendo a observar las maravillas de la primavera. Parecía como si un rey estuviese recorriendo sus dominios.

Cada momento de esa tarde estuvo llena de cosas nuevas y a cada hora el cielo se volvía aún más dorado. Los niños se sentaron nuevamente bajo el ciruelo para escuchar a Dickon tocar su flauta. De pronto Colin vio algo que antes no había notado.

—¿Aquel árbol es muy viejo? Tiene las ramas secas, ¿está muerto?—preguntó.

Se produjo un momento de inquietud entre los niños. Pero Dickon, con voz muy suave y amable, le explicó que luego que las rosas lo cubrieran sería un árbol muy lindo.

—Parece como si una de sus ramas se hubiese roto—dijo Colin—. ¿Cómo habrá sucedido?

—Eso fue hace muchos años—respondió Dickon.

Repentinamente pasó volando el petirrojo y Dickon aprovechó la ocasión para desviar la atención del niño. Como el pajarillo llevaba algo en su pico, Colin bromeó:

—Le lleva el té a su pareja. Quizás son las cinco de la tarde.

—Luego agregó—: Creo que a mí también me gustaría tomar té.

Una vez que el peligro de las preguntas había pasado, Mary comentó con Dickon: “Solo la magia pudo haber mandado al petirrojo en este momento; estoy segura que fue magia”. Ambos niños acordaron no hacer diferencia entre el viejo árbol y los otros. Sin embargo, Dickon agregó: “Mi madre piensa que la señora Craven debe pasear por el jardín buscando a su hijo. Probablemente fue ella la que nos

impulsó a venir aquí a trabajar para luego traerle a Colin”.

Mary seguía pensando que todo era obra de la magia. Para ella incluso Dickon era un poco mago. Y sin duda que aquella tarde la magia había actuado también en Colin, pues se veía completamente diferente a todos los días. Era casi imposible que aquel niño fuese el mismo de las rabietas, y mucho menos, aquel muchacho de rostro pálido y ojoso.

Tentados por el petirrojo y la hora del té, los niños sintieron hambre y Colin pidió a sus sirvientes que le trajeran el té. Fue una excelente idea, y una vez que el blanco mantel fue extendido sobre el pasto, comieron deliciosos panecillos y tomaron té caliente. Varios pájaros acudieron curiosos al banquete y picotearon las migajas. Nut y Shell se llevaron un trozo de queque a un árbol, mientras Soot, luego de darle varias vueltas, se tragó media tostada.

La tarde avanzaba y el dorado del sol se volvía más profundo. Las abejas y los pájaros se retiraban a sus hogares, pues volaban con mucha menos frecuencia. Los niños, aún sentados en el pasto, tenían la canasta del té preparada, listos para partir.

—No quiero que la tarde termine—dijo de pronto Colin—. Pero volveré mañana, y pasado mañana y todos los días que vienen. He visto la primavera y esperaré el verano. Miraré cómo crecen las plantas y yo creceré con ellas.

—En poco tiempo estarás caminando y cavando como cualquier muchacho—dijo Dickon.

—¿Qué? ¿Crees que podré?—preguntó el niño rojo de la emoción.

—Claro que podrás—dijo Dickon firmemente—. Tienes piernas como todos nosotros.

Mary se sintió asustada, hasta que oyó la respuesta de Colin.

—Realmente mis piernas no están enfermas, solo un poco débiles y flacas. Pero tiemblan y por eso tengo miedo de pararme.

Mary y Dickon dieron un suspiro de alivio.

—Cuando dejes de tener miedo—acotó Dickon—, dejarán de temblar y pronto podrás ponerte de pie.

Colin lo miraba feliz pero todavía un poco incrédulo con la idea.

Cuando comenzó a caer el sol permanecieron quietos y en silencio por un momento. Era la hora en que todo queda inmóvil y ellos habían tenido un día emocionante pero muy cansador. Incluso los animalitos habían cesado sus juegos y reposaban junto a los niños. En medio de la calma, se sobrecogieron cuando Colin exclamó alarmado:

—¿Quién es ese hombre?—preguntó apuntando hacia lo alto de la muralla.

Mary y Dickon se levantaron al unísono. La cara indignada de Ben Weatherstaff se asomaba por el muro. Y apuntando a Mary le dijo:

—Si yo no fuese soltero y usted fuera mi hija, le daría una paliza.

—Ben—dijo Mary—, fue el petirrojo el que me mostró el camino.

—¡Cómo le echa la culpa a un pajarillo!—exclamo aún

furioso el jardinero—. Pero se detuvo perplejo al ver quién se acercaba.

Dickon empujaba la silla de un niño que recostado sobre lujosos cojines traía la mano levantada y en forma imperiosa preguntaba: “¿Sabe usted quién soy yo?” Pero Ben Weatherstaff no podía responder, pues sus ojos desorbitados miraban como si ante él se encontrara un fantasma. “¿Sabe quién soy?” —insistió Colin.

El jardinero se pasó la mano por la frente y restregándose los ojos dijo con una extraña voz:

—Los que me miran son los ojos de su madre. Usted tiene que ser el inválido.

Olvidando que alguna vez tuvo la espalda enferma, Colin se enderezó y rojo de furia exclamó:

—¡Yo no soy inválido!

Mary lo apoyó en su afirmación:

—Yo le revisé la espalda y no tiene nada.

Ben se pasó otra vez la mano por la frente, mientras seguía temblando. Era un pobre viejo ignorante y sin tino, solo repetía lo que alguna vez había escuchado.

—¿Es que acaso no tiene la espalda y las piernas torcidas?

—preguntó con voz ronca.

—¡No! —gritó Colin.

Esto era más de lo que el muchacho podía aguantar. La rabia y la fuerza que Colin usaba en sus rabietas se presentó de otra manera. Jamás le habían dicho en su cara que fuese un inválido. El orgullo dolido le hizo olvidar el pasado y le dio una fuerza casi sobrenatural.

—¡Ven aquí! —le gritó a Dickon, quien estuvo a su lado en un segundo.

Poniéndose pálida y en suaves murmullos Mary repetía: “¡Él puede hacerlo!... ¡Él puede hacerlo!...”.

Los chales y cojines fueron arrojados a un lado. Dickon agarró con fuerza el brazo de Colin, quien apoyó sus delgadas piernas sobre el pasto. Finalmente el muchacho estaba de pie, derecho como una flecha y lanzando chispas por los ojos.

—¡Mírame! —le dijo desafiante a Ben Weatherstaff—. ¡Solo mírame!

—¡Es tan derecho como yo! —exclamó Dickon—. ¡Es tan derecho como cualquier muchacho de Yorkshire!

En seguida Ben hizo algo que a Mary le pareció muy extraño. Atragantado, tosió y unas lágrimas corrieron por sus mejillas. Luego, juntando sus manos exclamó:

—¡Qué mentiras dice la gente!

Dickon sostenía firmemente el brazo de Colin, pero de pronto el niño comenzó a vacilar. Entonces se volvió a enderezar y mirando fijamente al jardinero le dijo:

—Cuando mi padre no está, yo soy el amo de este lugar y todos me deben obedecer. Este es mi jardín y no quiero que diga una palabra sobre él a nadie. Baje de la muralla y Mary le mostrará la entrada. Quiero hablar con usted.

Ben, con la cara aún mojada por las lágrimas, no podía apartar la mirada del joven amo.

—¡Muchacho! —murmuró—. ¡Mi muchacho!

Entonces, recordando la orden, se tocó la gorra y desapareció tras el alto muro.

Al caer el sol

Mientras Mary corría a través del jardín para encontrarse con Ben en la entrada, Dickon miraba con ojos agudos a Colin. El muchacho tenía las mejillas coloradas y no mostraba ningún signo de flaqueza.

—Puedo estar de pie —afirmó manteniendo la cabeza en alto.

—Te dije que lo lograrías en cuando dejaras de sentir miedo —comentó Dickon.

Repentinamente Colin recordó algo que Mary había dicho y preguntó:

—¿Estás haciendo magia?

—Tú mismo creas la magia —respondió Dickon con una graciosa sonrisa.

Entonces Colin se propuso caminar hasta un árbol cercano y esperar de pie a Ben Weatherstaff. Dickon lo sostuvo con firmeza de un brazo y cuando llegó hasta el árbol se apoyó en su tronco.

Mary, mientras se acercaba acompañada por el jardinero, murmuraba: “Tú puedes hacerlo, puedes hacerlo”. La niña creía que sus palabras podían producir magia y ayudar a su primo a mantenerse en pie. No soportaba la idea de que fuera a caerse. Y ahora que lo veía parado, le llamaba la atención cuán apuesto y alto era el muchacho a pesar de su flacura.

Con los ojos fijos en Ben, Colin dijo en su gracioso e imperioso modo:

—¡Mírame! ¿Acaso soy un jorobado o tengo las piernas torcidas?

—¡No, por supuesto que no! —dijo el jardinero sin poder salir del asombro—. ¿Pero cómo ha permitido que la gente diga que es inválido o medio tonto?

—¿Medio tonto?! —exclamó enfurecido el niño—. ¿Quién lo ha dicho?

—Mucha gente —dijo Ben—. El mundo está lleno de burros que lo único que hacen es mentir. ¿Pero por qué se encerró?

—Todos creían que iba morir —respondió Colin—. ¡Pero no lo haré!

—¿Morir? ¡Claro que no! —dijo sorprendido el jardinero—. Cuando vi lo rápido que se puso de pie supe que todos los rumores no eran más que mentiras. Ahora, joven señor, siéntese en su manta, que estoy a sus órdenes —concluyó con una expresión mezclada de malhumor y ternura.

El joven rajá se sentó bajo la sombra del árbol y le preguntó qué tipo de trabajo realizaba en el jardín.

—Hago cualquier cosa —respondió el viejo Ben—. Me mantienen trabajando porque saben que ella me quería.

—¿Ella? —inquirió Colin.

—Su madre —contestó el jardinero.

—¿Mi mamá? —dijo Colin mirando lentamente a su alrededor—. ¿Entonces éste era su jardín?

—Así es —contestó el viejo mirando también lo que los rodeaba—. Ella adoraba este jardín.

—Ahora es mi jardín. Y como yo también lo adoro vendré todos los días —anunció Colin—. Pero es un secreto y

nadie debe saberlo. Dickon y mi prima han trabajado para hacerlo revivir. Algunas veces lo haré llamar para que nos ayude, pero tendrá que hacerlo a escondidas.

—He venido otras veces y nadie me ha visto —dijo el hombre con una sonrisa.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —exclamó Colin—. Se supone que nadie ha entrado en él durante más de diez años; además, no hay puerta.

—Trepaba por el muro. Pero por culpa del reumatismo hace dos años que no he podido venir.

—Ahora entiendo quién podó —acotó Dickon.

—A ella le gustaba mucho —recordó Ben suavemente—. Y era tan hermosa. En una ocasión me pidió que si alguna vez se enfermaba y no podía venir, cuidara sus rosas. Cuando ella partió, cumplí su orden y vine cada vez que pude.

—Me alegro que lo hayas hecho —dijo Colin—. Sin duda que sabes guardar un secreto.

Mary había dejado su herramienta muy cerca del árbol donde Colin estaba sentado. Al advertirla, el niño la tomó y comenzó a cavar. Su delgada mano estaba muy débil, pero fue lo suficientemente persistente como para lograr mover un poco la tierra.

—Dijeron que caminaría igual que cualquier muchacho, y lo hice. Ahora estoy cavando. En un comienzo pensé que lo decían para complacerme. Pero este es solo el primer día...

Ben Weatherstaff lo miraba con la boca abierta; luego dijo con una sonrisa:

—¿Le gustaría plantar algo? ¿Quiere que le traiga una rosa?

—¡Tráela! —gritó Colin, cavando extasiado.

Ben corrió a buscarla olvidándose de sus dolores reumáticos. Dickon tomó la pala y comenzó a cavar un hoyo profundo. Mary voló a buscar un tarro con agua.

—Quiero plantarla antes de que caiga el sol —dijo Colin muy entusiasmado.

Mientras Mary pensaba que el sol se había atrasado unos minutos a propósito, llegó el jardinero con una rosa del invernadero. Las pequeñas y pálidas manos de Colin comenzaron a esparcir la tierra. La niña se inclinó para observar a su primo al mismo tiempo que Soot curioseaba por el lugar. Nut y Shell parlotaban desde la rama de un cerezo.

—Está plantada —dijo Colin—. Y el sol recién comienza a caer. Ayúdame a pararme, Dickon. Quiero estar de pie cuando se vaya; esto es parte de la magia.

Y cuando finalmente el sol se puso en el horizonte, el niño se encontraba riendo sobre sus dos pies.

Magia

Cuando Colin regresó a su habitación, lo esperaba el doctor Craven. El pobre hombre se encontraba tan preocupado por la salud de su paciente, que al verlo le recordó que no debía exigirse demasiado y menos pasar tanto tiempo fuera de la casa.

—No estoy cansado —dijo el niño—. Por el contrario, me ha hecho muy bien. Mañana volveré a salir.

—No estoy seguro que pueda permitirlo —dijo el médico—. No me parece prudente.

—Tampoco es prudente que me lo impida —dijo Colin muy serio—. Iré de todas formas.

Hasta Mary se dio cuenta de lo mal que trataba Colin al médico y a los sirvientes cuando daba sus imperiosas órdenes. El niño había crecido como un rey en una isla desierta, educándose a sí mismo sin tener ningún punto de comparación. Ella también había sido así; pero ya no era la misma. Lo miró con curiosidad por unos minutos y decidió que tenía que hablar con él.

—Siento pena por el doctor Craven —dijo de pronto.

—Yo también —agregó Colin con aire de satisfacción—. Como ahora no moriré, no heredará Misselthwaite.

—Más bien pensaba en lo difícil que debe haber sido ser amable y soportar durante diez años a un niño tan grosero —dijo Mary—. Yo no lo habría permitido.

—¿Acaso soy grosero? —inquirió tranquilamente el niño.

—Si el doctor fuera de aquellos que dan cachetadas, ya lo hubiese hecho —ejemplificó Mary.

—Pero no se ha atrevido a hacerlo.

—No se ha atrevido —dijo Mary pensando sus palabras— porque tú ibas a morir.

—Sin embargo, ya no moriré —contestó tercamente Colin.

—Sí, pero el hacer siempre las cosas a tu manera te hace muy especial.

—¿Estás diciendo que soy raro? —preguntó el niño.

—Sí, pero no debes enojarte por lo que te digo; también Ben y yo lo somos. Sin embargo, desde que encontré el jardín he cambiado.

—No quiero ser raro. Yo también cambiaré —dijo Colin con determinación.

Por un momento el muchacho permaneció pensativo, hasta que una gran sonrisa se dibujó en su rostro. Mary lo notó y le preguntó en qué pensaba.

—Estoy seguro que si voy todos los días al jardín dejaré de ser un niño extraño. Ahí hay una magia muy especial, ¿verdad?

—También yo lo creo —afirmó la niña.

—Y si no es magia, imaginaremos que la hay. Solo sé que allí existe algo muy especial —concluyó el muchacho.

Los siguientes meses continuaron llamando magia a aquello que sentían en el jardín secreto. Fueron días maravillosos y sucedieron cosas asombrosas en aquel lugar. Al principio parecía que los brotes verdes jamás terminarían de crecer, pues se aso-

maban por la tierra, por el pasto, incluso por las paredes; y muy pronto empezaron a mostrar sus colores. Incluso las semillas que Mary y Dickon plantaron crecieron como si las mismas hadas las hubiesen cuidado. Y las rosas..., las rosas crecían y trepaban felices por los troncos de los árboles, esparciéndose y cayendo como cascadas por las ramas.

Cada uno de los días en que no llovió, Colin se recostaba en el pasto a observar las maravillas que sucedían. Pasaba horas mirando a los insectos llevar diminutos pedazos de paja, plumas o alimento a sus casas. En otra ocasión, había ocupado toda una mañana observando cómo un topo construía su madriguera. Las hormigas, los escarabajos, las abejas, las ranas, los pájaros y las plantas, le dieron un nuevo mundo para explorar; y cuando Dickon le contaba sobre los zorros, las nutrias, las ardillas, los hurones y las truchas, no había manera de que el asombro terminase.

Pero aquello solo era una parte de la magia. El hecho de haberse mantenido en pie había puesto a Colin en un constante estado de reflexión. Estaba convencido de que la magia consistía en desear algo con tantas fuerzas que por fin sucedía. Para probarlo decidió hacer un experimento. A la mañana siguiente mandó llamar a Ben, quien acudió tan rápido como pudo.

—Buenos días —dijo el pequeño rajá—. Quiero que junto con Mary y Dickon escuche bien lo que tengo que decirles. Cuando grande seré un importante científico y descubriré muchas cosas; y hoy haré el primero de mis experimentos.

Era la primera vez que Mary escuchaba algo así, sin

embargo no le impresionó. Aun cuando Colin era un niño extraño, era muy lector, lo que hacía que sus argumentos fueran muy convincentes. Cuando volvía su cabeza hacia arriba y miraba fijamente todos le creían, ya que aun cuando tenía cerca de once años, estaba absolutamente fascinado y convencido de sus palabras.

—Mi gran descubrimiento científico es acerca de la magia —continuó Colin—. Estoy seguro de que hay magia en todo lo que nos rodea, solo que no tenemos la suficiente voluntad para descubrirla. Cuando Mary descubrió el jardín todo parecía muerto —procedió el orador—. Luego ella lo revivió y las plantas comenzaron a crecer. Yo nunca he sido muy observador, pero ahora me siento muy curioso y constantemente me pregunto “¿Qué es esto?” Y si no sé lo que sucede, lo llamo magia. Algunas veces cuando me encuentro en el jardín y miro el cielo a través de los árboles, siento una extraña sensación de felicidad y algo en mi pecho que me obliga a respirar más rápido. La magia me ha permitido mantenerme en pie y descubrir que viviré hasta volverme viejo. Mi experimento consistirá en ser tan fuerte como Dickon. Todas las mañanas despertaré y me diré: “¡La magia está en mí! ¡Puedo hacerlo! ¡Puedo hacerlo!”. ¿Me ayudarán a realizarlo?

—¡Claro que sí! —respondieron todos al unísono.

—Creceas y te fortalecerás igual que las semillas bajo la luz del sol —dijo Dickon con una amplia sonrisa.

Después de tanto hablar, Colin se sintió cansado y sugirió que se sentaran a la sombra del ciruelo. “No digas que

estás cansado –advirtió Dickon–. Estropearás la magia”. El niño estuvo de acuerdo y decidió entonar una extraña canción de alabanza:

–El sol brilla, aquello es magia. Las flores crecen, aquello es magia. Estamos vivos, estamos en la magia. ¡La magia está en mí! –cantaba alegremente el muchacho.

Mary, Dickon y Ben lo escuchaban felices al tiempo que sentían una agradable sensación de paz en sus espíritus. Los animales, curiosos, se acercaron a escuchar y se tendieron cerca de ellos. Una vez que Colin terminó, decidió recorrer el jardín.

Formaron una especie de procesión con Colin a la cabeza. Mary y Dickon iban a su lado, mientras Ben y los animalitos caminaban detrás. Avanzaron lenta pero dignamente; cada cierto tiempo el muchacho se detenía a descansar. Aun cuando se apoyaba en el hombro de Dickon, en más de una ocasión avanzó por su propia cuenta, mientras continuaba diciendo: “¡La magia está en mí! ¡Me vuelve fuerte, puedo sentirla!”.

Realmente algo lo mantenía derecho y en pie. Colin no se dio por vencido hasta lograr dar una vuelta completa al jardín. Y una vez que lo logró, cantó su victoria pues la magia actuaba y su experimento había resultado.

–¿Qué dirá el doctor Craven cuando se entere? –lo interrumpió de pronto Mary.

–No le diremos nada –respondió el muchacho–. Este será el mayor secreto; nadie dirá nada hasta que yo logre caminar fuerte y firme como cualquier otro niño. Todos los

días saldré en mi silla y volveré en ella. No quiero que mi padre se entere hasta que mi experimento sea un verdadero éxito. Cuando él vuelva a Misselthwaite caminaré hasta su escritorio y le diré: “Aquí estoy. Soy como cualquier otro niño y viviré hasta ser adulto. Lo he logrado gracias a un experimento científico”.

–Creerá que está soñando –dijo Mary.

Colin enrojeció triunfante. Había logrado convencerse a sí mismo de que mejoraría y esto ya era más de la mitad de la batalla. Pero lo que más lo estimulaba era imaginar el día que se encontrara de pie frente a su padre. Su mayor tristeza y angustia había sido siempre sentir que su propio padre lo ignoraba.

Déjenlos reír

El jardín secreto no era la única ocupación de Dickon. Por las tardes y muy temprano en la mañana, cultivaba un pequeño pedazo de tierra que tenía en su modesta casa. Junto a sus animalillos plantaba papas, repollos, zanahorias y rabanitos para su madre. Después de cenar, la señora Sowerby escuchaba encantada las historias que su hijo le contaba.

Fue en un atardecer cuando ella se enteró de lo que sucedía en Misselthwaite Manor. En un comienzo Dickon solo le contó que Colin salía a jugar al jardín. Pero luego los niños decidieron hacerla partícipe del secreto y su hijo le habló, entre otras cosas, de los maravillosos detalles del día en que Colin dio sus primeros pasos.

La señora Sowerby hizo muchas preguntas. Quería saber cuál había sido la impresión de la gente del Manor y qué había opinado el médico. Así se enteró de que los niños mantenían todas las novedades bajo un sagrado secreto. La madre de Dickon rió de buena gana, pues ella sabía que para los niños de esa edad no había mejor pasatiempo que guardar secretos. Entonces quiso conocer los detalles de cómo actuaban para mantener el secreto.

—Cada mañana, cuando el criado acarrea la silla de Colin hasta la salida, éste se hace el desvalido y se queja que no lo tratan con cuidado —contó Dickon a

su madre—. Entonces Mary, apoyando la actuación, le pregunta cómo se siente y exclama: ¡Pobre Colin! El problema es que les da ataque de risa, así que una vez que llegan al jardín esconden sus enormes carcajadas bajo los almohadones para que nadie los escuche. Otra de las dificultades —continuó Dickon— es que con tanta actividad cada día están más hambrientos. Pero si Colin pide más comida los sirvientes podrían sospechar que ya no es un inválido. Mary le ofrece parte de su cena, pero él la rechaza porque dice que ambos deben comer y fortalecerse juntos.

La señora Sowerby rió de buena gana con el relato y de inmediato ideó la manera de ayudarlos. Cada mañana les enviaría un jarro de leche fresca y les hornearía un pan. Así podrían satisfacer su hambre sin ser descubiertos.

La idea de actuar así surgió el día en que la enfermera y el doctor Craven, sorprendidos por el apetito de Colin, decidieron darle al padre del niño la buena noticia. Sin embargo, el muchacho lo impidió al decirles que si le contaban los cambios y luego él volvía a recaer, le producirían una enorme decepción a su padre. “Puedo empeorar esta misma noche —dijo para convencerlos—, incluso ya siento que tengo fiebre”.

—No te preocupes Colin —lo calmó el médico—, no escribiremos sin tu permiso. Eres demasiado sensible, no echaremos a perder tus progresos.

Mary y Colin se alarmaron con lo sucedido y ese mismo día decidieron empezar a actuar. Pero el niño no estaba

dispuesto a inventarse una rabieta; era demasiado desagradable. Así que se propuso comer menos, cosa que era difícil pues todas las mañanas despertaba con gran apetito y siempre lo esperaba un succulento desayuno.

Una mañana, luego de haber trabajado durante dos horas, Dickon sacó de detrás de un arbusto un jarro de leche y unos deliciosos panecillos. La sorpresa produjo un alboroto de felicidad. ¡Qué fantásticas ideas se le ocurrían a la señora Sowerby!

—Hay magia en ella, al igual que en su hijo —dijo Colin—. Tu madre es una persona mágica, Dickon, agrádecele de nuestra parte.

Luego los niños se dieron cuenta que la señora Sowerby tenía catorce personas que alimentar, y ofrecieron pagarle los alimentos. Sin embargo, Dickon descubrió que en el bosque colindante al jardín secreto había un hoyo en el cual podrían construir un pequeño horno, y así cocer huevos y papas, evitando vaciar la casa de la amable mujer.

Aquel fue el inicio de una seguidilla de agradables incidentes. Cada mañana la magia se hacía presente en el círculo que los niños formaban bajo la sombra del ciruelo. Después de una pequeña ceremonia Colin caminaba, ejercicio que repetía varias veces en la jornada. Cada día el pequeño se volvía más fuerte y sus caminatas se alargaban.

En una ocasión Dickon conoció a un joven campeón de lucha. Luego de conversar un rato el muchacho preguntó interesado por aquellos ejercicios que servían para fortalecer y robustecer las piernas, los brazos y los músculos en

general. Tenía la intención de enseñárselos a Colin, quien se enteró feliz de la noticia y quiso practicarlos cuanto antes.

Lentamente Dickon le enseñó una serie de ejercicios, algunos de ellos incluso los podía realizar sentado. Mary comenzó a ejercitarse también, mientras Soot los observaba inquieto pues no lograba imitar los movimientos. Desde ese día la rutina de gimnasia formó parte de las actividades que se llevaban a cabo en el jardín, y al poco tiempo, tanto Colin como Mary se ejercitaban sin cansarse. Al mismo tiempo les aumentaba considerablemente el apetito, y si no fuera por lo que les enviaba la señora Sowerby y los alimentos que asaban en el horno, no hubiesen podido rechazar la comida de la casa.

La enfermera y también la señora Medlock se encontraban muy preocupadas por los niños.

—Ellos no comen nada, sin embargo cada día se ven más saludables —decían.

El doctor Craven, alarmado por la situación, llegó a visitar a su paciente. Luego de examinar a Colin y de mirarlo con extrañados ojos por largo rato dijo:

—Siento que no estés comiendo, pequeño. Sin alimento perderás todo lo que has ganado, pues te encuentro considerablemente en mejor estado. ¿Cómo es que hasta hace poco comías tan bien?

Al escucharlo Mary se atoró de la risa. Más tarde le comentó a Colin que no podía dejar de reír al recordar con qué apetito se engullía los panecillos y las papas.

—¿Hay alguna manera de que los niños consigan comida

fuera de la casa? —preguntó el médico a la señora Medlock.

—No, no la hay —contestó la mujer—. Salvo que caven la tierra o tomen la comida de los árboles.

—Bueno —dijo el doctor Craven—, mientras se mantengan con buena salud no debemos preocuparnos. El niño es otra persona.

—También la niña —comentó el ama de llaves—. Desde que ha engordado ha perdido la expresión amarga y se ve más bonita. Su pelo crece firme y brillante. Ya no es la muchacha desagradable de los primeros días; ahora, junto a Colin, no dejan de reír. Quizás es la risa la que los engorda.

—Quizás sea así —dijo el médico—. ¡Déjenlos reír!

La cortina

El jardín secreto florecía y florecía y cada mañana revelaba nuevos milagros. En el nido del petirrojo aparecieron huevos, y la pajarita se sentaba sobre ellos para entregarles calor. En un comienzo el petirrojo estaba nervioso con la presencia de los niños, pues temía por sus huevos. Sin embargo, él sabía que con Dickon cerca no había de qué preocuparse. Incluso se acostumbró a tenerlos cerca, tanto que los días de lluvia la petirroja se preguntaba por qué no habrían venido.

En esos días Mary y Colin se quedaban en casa y siempre encontraban en qué entretenerse. No obstante, Colin se inquietaba, pues estaba obligado a permanecer sentado para no ser descubierto, aun cuando sentía su cuerpo lleno de magia y unas incontenibles ganas de caminar.

Entonces Mary tuvo una inspiración.

—Colin —le dijo misteriosamente—. ¿Sabes cuántas habitaciones hay en esta casa?

—Supongo que cerca de mil —respondió él.

—Hay alrededor de cien y a la mayoría no entra nadie —dijo Mary—. Un día lluvioso entré en varias de ellas y nadie me encontró. Ese mismo día fue cuando escuché tu llanto por primera vez.

—¿Cien habitaciones a las que nadie entra? —dijo Colin—. Suena casi como el jardín secreto. Si me llevas en mi silla a recorrerlas, nadie sabrá donde estamos.

—Es lo que estaba pensando —contestó la niña—. Hay galerías en las que podrás correr y hacer tus ejercicios.

Colin dio una orden y de inmediato llegó un criado con su silla, quien también lo acarreó hasta la galería de los retratos; una vez allí, los niños quedaron solos. Corrieron, jugaron y miraron cada una de las pinturas. Mary encontró a la niña con el loro en la mano, y Colin le comentó que imaginaba que debía ser su tía bisabuela. “Se parece a ti cuando te conocí; pero ahora eres mejor que ella” —comentó y luego ambos rieron.

Entraron en varias habitaciones, y en una de ellas descubrieron el cojín de los ratoncitos vacío; seguramente estos habían crecido y abandonado su nido. Encontraron muchas cosas más que la primera vez que Mary visitó el lugar. Fue una mañana curiosamente divertida en que vagaron por una casa que, a pesar de estar habitada, parecía como si estuvieran en absoluta soledad.

A la hora de almuerzo tenían tanto apetito que no pudieron evitar dejar los platos vacíos. Cuando la enfermera retiró las bandejas y las llevó de vuelta a la cocina, la cocinera comentó:

—Esta casa es un misterio, pero estos niños son todavía más misteriosos.

Aquella tarde en el dormitorio de Colin, Mary advirtió que algo había cambiado. Sin decir nada se sentó y miró fijamente el retrato ubicado sobre la chimenea; la cortina que siempre lo ocultaba ahora estaba abierta.

—Ya sé lo que me quieres decir —la inquirió su primo—. Te estás preguntando por qué la cortina está corrida. Desde

ahora la mantendré así. Ya no me molesta la sonrisa de mi mamá. Dos noches atrás desperté con la luz de la luna y sentí cómo mi habitación se llenaba de magia. Me levanté a mirar por la ventana y advertí que un resplandor luminoso caía sobre la cortina. Entonces tiré del cordel y apareció mi mamá sonriendo, como si estuviese encantada de verme. Ahora quiero ver su sonrisa todo el tiempo, creo que ella también es una persona mágica.

—Te pareces tanto a ella —comentó Mary—, que a veces pienso que eres su fantasma.

La idea pareció impresionar a Colin. Pensó un momento y luego respondió cautelosamente:

—Si yo fuese su fantasma, mi padre me querría.

—¿Quieres que él te quiera? —inquirió Mary.

—Lo odiaba porque no me tenía cariño. Pero si me quisiera le hablaría sobre la magia y se convertiría en una persona más alegre.

¡Es mamá!

Después de la lluvia los niños tuvieron mucho trabajo en el jardín secreto, pues la humedad que era buena para las flores, también lo era para las malezas. Había que desmalezar lo más rápido posible para que las raíces no se afirmaran a la tierra. Colin era bueno en esta y en las otras tareas del jardín, igual que cualquier niño. Mientras trabajaba aprovechaba para hablar sobre magia.

—La magia actúa mejor cuando se la ayuda —comentó—. Hoy, que la puedo sentir en mis huesos y músculos, trabajaré con ella —y diciendo esto se paró en sus dos pies—. ¡Mírenme! ¡Dickon, Mary, Ben, mírenme!

Dejando las herramientas de lado lo miraron con atención.

—¿Recuerdan la primera mañana que me trajeron aquí? —dijo Colin—. Hace un minuto, mientras cavaba, lo recordé. Tuve que levantarme para convencerme de que era real, y lo es. ¡Estoy bien! ¡He mejorado!

—¡Claro que sí! —lo apoyó Dickon con entusiasmo.

Aun cuando el niño lo sabía y continuamente pensaba en ello, una enorme fuerza lo impulsó a expresar la enorme alegría de su nueva vida:

—¡Viviré para siempre! —exclamó extasiado, y luego agregó—: Descubriré muchas cosas, igual que Dickon, y nunca dejaré de creer en la magia. Estoy tan feliz que siento la necesidad de dar gracias a gritos.

—Si quiere puede cantar un himno de alabanza —sugirió Ben con un suave gruñido.

—¿Qué es eso? —preguntó Colin.

—Los que cantan en la iglesia —contestó Dickon—. Mi mamá dice que es como el canto de las alondras al amanecer.

—Si ella lo dice debe ser una canción muy bonita —dijo el niño y agregó—: Yo nunca he estado en una iglesia, pero me gustaría mucho escucharlos.

Dickon, que entendía mejor que Colin lo que sucedía, se sacó la gorra y con total naturalidad entonó un hermoso canto de acción de gracias y alabanza a Dios.

Cuando el muchacho terminó la canción, Colin permaneció por unos minutos pensativo y luego comentó:

—Es una melodía muy bonita. Significa lo mismo que yo siento hacia la magia, cuando quiero gritar para agradecerle. Quizás son la misma cosa. Cántala otra vez, Dickon, quiero aprenderla y cantarla contigo.

Los tres niños y Ben Weatherstaff entonaron el himno. Mientras cantaban, Colin distinguió una figura que se asomaba por la entrada del jardín.

—¿Quién viene? —preguntó rápidamente.

La puerta de hiedra se movió y tras ella asomó la figura de una mujer. Los rayos del sol atravesaban los árboles e iluminaban la capa azul de la señora, quien con brillantes ojos abarcaba todo cuanto la rodeaba. Era una imagen preciosa, Colin recordó las ilustraciones de sus libros. De pronto Dickon saltó de alegría.

—¡Es mamá! —gritó y corrió a recibirla. Los primos lo

siguieron mientras sentían latir sus corazones con fuerza.

Al encontrarse cerca de Susan Sowerby, Colin la devoró con la mirada, le extendió la mano con timidez y dijo:

—Aun estando enfermo sentía muchas ganas de conocerla. Usted y el jardín secreto son lo único que he deseado ver en mi vida.

La cara del niño emocionó a la mujer y sus ojos se nublaron de lágrimas.

—¡Querido muchacho! —dijo Susan como si le hablara a su propio hijo.

—¿Le sorprende verme tan bien? —preguntó el muchacho.

Entonces ella puso sus manos sobre los hombros de Colin y comentó sonriendo:

—Te pareces tanto a tu madre, que me salta el corazón.

El muchacho aprovechó para preguntar si ella creía que su padre lo querría.

—Por supuesto que sí —contestó la mamá de Dickon—. Él va a venir a verte cuanto antes.

En ese momento Ben se acercó hacia ellos y le comentó a Susan Sowerby lo firmes que se veían las piernas del muchacho.

—Cuando llegó al jardín parecían dos palillos —acotó el jardinero.

—En poco tiempo se volverán fuertes y sanas como las de cualquier muchacho de Yorkshire —comentó la mujer riendo—. Debemos dar gracias al Señor.

Luego puso sus manos sobre los hombros de Mary y mirándola a la cara comentó también sus avances.

—Estoy segura que te pareces a tu mamá —dijo—. He escuchado que era una mujer muy bonita.

Mary no se había detenido a pensar en los cambios de su cara, solo se había percatado que su pelo estaba más firme y que crecía con mayor rapidez. El saber que se parecía a su madre la volvió muy feliz, pues siempre la había admirado.

Susan recorrió el jardín con Colin y Mary a su lado. Ella reconocía las plantas y entendía a los animalitos igual que Dickon. De pronto Colin le preguntó si creía en la magia. Entonces ella le explicó que, aunque con otro nombre, creía en la presencia divina y daba gracias por los milagros que sucedían en la tierra. “Algunos le llaman magia, otros Dios, pero ambos nos referimos a las cosas buenas que nos bendicen todos los días” —concluyó la madre de Dickon.

Se acercaba la hora de comida y todos sintieron un poco de hambre. Como la señora Sowerby venía preparada con un canasto de provisiones, se sentaron bajo la sombra de un árbol a comer. Ella los miraba encantada devorar los alimentos y a su vez los entretenía con historias de Yorkshire.

—Hay algo que me preocupa —dijo sorprendentemente Mary—. Si Colin sigue comiendo como hasta ahora y su cara se vuelve redonda como la luna, ¿qué haremos? ¿Cómo mantendremos el secreto?

—No tendrán que seguir actuando por mucho tiempo —dijo Susan—. El señor Craven tendrá que volver pronto a casa. De lo contrario se le romperá el corazón al enterarse por otra persona de la recuperación de su hijo.

—Yo no podría soportarlo —dijo Colin—. Todos los días

imagino diferentes maneras de contarle la noticia. Por ahora, solo creo que entraré a su habitación y se lo diré.

—Será maravilloso para él —dijo la señora Sowerby—. Por eso debe volver.

La madre de Dickon se levantó para partir. Además, era hora de que Colin fuera trasladado en su silla a la casa. Antes de irse, el muchacho la miró lleno de adoración y tomándola de su capa azul le dijo:

—Usted es exactamente como me la imaginaba. Me gustaría que también fuese mi mamá.

Al oírlo Susan lo atrajo hacia su pecho y lo abrazó como si fuera un hermano de Dickon. Con los ojos húmedos, le dijo:

—¡Querido muchacho! Tu mamá está en este jardín, ella jamás podría abandonarlo. Tu papá volverá pronto, ya lo verás.

En el jardín

Desde los inicios de la historia de la humanidad se han descubierto cosas extraordinarias. En este nuevo siglo se han revelado algunas muy asombrosas, entre ellas que los pensamientos son tan poderosos como las pilas eléctricas, buenos para la luz y peligrosos como el veneno. Permitir que un mal pensamiento entre en la mente de una persona triste, es tan arriesgado como dejar que un microbio entre a su cuerpo. Una vez que se le permite la entrada, es probable que nunca más se pueda desprender de él.

Mientras la mente de Mary estuvo llena de pensamientos desagradables sobre las personas que no quería, nada le interesaba ni alegraba. Su cara era amarillenta y su apariencia la de una niña enferma, aburrida y desdichada. Sin embargo, y sin notarlo, las circunstancias la ayudaron y la empujaron hacia su propia mejoría. Cuando sus pensamientos se llenaron de petirrojos, jardineros, casitas en el páramo, primavera y jardines secretos, algo cambió y en su mente no quedó espacio para pensamientos desagradables.

Igualmente, mientras Colin se encerró en su dormitorio a pensar en sus miedos y debilidades, detestando a las personas que lo miraban y concentrado solo en encontrar protuberancias que aseguraran su cercana muerte, fue un niño histérico e hipocondríaco. No conocía el sol ni la primavera; tampoco suponía que podía ponerse en pie

y sanar. Cuando los nuevos y hermosos pensamientos echaron fuera los horribles temores, la vida renació en él. La sangre corrió fuerte por sus venas y lo inundó una gran fuerza. Su experimento científico no tenía nada de raro, por el contrario, era práctico y simple. Consistía en echar de la mente aquellos pensamientos desagradables que lo desalentaban, dando paso a una enorme valentía y determinación. Ambas cosas no cabían en el mismo lugar.

Al mismo tiempo que el jardín secreto volvía a la vida y dos niños renacían con él, un hombre vagaba por los hermosos fiordos de Noruega y los valles y montañas de Suiza. Ese hombre había mantenido por diez años su mente llena de pensamientos oscuros y negativos, sin tener la valentía de rechazarlos. Siendo feliz, una terrible pena inundó su alma y él obstinadamente negó toda clase de esperanza. Olvidó su hogar y sus deberes, y comenzó un interminable viaje. Su aspecto lúgubre y desdichado hacía que la gente lo considerara un loco, un ser con un crimen escondido en el alma. Era un hombre alto, con la cara fruncida y los hombros encorvados. Respondía al nombre de Archibald Craven.

Desde el día en que Mary le pidió un pedacito de tierra, él había viajado por los lugares más hermosos de Europa, pero sin detenerse en ninguno. Prefería la calma de los sitios más alejados. Escaló altas montañas para ver cómo se iluminaban los cerros con el sol naciente y apreciar el momento justo en que el mundo vuelve a nacer. Pero aquella luz nunca iluminó su ser. Sin embargo, un día que se encontraba caminando por el valle del Tirol en Austria,

sintió que por primera vez en diez años algo le sucedía. Luego de una larga caminata se recostó cansado sobre una alfombra de musgo a la orilla de un riachuelo. De pronto sintió un leve sonido parecido a una lejana risa. Entonces vio a unos pájaros que bajaban a tomar agua del arrollo, chasqueaban sus alas y emprendían otra vez el vuelo. Todo pareció tan vivo, aunque al mismo tiempo el valle estaba en completa calma, casi inmóvil.

Sentado, observando correr el agua, Archibald Craven sintió que lentamente su cuerpo y su mente se calmaban. Pensó que se dormiría, pero no fue así. Permaneció sentado mirando los detalles de unas pequeñas flores azules que brotaban en la orilla del arroyo y entonces, igual que años atrás, le parecieron preciosas. Sin darse cuenta este pensamiento fue llenando suavemente su mente a la vez que expulsaba aquellos desagradables. Era como si la dulce primavera hubiera empezado a llenar una poza de agua estancada hasta sacar los residuos fuera de ella. Archibald no supo qué le ocurría, pero al levantarse sintió que estaba vivo. Dio un profundo y largo suspiro, notando que algo se había liberado en él.

No era posible explicar con palabras la maravilla de lo sucedido. Solamente meses después, cuando ya estaba en Misselthwaite, recordaría aquel extraño momento en que descubrió por casualidad que ese mismo día Colin, al entrar al jardín secreto, exclamó: “Viviré para siempre”.

Aquella singular calma lo acompañó durante toda la jornada, mas al llegar la noche, los oscuros pensamientos volvieron a invadir su mente. Sin embargo, por extraño

que parezca, había minutos, a veces horas, en que sin darse cuenta sentía que estaba vivo.

Cuando el dorado verano se transformó en otoño, se dirigió al lago Como. En aquel lugar encontró la belleza de un sueño. Pasó los días frente al cristalino y azul lago, o caminando por las verdes colinas hasta que, cansado, decidió dormir. Cada día que pasaba dormía mejor y ya no temía tener pesadillas.

A medida que las pacíficas horas pasaban, tanto su cuerpo como su mente se fortalecieron. Comenzó a pensar en Misselthwaite y en la posibilidad de regresar a casa. No obstante, al recordar a su hijo tendido amargamente en una cama, desistía de sus planes.

Un maravilloso día caminó hasta tan lejos que al volver, la luna alta y llena iluminaba todo el lugar con una sombra púrpura y plateada. La tranquilidad del lago era tan agradable que decidió permanecer afuera. Se sentó en la terraza muy cerca del agua para respirar los olores celestiales de la noche. Una extraña calma invadió poco a poco su interior hasta que se quedó dormido.

No supo en qué instante comenzó a soñar, pero su sueño fue tan real que junto con percibir el sonido del agua, oyó una suave voz que lo llamaba: “¡Archie! ¡Archie!”. La voz era tan natural que creyó levantarse y contestar: “¡Lilias! ¡Lilias! ¿Dónde estás?”. Entonces, dulce como el sonido de una flauta, oyó la respuesta: “¡En el jardín! ¡En el jardín!”.

Y el sueño terminó, pero el no despertó. Durmió profundamente toda la noche. A la mañana siguiente un sirviente le llevó una bandeja con su correspondencia. El

señor Craven tomó las cartas y por algunos segundos miró fijamente hacia el lago. De pronto recordó el sueño y se dijo pensativo: “En el jardín, en el jardín... pero la puerta está cerrada y la llave enterrada”. Al mirar las cartas vio que una escrita con una letra que no conocía provenía de Yorkshire. La abrió con curiosidad.

“Estimado señor:

Soy Susan Sowerby, la mujer que se atrevió a hablarle sobre la señorita Mary en el páramo. Otra vez deseo hablarle con franqueza. Por favor, vuelva a su casa cuanto antes. Creo que se alegrará de hacerlo, y excúseme, señor, pero si su esposa estuviera aquí, le pediría lo mismo.

Su obediente servidora, Susan Sowerby”

Archibald Craven leyó dos veces la carta antes de volverla al sobre. Recordó el sueño. “Volveré a Misselthwaite —se dijo—. Me iré de inmediato”.

Pocos días después se encontraba en Yorkshire. En el largo trayecto en tren pensó en su hijo como jamás lo había hecho. Durante diez años solo deseó olvidarlo. Ahora todos los recuerdos volvieron a su memoria, entre ellos, los negros días en que deliraba como un loco porque el niño estaba vivo y la madre muerta. Había rehusado verlo y cuando por fin lo hizo, supo que el niño moriría pronto.

No quería ser un mal padre, el problema es que no se sentía como uno. Le buscó los mejores médicos y enfermeras, y lo llenó de lujos, pero solo pensar en el niño lo

hundía en una enorme miseria. La primera vez que lo vio, luego de un año de ausencia, no pudo soportar la lánguida e indiferente mirada de aquellos ojos grises tan parecidos y a la vez tan diferentes de los que había adorado. En esa ocasión se retiró pálido como la muerte y no volvió a visitarlo más que cuando dormía. Todo lo que sabía de él era que, además de inválido, era un niño histérico y de pésimo temperamento al cual, para calmar sus rabietas, había que darle gusto en todo.

Aunque estos no eran más que malos pensamientos, este hombre que se sentía renacer, pensó que quizás se había equivocado por más de diez años. “Pero ya es demasiado tarde” –se dijo. Por supuesto que partir diciendo “es muy tarde” no era parte de la magia. Hasta Colin hubiese notado el error. El señor Craven tenía mucho que aprender.

Luego se preguntó por qué la señora Sowerby le había escrito esa carta. Quizás el niño estaba peor, mortalmente enfermo. Esta ocasión, en vez de dejarse llevar por los malos pensamientos, pensó que lo podría ayudar.

El camino a través de la belleza del páramo fue muy tranquilizador. El señor Craven sintió como si la tierra, el cielo y las flores le dieran la bienvenida. En todos estos años jamás había sentido algo igual al regresar a su casa. ¿Sería posible que el niño se encontrase mejor?

Tan real había sido la voz del sueño, que el hombre se prometió encontrar la llave y abrir la puerta del jardín.

Al llegar a su casa los empleados lo recibieron con la ceremonia acostumbrada y comentaron entre ellos que

el señor traía mejor aspecto. Contrario a su costumbre él no subió directamente a sus alejados aposentos, sino que envió por la señora Medlock. La mujer llegó rápidamente muy excitada y nerviosa.

–¿Cómo está Colin? –la inquirió Archibald Craven.

–Bien, señor –respondió–, pero no es el mismo.

–¿Se encuentra peor?

–Verá, señor –trató de explicar el ama de llaves–, ni el médico ni la enfermera saben qué pensar. La verdad es que está muy extraño. Él, que solía no comer, comenzó a devorar grandes cantidades de alimentos, pero luego se detuvo y devuelve las bandejas sin siquiera tocar la comida. Además, quizás usted no lo recuerda, pero él odiaba salir afuera. Ahora, en cambio, luego de una de sus peores rabietas, insistió en salir con su prima y el hijo de Susan, quien empuja la silla de ruedas. Están muy amigos y pasan todo el día en los jardines.

–¿Cómo se ve? –fue la próxima pregunta.

–Si comiera, señor, diría que ha engordado, pero me temo que es solo hinchazón. A veces, cuando está a solas con la señorita Mary, se ríe de una manera extraña, y antes no lo hacía. El doctor Craven viene a verlo a menudo, pero jamás ha estado tan desconcertado.

–¿Dónde está ahora? –preguntó el señor Craven.

–En el jardín, señor. Pasa todo el día allí y no deja que nadie se le acerque, tiene miedo de que lo miren.

Apenas hubo escuchado esta última frase, Archibald Craven repitió: “En el jardín”. Hizo un esfuerzo por traer

su mente de vuelta al lugar donde se encontraba y cuando lo logró, partió rápidamente rumbo al muro cubierto de hiedra. Caminó lentamente con la mirada fija en el suelo. Sintió como si lo empujaran hacia aquel lugar que por tanto tiempo se tenía prohibido. Cuando estuvo cerca de la entrada sus pasos se volvieron aún más lentos. Aunque oculta por las enredaderas, él supo de inmediato dónde se encontraba la puerta. La recordaba con total nitidez.

Se detuvo y miró a su alrededor. De pronto oyó unas rápidas carreras y creyó que otra vez estaba soñando. Tras el muro se sentían risas contenidas, como si unos niños quisieran no ser escuchados. ¿Qué significaba esto? ¿Es que estaba perdiendo la razón?

Entonces llegó un momento en que las risas olvidaron callarse y se oyeron varias carreras aún más rápidas cerca de la puerta. Se escuchaba la respiración de gente joven y los estallidos de risas. De pronto la puerta se abrió, se balanceó la cortina de hiedra y un niño salió corriendo a toda carrera y sin ver al intruso fue a estrellarse contra él.

El señor Craven abrió sus brazos para evitar que el niño cayera. Una vez que lo retuvo, lo miró tan sorprendido que se le cortó la respiración. Era un muchacho alto y buen mozo. Resplandecía de vida y su cara estaba llena de color. Despejando el pelo de su frente, el niño lo miraba con los ojos repletos de risa. Fueron aquellos ojos los que hicieron a Archibald Craven perder el aliento.

—¿Qué? ¿Quién? —tartamudeó el niño.

Este no era el tipo de encuentro que Colin tenía planeado,

pero quizás el haber llegado triunfante luego de ganar una carrera, era aún mejor que lo imaginado.

—¡Papá! —dijo—. Soy Colin. No lo puedes creer, ¿verdad? Apenas lo creo yo mismo, pero soy Colin.

El niño no entendía por qué su padre repetía una y otra vez “En el jardín, en el jardín”.

—Sí —se apuró Colin—, fue el jardín el que lo logró. También Mary, Dickon, los animalitos y la magia. Nadie lo sabe. Lo mantuvimos en secreto hasta tu llegada. Estoy bien, incluso puedo ganarle a Mary en las carreras. Seré un atleta.

Habló como el más saludable de los niños. Su cara resplandecía y las palabras se le atropellaban en la boca. El alma del señor Craven se estremeció de alegría.

Colin apoyó su mano sobre el brazo de su padre.

—¿Estás contento, papá? —le preguntó—. ¡Viviré para siempre!

El señor Craven puso sus manos sobre los hombros de su hijo. Por un momento, no se atrevió a decir nada.

—Entremos al jardín, hijo —dijo finalmente—, y cuéntame todo lo que ha pasado.

Entonces los niños lo introdujeron en el jardín secreto.

El lugar era un maravilloso conjunto de colores: dorado, púrpura, violeta y escarlata; y por cada rincón aparecían hermosos lirios blancos y rubíes. Él recordaba muy bien la época en que habían sido plantados y cuánto esperaron para que revelaran su color. Las rosas trepaban y colgaban, y el sol daba mayor intensidad al amarillo de los árboles. El

recién llegado se detuvo silencioso mirando a su alrededor, igual como Colin y Mary lo hicieron la primera vez.

—Pensé que todo se había marchitado —dijo.

—Mary también lo pensó al principio —dijo Colin—, pero renació.

Luego se sentaron bajo un árbol; Colin prefirió permanecer de pie para contar su historia.

Archibald Craven pensó que era la historia más extraña que jamás había escuchado. Era una mezcla de misterio, magia, criaturas silvestres, encuentros y la llegada de la primavera. También le contaron del orgullo herido del joven que, igual que un rajá, se había puesto en pie para desafiar a Ben Weatherstaff. Hablaron del juego de la actuación y del secreto bien guardado. El señor Craven rió hasta las lágrimas; pero a veces sus ojos se humedecieron con tristeza. El atleta, el orador y descubridor científico era una joven saludable y adorable.

—Y ahora —dijo Colin al finalizar la historia—, ya no será necesario guardar el secreto. Creo que les dará un ataque de susto cuando me vean llegar, pero ya nunca más volveré en mi silla de ruedas. Caminaré a la casa contigo, papá.

Las tareas de Ben rara vez lo acercaban a la casa, pero en esta ocasión buscó una excusa para llevar verduras a la cocina y entrar al salón de los sirvientes a beber un vaso de cerveza. Quería estar presente en el acontecimiento más dramático que la gente de Misselthwaite iba a presenciar.

Como la señora Medlock sabía que Ben venía del jardín, trató de averiguar detalles del encuentro entre padre e hijo.

—¿Vio a alguno de ellos? —preguntó.

—Sí, claro que los vi —contestó Ben con una expresión significativa.

—¿Vienen juntos? —preguntó el ama de llaves muy nerviosa—. ¿Qué se dijeron? ¿Cómo reaccionó Colin?

—No los escuché —dijo Ben—. Pero les diré algo: cosas muy extrañas han estado sucediendo, cosas que ustedes ni siquiera sospechan. Las sabrán pronto.

No pasaron dos minutos cuando Ben apuntó solemnemente hacia la ventana.

—¡Miren! —gritó el jardinero—. ¿No les parece extraño? Miren quien viene caminando a través del prado.

Cuando la señora Medlock miró a través de la ventana dio un pequeño chillido, luego del cual los sirvientes se apuraron a mirar también. Los ojos casi se les salieron de sus órbitas.

Caminando por el prado venía el señor de Misselthwaite, casi desconocido para la mayoría de los empleados. A su lado, con la cabeza en alto, los ojos llenos de risa y el caminar firme, avanzaba Colin, como cualquier muchacho de Yorkshire.



Frances Hodgson Burnett (1849-1924) era la mayor de cuatro hermanos y desde muy pequeña escribía, para entretenerse, relatos y cuentos que más tarde, en Estados Unidos, le servirían para ayudar a mantener a los suyos. Casada en 1873, tuvo dos hijos. Fue la observación de los caracteres de estos lo que le inspiró su primera novela: *El pequeño lord* (1886), con la que le llegó el éxito y la fama. De las muchas novelas que escribió, tres se consideran clásicos de la literatura infantil. Ellas son, además de la ya nombrada, *La princesita* (1905) y *El jardín secreto* (1911). Todas han sido llevadas al cine.

La presente novela nos cuenta cómo Mary, una niña rebelde, solitaria y soñadora, queda huérfana en la India, por lo que viaja a Inglaterra para quedar al cuidado y vivir con su tío. Este habita en pleno páramo, en una enorme mansión donde todo es extraño y está lleno de misterio. Las muchas cosas que allí le ocurren a Mary le permitirán irse conociendo mejor a sí misma y encontrar, finalmente, su auténtico centro.

ZIG-ZAG



Viento Joven > NOVELA

ISBN: 978-956-12-2932-7

9 789561 229327

CÓDIGO: 25048